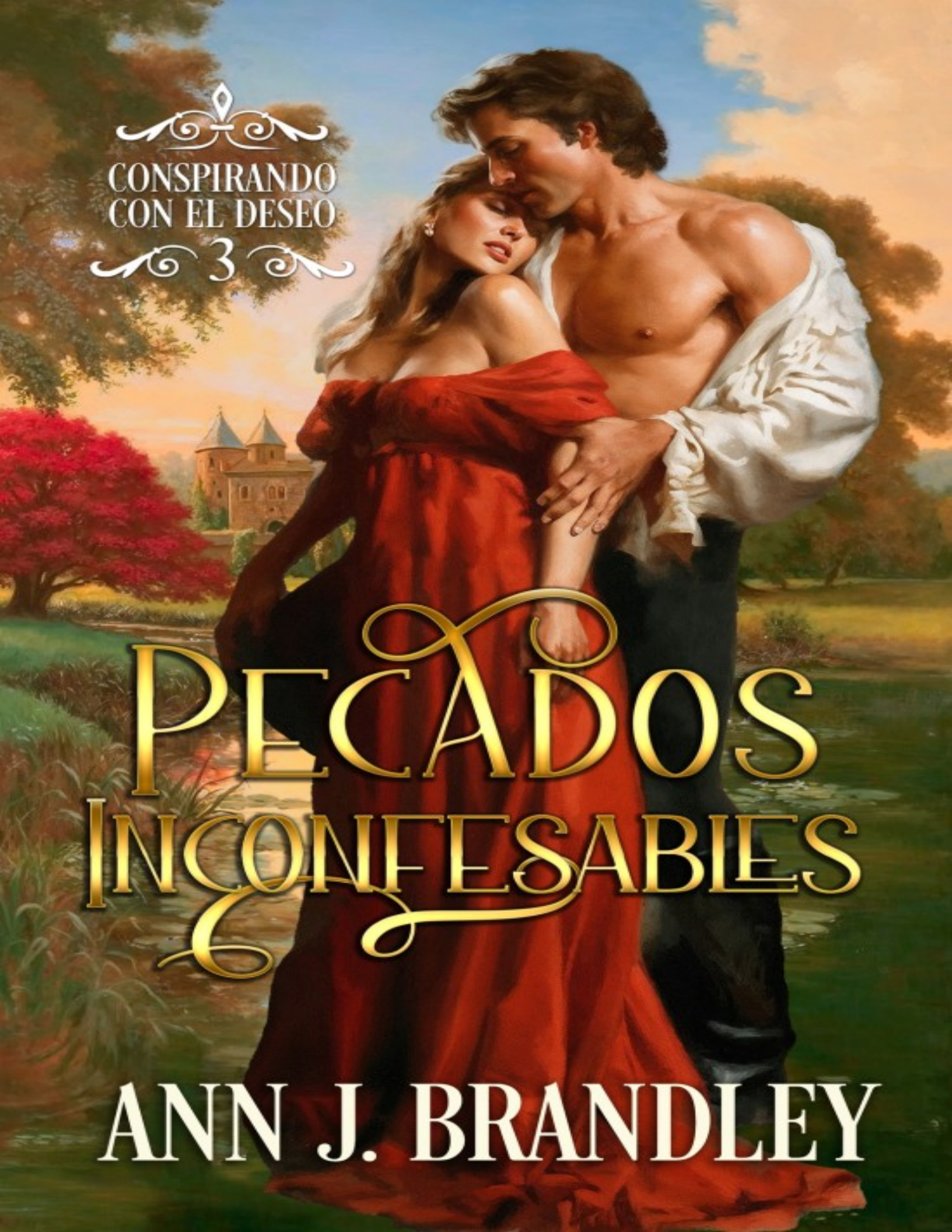

CONSPIRANDO
CON EL DESEO
3
PECADOS
INCONFESABLES
ANN J. BRANDLEY

Pecados Inconfesables

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2026 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Él era el hombre más peligroso de Londres. Ella, su desafío más tentador.

Lysander Blackwood, el nuevo y enigmático **Duque de Rutherford** , no es un aristócrata cualquiera. Antes de heredar el título, era conocido en las sombras como «el Ejecutor», un agente implacable del gobierno encargado de los trabajos más sucios. Cínico, duro y acostumbrado a tener el control absoluto, Lysander ha regresado para limpiar su legado familiar… hasta que una mujer se cruza en su camino y amenaza con incendiar su mundo.

Lady Victoria Ashbourne es la viuda perfecta: intachable, elegante y aparentemente fría. Pero bajo su fachada de dama de la alta sociedad, Victoria esconde una naturaleza apasionada y una desesperación feroz por salvar a su hermano encarcelado injustamente. Dispuesta a todo, incluso a la traición, Victoria planea chantajear al mismísimo gobierno con un diario escandaloso.

Lysander sabe que ese juego imprudente firmará la sentencia de muerte de Victoria. Decidido a salvarla de sus enemigos —y consumido por una obsesión que ya no puede negar—, Lysander toma una decisión drástica: secuestrarla. Pero el destino los deja aislados en una cabaña remota, donde la línea entre captor y protector se desvanece.

A solas con él, Victoria descubre que el verdadero peligro no es el encierro, sino la tensión eléctrica que los consume. Lysander ha leído su diario secreto y conoce sus fantasías más oscuras. Y en la intimidad de esa cabaña, está dispuesto a demostrarle que él es el único hombre capaz de hacerlas realidad.

Un duque despiadado. Una dama con secretos. Una pasión que podría destruirlos o salvarlos.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 1

Londres, 1817

Arrastrar a un hombre boca abajo por los tobillos fuera de un salón de baile londinense no era como Lysander Blackwood había imaginado pasar su primera noche de jueves como duque de Rutherford.

En realidad, como nunca había esperado heredar aquel ilustre título, tampoco había desarrollado expectativas al respecto.

Pero, de haberlo hecho, sin duda habría previsto muchos menos contratiempos y bastante más comodidad de la que le había sido concedida hasta el momento.

Había pasado cuatro noches en una casa húmeda y plagada de corrientes, donde las chimeneas humeaban sin descanso y las cocinas estaban tan lejos del comedor que todas las comidas llegaban frías. Desde allí, dos días de viaje empapado en un carruaje anticuado y tan ventoso como la casa lo habían llevado finalmente a la ciudad.

Y ahora, cuando por fin podía aspirar a una velada agradable seduciendo a su hermosa anfitriona…

—¡Déjeme levantarme, señor! No pretendo hacerle daño, de verdad.

La súplica ronca apenas alcanzó los oídos de Xander, amortiguada por el aire fresco de la noche, pero logró captar su atención.

Exasperado, frunció el ceño y miró a su cautivo. Un espectáculo lamentable. Un cuerpo delgado y retorcido, piernas larguiruchas cubiertas de vello áspero que asomaba a través del tejido raído de las medias, tobillos frágiles como haces de ramitas atrapados en sus manos. El patético peso pluma del hombre. Desde aquel ángulo no podía verle el rostro, pero apostaría a que ya estaría amoratado.

Xander estaba cansado de sostenerlo, eso era evidente. Había esperado que se desmayara mucho antes. Alguien debía de haberle pagado generosamente por su silencio. Quizá debería arrancarle la verdad a golpes, aunque un impacto demasiado fuerte podría matar al pequeño hurón, y no estaba dispuesto a manchar de sangre su traje de noche.

Consciente del baile que continuaba a su espalda, alzó la voz lo suficiente para que el hombre pudiera oírlo.

—Amigo mío, ¿sabes cuál es el castigo por traición?

Spindleshanks dio una patada presa del pánico, a punto de liberar una pierna del agarre de Xander.

—No te resistas —advirtió, apretando los dedos hasta clavarlos en la carne— o te soltaré sin que sea culpa mía.

El hombre gritó. Sus sacudidas cesaron de golpe. Xander gruñó y apoyó las caderas contra la balaustrada para ganar estabilidad.

—Vamos a intentarlo de nuevo, ¿de acuerdo? Dime quién eres y qué hacías merodeando por los jardines de Lady Victoria.

—Ya se lo he dicho, señor. No tenía malas intenciones. Tengo… tengo un mensaje para su señoría.

Por primera vez desde que había comenzado aquel asunto, Xander sintió una chispa de satisfacción. Su instinto le había advertido que aquella noche podía proporcionarle una pista, y no se había equivocado.

Así que el santo hermano de su anfitriona había intentado hacerle llegar un mensaje. Ingenioso, elegir la noche de un baile,

cuando sirvientes e invitados iban y venían sin descanso.

¿Sospechaba Lady Victoria que la vigilaban? ¿Sabía que su hermano, el reverendo Gideon Cliffordm, estaba encarcelado? Encerrado tras las rejas, sin visitas, sin representación legal. Ni siquiera una audiencia justa.

Y Xander lo había enviado allí.

Sacudió bruscamente a Spindleshanks.

—Dime tu mensaje y me aseguraré de que su señoría lo reciba.

Jadeando, el hombre renovó sus súplicas.

—¡Ten piedad, jefe! Tengo que entregarle mi mensaje a su señoría y a nadie más. Mi asunto con la señora es… personal.

Cada vez más interesante. Xander sonrió con amargura, apenas consciente del ardor que le recorría hombros y brazos. No cabía duda de por qué un espécimen tan poco recomendable tenía asuntos privados con una anfitriona de la alta sociedad.

Lady Victoria Ashbourne. La conocía de vista, pero desde el incendio y el encarcelamiento de Cliffordm se había propuesto investigar a fondo a la hermana del reverendo. No había encontrado nada que la desacreditara. Viuda sin hijos de un antiguo miembro del Parlamento, gozaba de una reputación sorprendentemente intachable para una mujer de veintisiete años perteneciente a un círculo tan sofisticado. Rica y, según sus tías, sin la menor intención de volver a casarse.

Cerró los ojos, intentando borrar el recuerdo de sus tías abuelas, Grace y Millicent, tan frágiles y conmocionadas tras el incendio. La devastación que el fuego había causado en el castillo de Rutherford resultaba casi incomprensible, incluso para él. Había asumido el control de la casa, que necesitaba con urgencia un amo, y tras investigar había llegado rápidamente a la conclusión de que el incendio había sido provocado.

Al marcharse, había conseguido encauzar los asuntos prácticos, pero no estaba preparado para enfrentarse al dolor. Y al llanto. Dios,

las lágrimas. En los últimos días, un océano había empapado su abrigo. Se movió incómodo, con el recuerdo aún vivo de sus torpes intentos de consuelo.

No se le daba bien ofrecer condolencias. Prefería clavarse agujas en los ojos antes que volver a sumergirse en aquel mar de emociones. Sin embargo, había algo que sí podía hacer por los afligidos.

Haría pagar a los asesinos.

En el Ministerio del Interior lo llamaban el Ejecutor, el hombre al que recurrían cuando un trabajo resultaba demasiado delicado o demasiado sucio para los canales oficiales. Se ocupaba de la escoria, los villanos y los corruptos. No preveía dificultad alguna en desmantelar a la desorganizada banda de rebeldes que había incendiado el castillo de Rutherford. Solo necesitaba que el reverendo Cliffordm revelara lo que sabía.

—¡Oh! ¿Quién está ahí?

Una voz femenina a su espalda lo hizo girar la cabeza con brusquedad. Maldijo su falta de vigilancia. ¿Cómo había logrado sorprenderlo? Su oído era extraordinariamente agudo.

La mujer vaciló, como si estuviera a punto de regresar al salón de baile.

Sí, vete, pensó. No podía soltar a su presa y prefería no explicar lo que estaba haciendo.

Pero la voz musical persistió.

—¿Es usted, Su Excelencia?

La figura avanzó y la luz de las antorchas a ambos lados de la puerta iluminó su rostro.

Lady Victoria Ashbourne.

Durante un instante, Xander quedó paralizado, olvidando el motivo de su presencia allí. Ella se acercó, y la luz suave que quedaba a su espalda perfiló las curvas sugerentes bajo el vestido

de seda blanca. Llevaba el cabello recogido en un moño alto, con gruesos rizos castaños que caían de forma tentadora sobre su pecho, mientras otros mechones rozaban sus sienes y la nuca. A pesar de su corte modesto, el vestido dejaba ver lo suficiente de su escote como para que a él le ardieran las manos por explorarlo.

La observó avanzar, cautivado por su manera de moverse. Su túnica de inspiración griega ondulaba, acariciando su figura esbelta y casi frágil. Una ráfaga de viento levantó la falda y le permitió vislumbrar unos tobillos delgados, cruzados por las correas doradas de sus sandalias romanas.

El deseo se acumuló en su interior, creciendo en una oleada ardiente y urgente. A pesar de las circunstancias, sintió un impulso irresistible de soltarlo todo, literalmente, y aprovechar aquel encuentro inesperado.

Maldición. No lo necesitaba. No podía permitir que una mujer lo distrajera, ni siquiera un instante. La seducción podía formar parte de sus planes —sin duda, conquistar a Lady Victoria no sería difícil—, pero antes debía averiguar cuánto sabía y qué pensaba hacer. Después encontraría la forma de utilizarla para extraer información a Gideon Cliffordm.

Inclinó la cabeza, en lo más parecido a una reverencia que podía permitirse.

—Milady.

Siguió cubriendo a su víctima con el cuerpo, aunque no albergaba muchas esperanzas de que ella se marchara y le permitiera terminar su asunto. Supuso que lo mejor sería resistir.

Lady Victoria se comportaba con una elegancia imperturbable, como si no tuviera preocupación alguna. Xander dudaba que fuera tan ingenua. No podía ser casualidad que hubiera salido a la terraza, donde alguien la esperaba con un mensaje. Aquella reunión debía de haber sido concertada para esa noche.

Entrecerró los ojos, escrutando su rostro.

—Pensé que a estas alturas ya se habría reunido con sus invitados en la mesa.

—Sí, todos están en el comedor, pero tuve que salir antes para arreglar un desgarro en el dobladillo de mi vestido. Qué irritante.

Puso los ojos en blanco y sacó un alfiler del bolso.

—Puede que el señor Bellingham sea un peso ligero en política, pero no lo es cuando se trata de sus pies.

Aparentemente ajena a los gemidos de su acompañante, se acercó a Xander sin dejar de hablar.

—¿Le importaría sostener mi bolso? Solo necesito…

Se interrumpió al fijarse en las manos de él, aún cerradas alrededor de los tobillos del hombre. Se asomó por la balaustrada.

—Parece que ya tiene las manos ocupadas.

Xander miró hacia abajo, fingiendo sorpresa.

—Vaya, ¿cómo ha llegado eso ahí?

Ella le lanzó una mirada rápida y oblicua antes de inclinarse para observar mejor a la víctima, ofreciéndole a Xander una vista espléndida de su escote. Sus pechos eran altos y redondos, pese a su figura delicada.

—Parece terriblemente incómodo —comentó—. Supongo que se trata de una de esas bromas infantiles con las que solían divertirse mis hermanos. Pero pobre hombre. Toda la sangre debe de subírsele a la cabeza.

Alzó la voz.

—¿Está bien ahí abajo?

—¡Ayuda! ¡Por favor, señora!

Spindleshanks logró forcejear débilmente, como para subrayar su miseria.

Ella retrocedió, llevándose los dedos a los labios.

—Oh, Dios mío. Espero que no lo deje caer. Con el primer ministro aquí, quiero decir. ¿Qué imagen daría yo con un cadáver en mi jardín y medio gobierno en mi comedor?

Xander estuvo a punto de sonreír. Tenía que reconocerlo. Fría como los helados de Gunter, cuando sin duda se moría por obtener noticias de su hermano.

—Sin duda haría su fiesta memorable.

—Mis fiestas siempre lo son. No necesito un cadáver entre mis rosales para lograrlo.

Se mordió el labio.

—Oh, déjelo levantarse. Me está poniendo nerviosa. De hecho, es muy probable que yo misma acabe en histeria.

Difícilmente podría encontrarse a alguien menos propenso a ello.

Divertido a su pesar, accedió. Soltó uno de los tobillos, se agachó y agarró al hombre por la parte trasera de los pantalones. Lo arrastró por encima de la balaustrada y lo puso de pie.

—Este pobre ser humano dice que tiene un mensaje para usted, milady.

Sujetándolo por el cuello, lo empujó hacia delante.

—Tal vez pueda entregárselo ahora. ¿Cómo te llamas, amigo?

Spindleshanks se inclinó, con las manos apoyadas en las rodillas, intentando recuperar el aliento. Murmuró algo ininteligible.

Xander lo sacudió.

—Ponte derecho cuando te dirijas a una dama.

—Weston —respondió entre jadeos—. Harry Weston.

Lady Victoria lo observó con recelo. Qué actriz. Siddons no era nada comparada con ella.

—¿Un mensaje para mí? —repitió, desconcertada—. ¿Y por qué te escondías aquí? ¿Por qué no lo entregaste por los medios habituales?

Antes de que Weston pudiera responder, añadió:

—Oh, no importa. Ve y espérame en el salón de los sirvientes. Dile al mayordomo que te envío yo. Bajaré en un minuto.

Weston lanzó una mirada hostil a Lady Victoria, murmuró algo que Xander no alcanzó a oír y se alejó arrastrando los pies.

Xander no lo detuvo. Estaba mucho más intrigado por la dama que tenía delante. Al fin y al cabo, había acudido a aquella fiesta con el propósito expreso de profundizar en su relación. Esperaba encontrar a otra aburrida más de la alta sociedad, pero lo que había visto hasta el momento le hacía anticipar su tarea con un placer inesperado.

Ambos siguieron con la mirada la figura de Weston hasta que desapareció. Tras una pausa larga y tensa, Lady Victoria alzó la vista y lo miró por primera vez a los ojos.

Eran del color del coñac francés, enmarcados por unas pestañas negras y exóticas. Se clavaron en los suyos y luego se abrieron ligeramente, sorprendidos.

Xander quedó inmóvil. Una extraña sacudida de conciencia lo mantuvo suspendido durante una fracción de segundo. Jamás había experimentado algo semejante.

Había admirado a muchas mujeres, pero nunca había reaccionado así. Una mezcla poderosa de emociones lo inundó: deseo, fascinación, excitación, incluso ternura. Y, al mismo tiempo, una voz insistente le advertía: ella no. Ahora no.

Ella se recompuso primero. Con un leve movimiento de cabeza, se tocó la sien con una mano que tembló apenas y se dio la vuelta.

—Será mejor que regrese con mis invitados.

Por fin, él recuperó la voz.

—¿No se está olvidando de algo?

Se detuvo, dándole la espalda. Giró ligeramente la cabeza, lo suficiente para que él viera su perfil iluminado por la luz de las velas.

—¿A qué se refiere?

Se acercó despacio, alargando el momento. Cuando se detuvo tras ella, tan cerca que pudo sentir el calor de su cuerpo, se quedó inmóvil.

Vio cómo su garganta se contraía al tragar saliva. Sus labios se entreabrieron para tomar aire.

La rodeó con un brazo, tomó su mano y le retiró el alfiler que aún sostenía. Habría jurado que se estremeció al contacto.

Quiso rodearla con el otro brazo, acariciar sus pechos, posar los labios en el punto vulnerable entre la clavícula y la garganta, por encima del collar de filigrana de oro.

Pero solo dejó que su aliento rozara su piel, agitando los rizos suaves, antes de apartarse y permitir que ella se volviera para mirarlo.

—El dobladillo —señaló—. ¿No dijo que necesitaba sujetarlo con un alfiler?

Ella se sonrojó y llevó una mano vacilante a la mejilla.

—Oh, sí, claro. Démelo y yo…

Xander sonrió.

—No, insisto. Permítame hacerlo.

Se arrodilló ante ella y deslizó los dedos por el dobladillo de la delicada prenda. Ella permaneció tan quieta que parecía contener la respiración. Cuando sus dedos rozaron su tobillo, se sobresaltó y retrocedió, apartando la seda de su contacto.

Xander alzó la vista y captó una expresión salvaje en sus ojos.

—¿Dónde está el desgarro? No consigo encontrarlo —comentó, cuidando que su tono no revelara ironía.

—Más bien a la izquierda —respondió ella, recuperando la compostura—. Sea rápido, señor. Yo misma lo habría hecho en la mitad de tiempo.

Localizó el pequeño desgarro y silbó en silencio. Un punto para la dama. No había esperado que su excusa para salir a la terraza fuera genuina.

Lo reparó con rapidez y ajustó la falda, resistiendo el impulso de tocarla de nuevo.

Al incorporarse, le ofreció el brazo.

—Sus invitados se preguntarán dónde está. ¿Vamos?

Ella miró su brazo como si fuera una serpiente a punto de atacarla.

—Oh, no. Por favor, discúlpeme. Debo averiguar qué quería ese hombre. Entre a cenar y yo me uniré a ustedes en un momento.

Xander alzó las cejas.

—¿Y por qué iba a abandonar una fiesta para escuchar a ese rufián? ¿Lo estaba esperando?

—Por supuesto que no —replicó con ligereza—. Jamás lo había visto en mi vida. Pero ha despertado mi curiosidad y no podré descansar hasta satisfacerla.

Soltó una risita nerviosa. Extraño. No le parecía el tipo de mujer que se riera así.

¿Pretendía que él la creyera una dama frívola más?

Cada vez lo intrigaba más.

Podría haberle puesto las cosas más difíciles, pero decidió dejarla marchar. La seguiría y la espiaría. Otro acto repugnante más que añadir a su lista. Se alegraría cuando todo aquello acabara.

Xander hizo una reverencia. Impulsivamente, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Nos veremos pronto, Lady Victoria. Espero con interés seguir conociéndola.

Si el roce de sus labios en los nudillos enguantados de ella la afectó tanto como a él, no lo demostró. Le devolvió una elegante reverencia, con un brillo contenido en la sonrisa.

—No más que yo, Su Excelencia. No más que yo.



Victoria salió apresuradamente del salón de baile y se dirigió al pasillo de los sirvientes. ¿Había logrado disipar las sospechas de Rutherford? No lo creía. Era demasiado perspicaz para su tranquilidad. Gracias a Dios, Weston no la había delatado.

¿Por qué el duque había sido tan duro con él? ¿Había adivinado el motivo de la presencia de Weston?

El encarcelamiento de Gideon no era de dominio público, pero Rutherford probablemente lo sabía. Al fin y al cabo, el antiguo duque de Rutherford le había concedido a Gideon su sustento en la vicaría local.

Londres bullía de rumores sobre la herencia del nuevo duque. Le parecía recordar que alguien había mencionado que había trabajado en el Ministerio del Interior hasta hacía poco, lo que hacía aún más probable que supiera dónde estaba Gideon y por qué lo retenían.

El duque de Rutherford era un hombre de lo más inquietante.

La había visto con Weston y era lo bastante inteligente como para atar cabos. Si no tenía cuidado, ella también podía acabar en la cárcel.

Victoria se estremeció al recordar cómo la luz de la luna se reflejaba en su espeso cabello negro mientras él se agachaba para arreglarle el vestido. Había sentido un impulso fugaz de hundir los

dedos en aquella masa áspera y recorrerla lentamente. Su cabello era un poco más largo de lo que dictaba la moda y carecía de un estilo definido. El nuevo duque no era, desde luego, un modelo a seguir en cuestiones de elegancia, aunque su abrigo estaba bien confeccionado y realzaba a la perfección su estatura y sus anchos hombros.

Rutherford podía mostrarse descuidado con su apariencia, pero aquellos ojos duros y grises veían demasiado. Una emoción oscura recorrió su cuerpo cuando los dedos de él le rozaron el tobillo. Y cuando cruzaron la mirada… Victoria cerró los ojos.

A pesar de la amenaza que él representaba, se sentía inexplicablemente y poderosamente atraída por él, y eso resultaba aún más peligroso.

Bajó los escalones con cuidado, asomándose por encima de la barandilla para observar el bullicio de las cocinas. ¿Había cumplido Weston sus órdenes o se había rendido y marchado? No confiaba en su fiabilidad, pero supuso que Gideon no tenía más remedio que hacerlo.

—¡Milady!

Un susurro ronco surgió de una puerta oscura a su izquierda.

Gracias a Dios.

Descendió los últimos escalones con rapidez y se deslizó en una estancia donde se almacenaban frascos vacíos de conservas y otros enseres.

Weston la esperaba allí, con gesto afligido.

—¿Qué noticias hay? —susurró ella, procurando mantener las faldas alejadas del suelo polvoriento.

—No debería haber fingido no conocerme allí arriba, milady. Ese bruto podría haberme dado una paliza.

—Te salvé de él, ¿no? —replicó—. ¿Cómo iba a saber que estaría acechando ahí fuera?

Weston arrastró los pies y bajó la cabeza. La luz se reflejó en su coronilla despoblada.

—Parece que merezco alguna compensación… por el dolor y el sufrimiento que me causó ese tipo descomunal.

Ella entrecerró los ojos.

—Quieres decir que quieres más dinero. No te pagaré ni un centavo más hasta que me convenzas de que la información que traes vale la pena, hombrecillo astuto.

Dio una patada impaciente en el suelo.

—Vamos, suéltalo. No tengo toda la noche. ¿Cómo está mi hermano?

Un destello cruzó los ojos llorosos de Weston.

—Lo han encadenado. Lo tienen en una celda aislada para que no pueda influir en los demás presos. No permiten visitas, ni siquiera de un abogado, según me han dicho.

A Victoria se le heló la sangre.

—¿Cómo pueden hacer eso? ¡No ha hecho nada malo!

—Hoy en día pueden hacer lo que quieran con los agitadores, ¿no? Sin dar explicaciones.

—Mi hermano no es un agitador. Es un hombre de Dios. Quizá haya hablado contra la injusticia, pero jamás toleraría una rebelión, y menos aún una violenta.

Exhaló con dificultad.

—Debo verlo.

Weston se encogió de hombros.

—No puede. No permiten visitas.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Cómo sabes que está encadenado si nadie puede verlo?

Weston se tocó el lateral de la nariz.

—Tengo mis métodos. Entro y salgo sin levantar sospechas. Usted llamaría demasiado la atención, milady, con perdón. Lo mejor es que me dé cualquier mensaje que quiera hacerle llegar.

Victoria lo observó en silencio, con los ojos entornados. ¿Decía la verdad o buscaba otra forma de llenarse los bolsillos?

La duda era irrelevante. Weston era su único vínculo con Gideon. Debía arriesgarse.

—Quiero que le entregues un mensaje. ¿Crees que puedes hacerlo?

Weston lo meditó.

—Quizá pueda —dijo, frotándose la barbilla—. Pero le costará caro. Habrá que sobornar a los guardias y a otros.

—Sabía que dirías eso.

Suspiró. No tenía alternativa.

—¿Cuánto?

Le dio una cifra que le pareció excesiva, aunque carecía de experiencia en sobornos carcelarios.

—Puedes quedarte con la mitad ahora y la otra mitad cuando tenga la respuesta de Gideon. Enviaré a alguien con un monedero.

Se mordió el labio.

—Dile que me informe de cualquier persona que pueda ayudarle. He agotado mi reserva de favores. Nadie en el Gobierno quiere ayudar a un hombre acusado de incitar a la revuelta, ni siquiera al hijo de un par.

Weston volvió a frotarse la barbilla.

—No me corresponde decirlo, milady, pero lo diré. Creo que el señor Gideon no desea ser liberado. Se mantiene fiel a sus principios. Está protestando, por así decirlo.

Ese temor ya la asaltaba, así que lo interrumpió.

—Tienes razón. No te corresponde decirlo. Ahora debo irme. No olvides lo que te he dicho. Tráeme el mensaje de mi hermano si quieres el resto del dinero.

—Sí, milady. Por supuesto, milady.

Weston se inclinó con una sonrisa untuosa. No, no confiaba en él. En absoluto.

En lo alto de las escaleras, Victoria se aferró a la barandilla y respiró hondo, abrumada por un instante. Deseó poder compartir aquella carga con alguien. Su padre estaba demasiado débil para verse envuelto en ese embrollo y su hermano mayor se hallaba en Viena. Sus hermanas, absortas en preocupaciones domésticas, serían de poca ayuda.

No se le ocurría nadie más en la familia que simpatizara con su causa. Todos eran firmes partidarios del gobierno de Liverpool, convencidos de que la revolución estaba a punto de arrasar el país.

Exhaló con frustración y regresó apresuradamente junto a sus invitados. ¿Por qué Gideon tenía que ser tan condenadamente noble? En lugar de aceptar uno de los muchos puestos que su padre le ofrecía, había aceptado la propuesta del viejo duque de Rutherford, famoso por ser uno de los terratenientes más duros del país.

En vez de una vida cómoda, Gideon había enfrentado su peso pluma al poder de un duque. Durante dos años había caminado sobre el filo de la navaja, cuidando de no irritar a su noble mecenas hasta el punto de ser expulsado, mientras maniobraba, persuadía y hacía campaña de forma sutil a favor de la reforma.

Luego, el viejo duque murió y Gideon vio la oportunidad de empezar de nuevo. No sabía qué había ocurrido después.

Sabía que un incendio en la gran mansión había matado a varios parientes del duque, reunidos tras el funeral para escuchar la lectura del testamento.

Su hermano no podía tener nada que ver con aquello, por supuesto. Y, sin embargo, allí estaba, encarcelado en las condiciones más degradantes. El hijo de un conde, demasiado orgulloso para pedir ayuda.

¿Era casualidad que el nuevo duque de Rutherford hubiera estado en la terraza aquella noche e interceptado a Weston?

Se estremeció.

No. Por supuesto que no.

Nada de lo que hacía ese hombre era casual, ni siquiera el arrebato de pasión que había vislumbrado en aquellos severos ojos grises.

Debía recordarlo.



Después de la cena, Victoria se mezcló con sus invitados, conversando, haciendo presentaciones y animando a los jóvenes caballeros más reacios a bailar.

El duque de Rutherford la había estado observando toda la noche. Lo sabía, como siempre sabía cuando alguien se colocaba tras ella, aunque no la tocara ni hiciera ruido.

Intentó mostrarse impasible, sin buscar su mirada ni evitarla. Pero el cosquilleo constante en la nuca le indicaba que él seguía allí, acechándola como un lobo a su presa. Se preguntó si las pequeñas criaturas del bosque sentían lo mismo justo antes de convertirse en la cena de un depredador.

Pero ella no era una cervatilla temerosa. Era hija de un conde, viuda de un miembro del Parlamento. Las mujeres no podían votar, pero muchas desempeñaban un papel crucial en la política. Sin su ayuda y sus contactos, Héctor nunca habría llegado tan alto.

Debía de existir alguna forma de utilizar su influencia para ayudar a Gideon. Por desgracia, todos sus amigos en el Gobierno se habían negado. Le enfurecía pensar en los consejos que había dado, en los secretos que había guardado.

Su mirada se detuvo en Jasper Preston, su mayor esperanza. Podría arruinarlo con una sola palabra, pero aun así se había negado a ayudar a Gideon. No lo olvidaría.

Aparte de presionar al primer ministro, solo le quedaba una opción.

Debía intentar persuadir al ministro del Interior para que liberara a su hermano.

Lord Harland era el responsable de la legislación invocada para encarcelar a Gideon. No lo conocía bien, pero quizá accediera a ayudarla, aunque solo fuera por respeto a su padre y a su contribución al partido. Victoria se abrió paso por el salón, buscando a su presa.

Finalmente, lo encontró.

Estaba hablando con el duque de Rutherford.

El corazón le golpeó el pecho. ¿Podía aquel hombre leer la mente? Suplicar clemencia con el duque presente resultaba aterrador. Necesitaba quedarse a solas con lord Harland.

Dio instrucciones a la orquesta y recorrió lentamente la sala, deteniéndose aquí y allá para hablar con sus invitados, avanzando con cautela hacia el lado donde los caballeros observaban el baile.

El duque la vio venir. A pesar de su sutileza, supo que se dirigía hacia él. Casi parecía omnisciente, aunque aquello era una fantasía absurda.

No le gustaba el calor de su mirada. Aquellos ojos ardientes parecían leer sus pensamientos, penetrar en su alma.

Armándose de valor, se acercó.

—Duque. Lord Harland.

Les sonrió con imparcialidad, preguntándose si ya habrían hablado de su situación.

Harland habría sido un excelente jugador de cartas; su expresión no revelaba nada.

—Hablábamos de su triunfo, Lady Victoria —comentó, señalando el abarrotado salón—. Algo por encima de lo habitual esta temporada. Mis felicitaciones.

En aquel momento, las frivolidades sociales le importaban poco, pero aceptó el cumplido con elegancia.

—Gracias, milord.

Abanicándose con desgana, se volvió hacia el duque.

—Hace calor aquí, ¿no le parece?

—Mucho —respondió Rutherford, recorriendo su cuerpo con la mirada de forma insolente.

Sus mejillas se sonrojaron. Maldición, cómo deseaba no haberlo hecho. Entonces comprendió que él intentaba desconcertarla.

Victoria lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tengo la garganta bastante seca. ¿Podría traerme un vaso de agua, por favor, señor?

Preferiblemente del fondo del Támesis.

Ordenar a un duque que le trajera algo era casi tan insolente como su conducta. Como duque, podía ofenderse; como caballero, debía acceder. Era el truco más antiguo para deshacerse de un hombre, pero a veces las maniobras simples resultaban las más eficaces.

Él aceptó sin pestañear.

—Será un placer, Lady Victoria.

De forma absurda, se sintió decepcionada. ¿Iba a ceder tan fácilmente? Lo había considerado un adversario más digno.

Pero el duque no avanzó hacia el comedor. Con un leve gesto, uno de sus lacayos, eficiente y molesto, apareció a su lado.

Sin apartar la mirada del rostro de Victoria, murmuró:

—Trae un vaso de agua para tu señora, Arnold.

Ella se sobresaltó al oír el nombre del criado, pero se obligó a no mostrar sorpresa. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Cómo sabía tanto?

Miró a Harland, que parecía ligeramente desconcertado por la escena. No se rendiría. Tenía que quedarse a solas con él antes de que abandonara el baile. No habría otra oportunidad sin desatar rumores.

La orquesta comenzó a tocar un vals. Casi había olvidado que se lo había pedido. No podía permitir que el duque la desestabilizara de aquel modo.

Haciendo un esfuerzo por ignorar la inquietante presencia de Rutherford, dirigió su sonrisa más brillante al ministro del Interior.

—Oh, qué suerte. Me encanta bailar el vals. Querido lord Sid…

Un brazo firme y masculino la rodeó por la cintura y la hizo girar en el baile.

Capítulo 2

El corazón de Victoria se le subió a la garganta. Un nudo le oprimió el estómago. Mientras el duque la hacía girar por la sala, llegó incluso a sentirse ligeramente mareada, como si hubiera bebido demasiado champán.

La mano de él aprisionó la suya en un apretón fuerte e implacable. Había algo casi brutal en la forma en que la sostenía, aunque a los ojos de los demás no parecía haber nada fuera de lo normal.

El pánico le atenazó el pecho. No podía retenerla contra su voluntad en medio de una pista de baile abarrotada. Lo sabía. Aun así, tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no forcejear y tratar de liberarse.

Con los nervios a flor de piel, impulsándola a huir, Victoria observaba a los demás bailarines deslizarse a su alrededor como si se movieran tras una pared de cristal. El resplandor de las velas, las joyas centelleantes y las sedas pasaban borrosos ante sus ojos. El murmullo de la multitud llegaba amortiguado, distante. Todo cuanto podía sentir, ver y oír era a Rutherford.

Intentó bloquearlo: los brazos duros como acero templado, el aliento que le agitaba el cabello, las piernas fuertes que los impulsaban por la sala, el amplio pecho que parecía acercarse más con cada giro. Su calor, casi infernal.

Lo sentía incluso a través de la tela de la ropa y de los guantes.

En su interior, Victoria se estremeció. Por el amor de Dios, estaba comportándose como una debutante tonta que bailaba el vals por primera vez. Tenía más carácter que eso. No se acobardaría ante

el duque de Rutherford. Tal vez él hubiera ganado esa batalla, pero ella ganaría la guerra.

Rutherford habló:

—Está usted muy callada, milady. ¿Ocurre algo?

Ella alzó la vista hacia su rostro. Una máscara social perfecta, educada. Al verlo, cualquiera pensaría que era un hombre civilizado.

—Hablaré con Harland. Ya lo sabes.

Él esbozó una sonrisa indolente.

—Quizá debería darme las gracias por haberla salvado. El ministro del Interior es un bailarín execrable.

—No era por el placer de bailar por lo que deseaba su compañía —replicó Victoria—. Pero supongo que ya lo sabe.

El duque se encogió de hombros.

—Podía imaginarlo. Quiere convencerlo de que libere a su hermano.

Rutherford sabía que Gideon estaba en prisión. Por supuesto que lo sabía. Parecía conocerlo todo sobre ella, incluso los nombres de sus sirvientes.

—En ese caso, me sorprende que no intente usted mismo conseguir su liberación, Excelencia. Gideon ahora depende de usted, ¿no es así?

Rutherford curvó los labios en una sonrisa sombría.

—No suelo tolerar a clérigos sediciosos, por muy altruistas que sean sus motivos. Pero sí intervengo cuando veo que alguien está perdiendo el tiempo. El encanto femenino no funcionará con Harland, Lady Victoria. Hay demasiado en juego.

Su mirada se deslizó hasta su boca.

—Le iría mucho mejor emplear sus artimañas conmigo.

Victoria lo miró con furia, esforzándose por ignorar el rubor que le subía al rostro. Cómo deseaba abofetear a aquel arrogante.

—No tengo intención de utilizar mis artimañas, como usted las llama, con nadie.

Él ladeó la cabeza.

—¿No? Qué decepción.

Por el bien de Gideon, no podía permitir que él la distrajera de aquel modo. Respiró hondo y trató de reconducir la conversación.

—Harland no tiene ningún caso contra mi hermano y, de no ser por estas leyes atroces, ni siquiera intentaría detenerlo.

Los dedos de Rutherford se cerraron con tal fuerza alrededor de su mano que estuvo a punto de gritar.

—No sabe de lo que está hablando —replicó con dureza—. ¿Tiene idea de lo que ha estado haciendo su hermano estos últimos meses?

Ella no lo sabía, pero se negó a dejarse intimidar.

—No, porque nadie me lo dice. ¿Por qué tanto secretismo? ¿Por qué no se ha publicado en los periódicos la detención de mi hermano? ¿El hijo de un conde encarcelado por sedición? Eso sí sería noticia.

Alzó las cejas.

—A menos que el Gobierno tenga motivos para ocultarlo…

Por el destello que cruzó los ojos de Rutherford, supo que había acertado. Aprovechó la ventaja.

—¿De verdad cree el gabinete que habrá una revolución? ¿O simplemente se protegen de críticas legítimas con esta legislación abominable?

Los rasgos austeros del duque se tensaron.

—Debo insistir: no sabe de lo que habla. Se está adentrando en aguas peligrosas, milady. Vuelva a desempeñar su papel de

anfitriona y deje la política a quienes entienden cómo funcionan estas cosas.

Victoria contuvo un grito ante su rudeza. Tardó unos instantes en controlar la ira y se limitó a encogerse de hombros.

—Me ofendería ese comentario si no supiera que los hombres siempre adoptan ese tono condescendiente cuando una mujer les responde con firmeza.

—No me interesa ganar puntos —gruñó él—. Y si cree que esto es un juego, demuestra lo ingenua que es.

La frustración amenazó con desbordarla. Por supuesto que no consideraba un juego la liberación de su hermano.

Pero, en lugar de decir algo imprudente, se obligó a guardar silencio. Nada bueno podía salir de discutir con alguien tan obstinado. Debía de pensar que era una necia si creía que no se tomaba en serio el encarcelamiento de Gideon.

La actitud condescendiente del duque le resultaba familiar y, aun así, la enfurecía. Durante años había aprendido a ignorar comentarios paternalistas con una sonrisa, sabiendo que poseía más perspicacia política en el dedo meñique que su marido, miembro del Parlamento, en todo su cuerpo. Entonces, ¿por qué le afectaba tanto la baja opinión que Rutherford tenía de su inteligencia?

Reflexionó. Quizá, en lugar de intentar corregir sus falsas suposiciones, podría utilizarlas en su favor. A menudo los hombres le confiaban cosas precisamente porque la subestimaban, tanto políticos como nobles. Algunos la usaban como caja de resonancia; otros la veían como una confidente inofensiva.

Victoria entrecerró los ojos, ordenando sus pensamientos. Ahora que lo pensaba, sabía muchísimo sobre los miembros del Gobierno actual.

—Desconfío de esa mirada —murmuró el duque—. ¿Qué plan está tramando ahora?

—¿Plan? —sonrió—. Oh, nada de eso. Mi mente divagaba. Pensaba en lo interesantes que fueron mis años como anfitriona de Héctor. Realmente le debo a la posteridad publicar mis memorias.

Alzó la vista y advirtió que el rostro del duque se había endurecido, afilado y anguloso.

—Hay tantas historias fascinantes —prosiguió—, y algunos pequeños pecadillos aquí y allá para dar sabor al conjunto. Bueno… más que unos pocos, en realidad, y algunos no tan pequeños.

Parpadeó.

—Creo que sería una lectura interesante, ¿no cree?

Él la miró fijamente y, para su exasperación, Victoria notó que se relajaba.

—No lo haría. No es capaz de provocar un escándalo así. No la intachable Lady Victoria.

La mención burlona de su buena reputación avivó su furia.

—Haría cualquier cosa para sacar a mi hermano de ese lugar. No me provoque, Excelencia, o verá de lo que soy capaz.

Vio vacilar su incredulidad y decidió ir más lejos.

—De hecho, he llevado un diario con esas anécdotas tan fascinantes. Escrito en código, por supuesto, sin nombres. Pero no sería difícil convertirlo en algo más… legible. No sé cómo no se me ocurrió antes.

Casi se acobardó ante la expresión asesina del duque. No le habría sorprendido que la estrangulara allí mismo, en mitad del baile. Sin embargo, su reacción le confirmó que su estratagema podía funcionar.

Le costó reunir el valor necesario para enfrentarlo cuando su instinto le suplicaba que se soltara y huyera. Forzando una ligereza que no sentía, añadió:

—Por supuesto, si mi hermano quedara en libertad, podría olvidar fácilmente que ese diario existió. De hecho, yo…

—¡Cállese, pequeña tonta!

El baile terminó antes de que pudiera responder. Anhelaba enfrentarse a Rutherford con todas sus armas, pero, por respeto a las buenas costumbres, se obligó a hacer una profunda reverencia.

Él respondió inclinándose sin soltar su mano, que seguía apretando con tanta fuerza que le aplastaba los dedos. Ella hizo un gesto de dolor y le lanzó una mirada furiosa, pero él la ignoró. Sus rasgos habían vuelto a su habitual impasibilidad, aunque sus ojos grises ardían bajo los párpados entrecerrados.

Victoria habría intentado soltarse, pero su agarre lo hacía imposible. Él la sujetó por el hueco del brazo y la obligó a avanzar entre la multitud.

Furiosa, trató de zafarse, pero él la mantenía cautiva. Si insistía, aquello acabaría convirtiéndose en una escena. Apretó los dientes y lo siguió, aguardando una oportunidad para escapar con dignidad.

Por el rabillo del ojo vio a lord Harland inclinar la cabeza para escuchar lo que un joven de aspecto sobrio le susurraba al oído. Acto seguido, Harland asintió y se dirigió hacia la puerta acompañado por el muchacho.

¿Se marchaba? El corazón de Victoria latía con fuerza mientras avanzaba entre la multitud junto al duque. ¿Cuándo tendría otra ocasión de hablar con el ministro del Interior? No era como si ella, una mujer sola, pudiera visitarlo al día siguiente. Debía hacerlo ahora.

Una voz a su espalda la hizo sobresaltarse como si le hubieran disparado junto al oído.

—Querida Lady Victoria, no se escape. Me prometió el próximo baile.

El duque se detuvo, permitiéndole girarse. Jasper Preston, viejo amigo de su marido, le ofrecía el brazo con un gesto impecablemente caballeroso. ¿Era tan evidente su angustia?

Victoria lanzó una rápida mirada a su alrededor, pero nadie más parecía haber notado nada.

Victoria aprovechó la oportunidad para escapar.

—Por supuesto, señor Preston. ¿Cómo podría olvidarlo?

Preston le guiñó un ojo y observó cómo ella intentaba liberarse del duque.

—Preston —advirtió Rutherford, dando un paso adelante. El tono no dejaba lugar a dudas—. Vete.

Se oyó una carcajada.

—Oh, vamos, Rutherford. No puedes acaparar tú solo a la mujer más hermosa de la sala. ¡La dama me ha sido prometida! ¿O quieres batirte conmigo por ella? Pistolas al amanecer, ¿eh?

Preston levantó los anteojos para observar cómo Rutherford aferraba con fuerza la muñeca de Victoria. Ella se maravilló de su osadía y contuvo la respiración, aguardando la reacción del duque.

Los ojos grises de Rutherford se clavaron en los de Preston. Aflojó el agarre. No la soltó del todo, pero Victoria no perdió un segundo en liberar el brazo y hacer una reverencia.

—Discúlpeme, Excelencia. Las parejas están casi formadas.

Rutherford no tuvo más remedio que dejarla ir o exponerse a una escena ridícula. Hizo una inclinación de cabeza y, con una mirada que le dejó claro que aquello no había terminado, se alejó.

Victoria exhaló un suspiro de alivio al verlo perderse entre la multitud. Ahora debía librarse de Preston. No había tiempo que perder. Harland podía haberse marchado ya.

Preston arqueó una ceja.

—Su Excelencia parece alterado. ¿Qué le has dicho? ¿Le has clavado el aguijón con esa lengua tuya, mi preciosa avispa?

Victoria lo miró con frialdad. No deseaba hablar del duque ni de su enfrentamiento, y aún no había perdonado a Preston por

haberse negado a ayudar a Gideon.

Aun así, reconocía que la había salvado.

Él desestimó cualquier agradecimiento con un gesto.

—Oh, no lo menciones, querida. Soy demasiado viejo para bailar, pero por ti, lo que sea.

Victoria miró hacia la puerta.

—Entonces, ¿le importaría si me disculpo, señor? Nos estamos quedando sin clarete y las damas mayores se pondrán furiosas si no hay más.

Sin darle ocasión de responder, lo dejó atrás y se apresuró en la dirección en la que había visto marcharse a Harland.

Una rápida búsqueda en el salón de los refrescos confirmó que no estaba allí. Tampoco en la sala de juegos. ¿Se había marchado?

Preguntó al lacayo de la puerta principal, pero no había visto salir a lord Harland.

—Creo que encontrará a su señoría en el salón verde, milady —informó su mayordomo, impecable en su eficiencia silenciosa—. Lo vi entrar hace menos de cinco minutos.

Debía de haberse escabullido con el joven para tratar algún asunto privado, quizá algo urgente del Gobierno. En otras circunstancias, jamás se habría atrevido a interrumpir, pero ahora era su única oportunidad.

Victoria subió las escaleras con rapidez. Al llegar arriba, en lugar de girar a la derecha hacia el salón de baile, tomó el pasillo izquierdo y avanzó en silencio. Llamó al salón verde y abrió la puerta.

Una mano grande se extendió de pronto y la agarró del brazo, arrastrándola hacia el interior. No era la de Harland.

El duque la giró y cerró la puerta de una patada.

—¿Me buscabas?

Victoria miró a su alrededor con nerviosismo. Harland no estaba allí. Estaban solos.

El corazón le dio un vuelco y luego se le desplomó en el estómago. Las sombras acentuaban los rasgos de Rutherford: la nariz aguileña, ligeramente torcida, como si hubiera sido rota tiempo atrás; los ojos encapuchados bajo cejas gruesas y rectas. La luz incierta borraba el color de su piel hasta hacerlo parecer una criatura de azabache, mármol y hielo.

—Buscaba a Harland.

Rutherford apretó la mandíbula.

—No aprendes, ¿verdad?

La atrajo con brusquedad, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. El parecido con algo frío e inerte se desvaneció al instante. Un hombre de carne y hueso se apretaba contra ella, cálido, vivo.

No había estado tan cerca de un hombre desde mucho antes de la muerte de Héctor, y nunca así. Rutherford parecía dispuesto a devorarla.

—¡Suélteme!

Sus palabras resonaron con demasiada fuerza en la habitación vacía, teñidas de un pánico que la avergonzó. ¿Por qué había provocado a aquel hombre? Siempre había sospechado que ese duque no era un caballero, y aun así no había podido resistirse.

Estaban solos. Si alguien los encontraba, su honor quedaría comprometido. No podía gritar. Sería un escándalo. Tampoco podía luchar con eficacia; apenas podía moverse sin rozar su cuerpo.

—Lléveme de vuelta al salón de baile, Excelencia.

Él se rio.

—Oh, no lo creo.

Y entonces la besó.

No hubo nada gentil ni caballeroso en el asalto del duque.

Sus brazos la rodearon con fuerza; una mano sujetó su cabeza, los dedos se hundieron en su cabello, obligándola a mantenerse contra su boca implacable. Victoria jadeó cuando la lengua de él se abrió paso y se entrelazó con la suya. La sorpresa casi le detuvo el corazón.

Nadie salvo Héctor la había besado en la boca, y aquellos besos habían sido obedientes, breves, contenidos.

Esto era distinto.

El beso de Rutherford la devastó, dejándola sin aliento y con los labios doloridos. Y, como una debutante necia, se quedó inmóvil en sus brazos. Debería luchar. Debería gritar.

Aquel beso no era más que un castigo, una advertencia.

Sin embargo, el calor le recorrió las entrañas; el corazón le golpeaba el pecho y una excitación fulminante la atravesó como un rayo de verano. Su aroma, una mezcla sutil de sándalo y piel masculina; sus labios, firmes, cálidos. Cada respiración, cada roce la desarmaba un poco más. ¿Quién habría imaginado que la boca que la había despreciado con tanta frialdad pudiera encender semejante fiebre?

Aquello no podía estar ocurriendo. Ella lo detestaba. Al menos, eso creía. Pero, pese a lo que le dictaba la razón, su cuerpo cedió, se amoldó al suyo.

Él se movió y su torso rozó sus pechos. Un estremecimiento la sacudió y un anhelo feroz brotó en su interior. Se aferró a sus solapas para no perder el equilibrio.

Rutherford murmuró algo y la mano que la sujetaba por la nuca se suavizó hasta convertirse en una caricia. Su boca redujo el ritmo, explorando con una lentitud consciente, como si supiera que ella había cedido, como si hubiera ganado.

Entonces la razón emergió con violencia.

¿Qué demonios estaba haciendo?

¡Le había devuelto el beso!

Furiosa consigo misma, Victoria forcejeó, pero eso solo hizo que él la sujetara con más fuerza, atrapándole las manos entre ambos cuerpos. Le pisó el empeine. El gruñido que arrancó no fue suficiente. Recurrió entonces a la única arma que le quedaba.

Le mordió con saña el labio inferior hasta hacerle sangre.

Victoria se estremeció al sentir el sabor metálico, pero Rutherford apenas reaccionó. Cuando soltó los dientes, él alzó la cabeza sin aflojar el abrazo.

—Ten cuidado —dijo, con un deje de risa—. O la próxima vez, morderé yo.

Deslizó un dedo por la piel sensible de su cuello y presionó justo sobre la clavícula.

—Ahí.

Se inclinó para besar ese punto.

Las rodillas de Victoria flaquearon. Temblando, apartó la cabeza. El sabor de su sangre seguía en su lengua y aquella intimidad la horrorizó.

En un instante, Rutherford había hecho con ella lo que ningún otro hombre se había atrevido jamás. Y la había dejado sumida en una confusión absoluta.

—No habrá una próxima vez —dijo, odiando el temblor de su voz—. No debí permitir que ocurriera ni una sola.

Él ladeó la cabeza.

—¿Crees que tenías otra opción? Eso es refrescante.

Lo odiaba. Pero no más de lo que se odiaba a sí misma por aquella debilidad.

Podría haberlo detenido. Había cientos de personas a pocos metros que habrían acudido si ella hubiera gritado.

Debería gritar ahora.

Pero no lo hizo.

Él era peligroso. Apenas se conocían y ya había cruzado límites impensables. La vergüenza le incendió las mejillas, desplazando el rubor anterior. Se sentía como si hubiera perdido el control de sí misma, y esa idea la aterraba.

Ojalá él no hubiera decidido ejercer ese poder sobre ella, precisamente ahora, cuando necesitaba la mente clara…

Gideon.

La culpa la golpeó con fuerza. Se había olvidado de él. No era momento para distracciones. Había demasiado en juego.

Habló entre dientes apretados.

—Suélteme, por favor.

Antes de terminar la frase, él ya lo había hecho.

Victoria dio un paso atrás. El duque respiraba con dificultad. Durante un instante, brilló algo salvaje en sus ojos grises, pero se apagó enseguida, devolviéndolos a su habitual dureza de granito pulido.

Ojalá ella poseyera ese dominio. Bastaba recordar el tacto de sus dedos en el cabello para dejarla sin aliento.

Luchó contra la vergüenza.

—No vuelva a hacer eso nunca más.

—No se me ocurren mejores ocupaciones para esa boca que tienes.

Se pasó una mano por el cabello.

—¿Sabes cuántos oídos estaban aleteando mientras urdías tu pequeño plan?

—No sea absurdo. Nadie pudo oírme. Todos se movían demasiado.

—Tu conversación rayaba en la traición. ¿Qué ocurrirá cuando quienes resulten perjudicados descubran que pretendes sacar a la luz sus secretos más sucios? Yo no apostaría ni un centavo por tu vida si eso llegara a saberse.

Victoria tragó saliva. Tenía razón. Había asumido un riesgo enorme al expresar aquellas amenazas con tanta franqueza. No había pensado en ello, sobre todo porque jamás había tenido intención real de publicar unas memorias. El diario era una invención. Tenía el suficiente sentido común como para no dejar por escrito información tan delicada.

A la defensiva, respondió con el mismo tono mordaz.

—Si me lo hubiera explicado en lugar de maltratarme de esta manera, quizá le habría escuchado. ¿Se le ocurrió?

—Sí —sonrió él—. Pero hablar no habría sido tan placentero.

—Para usted, quizá. No estoy acostumbrada a que me traten así.

Sus ojos brillaron.

—¿No? —murmuró—. Pobre Lady Victoria.

La comprensión que vio en su expresión la horrorizó. Debía alejarse de él. Veía demasiado.

Sin dejar de sonreír, el duque avanzó hacia ella. Victoria retrocedió, pero él continuó hasta que sus hombros chocaron con la pared.

No tenía adónde ir… y no estaba del todo segura de querer huir. Que Dios la ayudara, aquel hombre la fascinaba casi tanto como la aterraba.

Él asintió despacio, como si percibiera su reacción y la entendiera.

—Lady Victoria, su hermano sabe dónde se esconden los rebeldes que incendiaron el castillo de Rutherford. Será liberado si coopera y dice a las autoridades lo que desean saber. Si no…

Se encogió de hombros, dejando el resto a su imaginación.

Así que esa era la raíz de todo. Siempre había sabido que Gideon no podía haber participado directamente en el levantamiento.

—¿Y cómo sabe que él posee esa información? —replicó—. Parece poco probable que esos pirómanos le confiaran a mi hermano su paradero.

—Querida, él mismo lo ha admitido —respondió el duque, casi con suavidad.

Oh, Gideon. A punto estuvo de gritar ante su ingenuidad. Aquella confesión equivalía a haberse colgado la soga al cuello.

El duque le rozó la mejilla con un dedo y Victoria se estremeció ante el contacto.

—Quizá tú puedas convencerlo de que haga lo correcto. Podría organizar un encuentro entre vosotros, si me prometes que lo intentarás.

Ella permaneció inmóvil, luchando por ignorar el poder absoluto de aquella caricia leve. Necesitaba pensar, no sentir.

Entonces lo comprendió. ¿Esperaba que se pusiera de su parte contra su propio hermano? Debía de confiar demasiado en su atractivo.

Lo miró con frialdad.

—Sea lo que sea lo que haya hecho, Excelencia, mi hermano tiene toda mi confianza y mi apoyo.

Pero mentía. No le importaban los principios de Gideon. Haría cualquier cosa por sacarlo de la cárcel. Y aun así, sabía que él no cedería ante presiones ni amenazas si creía estar obrando bien. Su persuasión no serviría de nada.

Rutherford apoyó la palma en su mejilla y una luz extraña cruzó sus ojos. No era ternura. ¿Compasión, quizá?

Por segunda vez aquella noche, Victoria sintió que le arrancaban el aire de los pulmones.

Iba a besarla de nuevo, y lo peor era que anhelaba aquella posesión total casi tanto como la temía. Podría haber gritado de frustración por su propia impotencia. Normalmente no le costaba mantener a raya a los hombres.

Su mirada se detuvo en el rastro de sangre que había dejado su mordisco, una pincelada carmesí sobre el rojo apagado de su labio. A medida que él se acercaba, la imagen se volvió borrosa. Cerró los ojos cuando su aliento rozó su boca, esforzándose por no inclinarse hacia él.

En el último instante posible, él se apartó.

Rió en voz baja.

—Casi puedo ver los engranajes girando en esa mente tan ocupada que tienes. Me gustaría saber qué estás pensando, Lady Victoria. Pero, como no estoy seguro de que realmente quieras publicar esas memorias, permíteme darte un consejo. Destruye el diario y olvida que alguna vez conociste esos secretos. El conocimiento puede ser peligroso.

Al momento siguiente se había ido, cerrando la puerta tras de sí con un chasquido firme.

El sonido disipó la densa niebla de deseo que enturbiaba su mente. Sus pensamientos se pusieron en marcha, frenéticos.

Con lo que el duque había revelado en aquella habitación, toda esperanza de persuadir a Harland o a cualquier otro miembro del Gobierno para que ayudara a Gideon se había desvanecido.

El arresto de su hermano no se debía a un malentendido, como ella había querido creer. Según había admitido, conocía el paradero de criminales buscados, pirómanos responsables de una violenta insurrección contra la familia del duque de Rutherford.

Nadie sentiría compasión por un hombre, ni siquiera por un vicario, que protegiera a tales delincuentes. Tal vez Gideon creyera

en su inocencia, o quizá se negara a enviarlos a una muerte segura delatándolos. En cualquier caso, si la prisión no lo había hecho ceder, no había forma de que la escuchara a ella.

Así que no habría ayuda a través de los cauces oficiales. Y Gideon tampoco se ayudaría a sí mismo.

Ahora parecía que solo le quedaba recurrir al único arma disponible.

El duque había perdido el control en el salón de baile cuando ella mencionó la publicación de sus memorias. La mera amenaza había tenido en él el mismo efecto que una espuela clavada en el costado de un semental.

Estaba desesperado por impedir que se reuniera con Harland. Quizá incluso aquel beso apasionado había sido una maniobra deliberada para retrasarla hasta que el ministro se marchara. Maldición. Maldito fuera ese hombre… y maldita fuera ella por haber permitido que la distrajera. No le cabía duda de que había perdido su oportunidad.

La rabia por la forma en que la había utilizado le arrancó un gemido ahogado. Se mordió el labio con fuerza, casi con la misma saña con que lo había mordido a él, intentando contener sus emociones.

Tranquila. Tranquilidad. Ya guardaría su furia para más adelante.

Por ahora, bastaba con reconocer que sus instintos habían sido certeros.

El conocimiento podía ser peligroso para ella, sí, pero también podía convertirse en un arma poderosa. Si lo empleaba con cautela, quizá aún pudiera salvar a su hermano.

Incluso si Rutherford tenía razón y se exponía a un grave peligro al amenazar al Gobierno, el riesgo merecería la pena si eso significaba la libertad de Gideon.

Entrecerró los ojos y comenzó a planear.

Oh, sí. El conocimiento podía ser algo muy peligroso.



Xander pasó el resto de la noche en la sala de juego, aunque su mente estaba muy lejos de las cartas.

No dejaba de repasar la escena con Lady Victoria. ¿Por qué había permitido que lo provocara de aquel modo? ¿Por qué no se había controlado? En lugar de seducirla con paciencia y suavidad, la había intimidado con su fuerza y con besos voraces.

Si acaso, el desconcertado había sido él mismo. Casi había provocado un escándalo al arrebatarle aquel baile a Harland, algo que jamás, en toda su vida, se había sentido ni remotamente tentado de hacer.

Por suerte para él, su anfitriona era una dama consumada. No había revelado ni su miedo ni su ira ante nadie. Solo él había sentido cómo se tensaba bajo sus manos, había visto el pulso latiendo en su garganta, había oído el leve jadeo que escapó de sus labios cuando la atrajo para bailar.

Tenía que admitirlo. Había estado celoso. Celoso de Harland.

No era una reacción racional, pero cuando Lady Victoria le había sonreído así al ministro del Interior y casi le había ordenado que bailara con ella, una necesidad feroz de poseerla en exclusiva se había apoderado de él. Había estado a punto de golpear a Preston cuando reclamó su baile. La sugerencia del anciano de batirse en duelo al amanecer le había parecido incluso demasiado civilizada. ¿Qué demonios le ocurría?

Era un profesional. No tenía excusa para comportarse de forma tan impulsiva. No podía permitirse que la pasión dominara sus actos. No podía permitirse cometer errores.

Y, sin embargo, ya se había mostrado indulgente con ella. La manera más eficaz de obtener la información que buscaba habría sido secuestrar a Lady Victoria y retenerla hasta que su hermano cooperara. Si no la hubiera encontrado tan atractiva y tan… agradable, no habría vacilado.

Ni siquiera podía escudarse en las consecuencias. Podía haberla raptado sin temor a represalias. Lady Victoria estaría deseosa de proteger su impecable reputación y no armaría un escándalo una vez liberada. Denunciarlo significaría arruinarse a sí misma, y ella era una mujer que valoraba profundamente su honor.

Cuando la partida terminó, Xander alzó la vista y se sorprendió al ver la sala casi vacía. Los demás jugadores debían de haberse marchado a sus clubes. Vio a su primo Romney descansando en un rincón y se acercó a él.

Asintió.

—Vamos. Nos vamos.

Con un gruñido de asentimiento, Romney lo siguió. Al llegar al rellano, arqueó una ceja en su dirección.

—¿Has hablado con ella?

—¿Lady Victoria? Sí —respondió Xander tras una pausa—. Es mucho más problemática de lo que esperaba.

Romney sonrió con evidente satisfacción.

—Te ha plantado cara, ¿eh? Pero es agradable a la vista, ¿no? Y también inteligente, si te gustan ese tipo de cosas.

Xander apenas consiguió contener un gruñido. A pesar suyo, parecía que sí le gustaban ese tipo de cosas. Más de lo que debería.

No tendría que haber sido tan brusco con ella, pero la forma en que había hablado sin freno, metiéndose cada vez en más problemas, lo había enfurecido por puro temor a que acabara perjudicándose. Cualquiera podría haber oído aquellas amenazas apenas veladas.

De pronto se preguntó si Preston las habría escuchado. ¿Había acudido en su ayuda por ese motivo? Era una posibilidad que no podía descartar. Ya se ocuparía de Preston más adelante.

Además del peligro que representaba para su investigación, Lady Victoria era un peligro para sí misma. Si cumplía su amenaza de chantaje, solo podían ocurrir dos cosas: o Harland cedía y liberaba a Gideon Cliffordm, devolviendo a Xander al punto de partida, o Harland remitía el asunto a Harcourt, jefe de operaciones encubiertas.

Harcourt no dudaría. Si Lady Victoria suponía una amenaza para la seguridad del reino, ordenaría silenciarla.

Fuera cual fuese el resultado, era imperativo impedir que llegara hasta Harland. Aquella noche lo había logrado. Al día siguiente, el ministro abandonaría Londres para asistir a una fiesta en una casa de campo, lo que le daba a Xander un margen precioso.

Necesitaba una solución más definitiva. Mientras tanto, debía encontrar aquel diario. No era tan ingenuo como para creer que Lady Victoria seguiría su consejo y lo destruiría. En cualquier caso, lo mejor sería averiguar qué sabía realmente. Lo leería y después decidiría qué hacer con él.

Xander recorrió la estancia con la mirada. No había mejor momento que aquel.

La multitud se había reducido considerablemente y los invitados abandonaban la casa en un flujo constante. Él y Romney se unieron a ellos. Al llegar a la puerta, Xander aceptó su sombrero y su abrigo de manos de un lacayo y salió al aire fresco de la noche.

Ya a la sombra del carruaje, se detuvo.

—Romney —murmuró, aún con sus pertenencias en la mano.

—Sí.

—Coge el carruaje. Tengo asuntos que atender aquí.

Romney lo observó con curiosidad, pero asintió.

—De acuerdo.

—Toma —Xander le entregó el sombrero y el abrigo—. Haz que el carruaje me espere en el King's Arms. No sé cuándo terminaré.

Romney se llevó una mano imaginaria a una mecha inexistente.

—Lo que diga, Su Excelencia.

Xander le lanzó una mirada irritada y se perdió entre las sombras.

Había reconocido la casa la noche anterior, aunque no había imaginado que tan pronto necesitaría conocer el terreno con detalle.

La mansión se alzaba en sus propios terrenos, supuestamente un regalo del conde de Stratham a su hija con motivo de su matrimonio. Xander rodeó el ala oeste y se deslizó entre los arbustos hasta un pequeño patio pavimentado situado en el centro.

Desde allí partían senderos de grava como los radios de una rueda. Protegido por aquella naturaleza cuidadosamente ordenada, oiría a cualquiera mucho antes de que supieran de su presencia. Se sentó en el banco de piedra tallada que adornaba el espacio y esperó a que la casa se sumiera en el sueño antes de actuar. Confiaba en no verse sorprendido por el amanecer, o se vería obligado a regresar la noche siguiente.

Cuando había advertido a Lady Victoria sobre los fisgones, hablaba con sinceridad.

Había asumido la responsabilidad de investigar el incendio de Rutherford, pero no era tan ingenuo como para creer que era el único interesado en el resultado. De hecho, intuía que alguien llevaba días siguiéndolo. Tal vez uno de los hombres de Harcourt. Xander no confiaba en nadie, ni siquiera en su respetado jefe. Harcourt no había llegado a la cima arriesgándose ni confiando ciegamente.

Recordando que llevaba una petaca, la sacó del bolsillo y bebió un sorbo de brandy. El escozor en el labio inferior le devolvió de

inmediato la razón por la que estaba allí.

Lady Victoria. Y su boca.

Una oleada de calor recorrió su cuerpo. No se había comportado bien en aquella escena, pero no podía arrepentirse de haberla besado. Lo único que lamentaba era no haber podido llevar ese momento más lejos.

Se preguntó cuánto tardaría en convencerla de acostarse con él. Solo pensarlo lo endureció tanto como el banco de piedra en el que estaba sentado.

¿Por qué la deseaba de ese modo? En todos los años que llevaba trabajando para el Ministerio del Interior, jamás había permitido que sus intereses personales interfirieran en su labor. Estaba seguro de poder abordar el incendio de Rutherford con la misma imparcialidad de siempre.

Había leído los informes del forense y del magistrado local, inspeccionado los restos carbonizados, entrevistado a inquilinos y sirvientes. Intuyendo que su presencia era necesaria, se había quedado más tiempo del previsto. Pero nunca había sabido ofrecer consuelo. No se le daban bien esas palabras vacías. Su hermano Alistair, con su labia natural, habría calmado a todos en un instante.

Pero Alistair estaba en París, curándose un corazón roto.

A Xander solo le quedaba prometer a los afligidos que encontraría a los culpables y cumplir con el legado que jamás debería haber heredado.

El ruido de los carruajes y los mozos sobre los adoquines fue apagándose. Pasó más tiempo hasta que las luces se extinguieron una a una, sumiendo la casa en la oscuridad.

Estaba a punto de moverse cuando oyó el leve crujido de la grava. Podría haber sido un animal pequeño entre los arbustos.

Pero no lo creyó.

Inclinó la cabeza para localizar el sonido. Procedía del sendero de la derecha.

En silencio, se incorporó y se deslizó hasta quedar protegido por un seto alto.

No oyó nada más antes de que una figura avanzara con cautela hacia el claro.

Xander no sabía si el hombre iba armado, pero no pensaba correr riesgos. Se lanzó hacia él y, cuando la figura se giró alertada por el movimiento, su puño impactó con fuerza en la barbilla.

El hombre se desplomó en el acto.

Capítulo 3

Xander agarró al hombre por el hombro y lo hizo girar.

Barnaby.

¿Qué hacía allí?

Tras lanzar una rápida mirada a su alrededor, arrastró el cuerpo inconsciente del joven hasta el banco de piedra y lo acomodó sobre él. Metió la mano en el bolsillo para sacar la petaca.

Maldito chico.

Hasta ese momento, había tolerado la devoción servil de Barnaby, su torpeza, su tendencia a entrometerse en momentos críticos. Pero una cosa era que lo acompañara en sus trabajos, observando y aprendiendo el oficio, y otra muy distinta era que lo espiara sin su conocimiento.

¿Estaba espiando para Harcourt?

El miedo se apoderó de Xander. Si Harcourt llegaba a enterarse de las veladas amenazas de Lady Victoria, no se detendría ante nada para silenciarla. Observó los rasgos abiertos y juveniles del hombre inconsciente sobre el banco de piedra, tendido como una efigie.

Barnaby no era la herramienta que habría elegido para seguir a un agente curtido, pero quizá Harcourt pensaba que Xander sospecharía menos de un muchacho inexperto. Si Barnaby tenía órdenes de vigilar a su mentor, la verdadera pregunta era por qué. ¿Qué tenía Harcourt que le importara tanto en la investigación de Xander?

Lo sacudió. Barnaby gimió y giró la cabeza de un lado a otro. Xander lo zarandeó de nuevo hasta que el chico abrió los ojos y lo

miró con expresión ausente.

—Levántate.

Lo puso en pie y le acercó la petaca de brandy a los labios.

Barnaby se atragantó y balbuceó como si jamás hubiera probado el alcohol. La mitad del licor le corrió por la barbilla.

Demasiado inocente.

No era la primera vez que Xander se preguntaba qué había llevado a Harcourt a contratar a aquel muchacho.

—Barnaby, ¿qué demonios creías que estabas haciendo? —murmuró, manteniendo la voz baja, aunque la irritación resultaba inconfundible.

El joven se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Buscándote. Dijiste que me dejarías ayudarte con la investigación.

Un alivio intenso recorrió a Xander. Lady Victoria aún podía estar a salvo. Barnaby informaría a Whitehall, sin duda, pero al menos no había sido enviado por Harcourt.

Aun así, lo último que necesitaba era a aquel cachorro entrometido pisándole los talones. Ya le había asignado una tarea.

—Se suponía que debías hacerte amigo de la criada.

—Lo he hecho —replicó Barnaby, haciendo una mueca mientras se frotaba la barbilla—. Cree que me gusta, la estúpida zorra.

Xander frunció el ceño.

—¿No te he enseñado a ser más respetuoso con las mujeres?

Barnaby se encogió de hombros.

—Solo es una criada.

—Aun así.

Xander miró hacia la casa y maldijo en voz baja. No tenía tiempo para aquello.

Agarró al joven por el codo y lo ayudó a incorporarse del todo.

—Vete a casa. Tendré trabajo para ti por la mañana.

—¿No puedo ayudar ahora? Podría vigilar, podría…

—No será necesario.

Xander suspiró. Si no le daba algo a cambio, Barnaby seguiría molestándolo.

—Ve y espérame en el King's Arms. Tendré algo para ti cuando regrese.

—Está bien, me voy.

El joven se soltó de su agarre y se dio la vuelta para marcharse. Ya sin preocuparse por bajar la voz, añadió:

—Ah, y el señor Harcourt quiere verte mañana a primera hora. Hasta luego.

Xander maldijo entre dientes. Observó a Barnaby hasta que desapareció de su vista y luego se movió con rapidez. El chico podía darse la vuelta en cualquier momento, seguirlo y arruinarlo todo, pero debía correr el riesgo.

Así que el jefe de operaciones quería verlo. Lo convocaba como si siguiera siendo un subordinado y no un duque recién nombrado. Xander torció el gesto.

Harcourt no podía saber nada del diario, pero ya había expresado su inquietud por el encarcelamiento del hermano de Lady Victoria, dadas las poderosas conexiones de su familia en el Gobierno. Si llegaba a enterarse de sus amenazas, ella se encontraría en un peligro mayor incluso que el secuestro que Xander había contemplado.

Apartó esas cavilaciones y volvió a centrarse.

Pensaría en cómo lidiar con Harcourt cuando tuviera el diario en sus manos.

Victoria no podía dormir. Yacía entre sábanas y mantas enredadas, con la mirada fija en la luna llena que proyectaba una luz lechosa a través de la ventana. Escuchando los sonidos de la noche, respiró hondo, intentando aquietar su mente acelerada.

Pero el clamor en su cabeza se negaba a callar. Pensó en Gideon, frío y solo en una celda oscura, esposado a la pared como el más peligroso de los criminales. Pensó en Harland, su última esperanza para conseguir la libertad de su hermano. En Rutherford, decidido a detenerla.

Pensó en aquel beso incendiario…

Un escalofrío cargado de memoria le recorrió la espalda. Nunca había sentido un calor tan abrasador, ni siquiera en los primeros días de su matrimonio, cuando aún creía estar enamorada de Héctor. Qué cruel decepción había resultado aquella unión.

Para Héctor, Victoria encarnaba la riqueza, la posición social y, sobre todo, las conexiones políticas. Todo lo que ella había deseado era un hombre al que amar, uno que la amara de vuelta.

Héctor había dejado claro que jamás sería ese hombre. Así que ella se había creado uno.

En un pequeño diario encuadernado en piel de becerro, Victoria escribía sobre un amante oscuro y misterioso, alguien a quien podía recibir en su cama cada noche sin culpa ni consecuencias. Había llenado aquellas páginas con sus fantasías más salvajes, con los anhelos más profundos de su corazón. Era cierto que tenía poca experiencia con amantes —oscuros, misteriosos o de cualquier otra clase—, así que había improvisado más de una vez. A veces escribía. Otras, releía las entradas, y estas la calentaban como lo haría un cuerpo masculino, duro y vivo, junto al suyo.

Ahora, mientras su mente repasaba sin descanso los acontecimientos del día, la tentación de recuperar el diario de su

escondite la atraía con fuerza.

Escribir en aquel pequeño libro solía reconfortarla, transportarla a otro reino, a otra vida, dejando atrás sus preocupaciones y la dolorosa soledad de su existencia.

Pero dudaba que incluso su amante imaginario pudiera ocupar sus pensamientos esa noche. La situación de Gideon y la presencia implacable de Rutherford se cernían demasiado sobre ella.

Lo que necesitaba era un plan.

Tenía que hablar con Harland. Si lo mandaba llamar, ¿acudiría? ¿O Rutherford ya le habría advertido de sus amenazas? Podría recurrir a un intermediario, pero no podía poner en peligro a otra persona implicándola en algo que rozaba el chantaje.

Una carta estaba fuera de cuestión. Sería una prueba clara en su contra si llegaban a procesarla…

Procesada. Por primera vez, el peso real de lo que contemplaba la dejó helada. Había hablado con Rutherford sin medir las consecuencias. ¿Tenía de verdad el valor necesario para llevar a cabo aquella amenaza que había pronunciado a la ligera?

Pero no tenía por qué tratarse de un chantaje abierto. No necesitaba ser tan burda al hablar con Harland. Sabía bien cómo las insinuaciones y las alusiones podían decir mucho a un político. Y, sin testigos, él no podría probar nada en su contra.

Así que lo mejor sería actuar con sutileza. Lo ideal sería que pareciera un encuentro casual.

¿Cómo podía averiguar la agenda de Harland? Asistía a muchos de los bailes y veladas a los que ella también acudía. Quizá se cruzaran al día siguiente… o al otro. Ojalá pudiera estar segura.

Oswald seguramente lo sabría. Visitaría a su hermana y a su cuñado por la mañana y se lo preguntaría.

¿Y después? Una vez dejara clara su postura a Harland, ¿qué ocurriría? ¿Y si él le decía que hiciera lo que quisiera? ¿Publicaría

entonces aquellas memorias reveladoras?

No. Eso no lograría nada salvo un escándalo para el Gobierno y su propia ruina.

Pero tampoco podía permitir que Harland descubriera su farol. Tenía que subir la apuesta. Tenía que mostrarle, de forma inequívoca, qué significaría para esos políticos que sus secretos salieran a la luz.

Victoria se incorporó en la cama.

Tenía que escribir esas memorias.



Xander se abrió paso entre los arbustos hasta el lateral de la casa, donde una celosía de hierro, adosada a la pared, sostenía una rosa trepadora. Tras alzar la vista hacia la ventana que pensaba utilizar, se quitó los guantes y se los guardó en el bolsillo. Luego apoyó las manos en la celosía y trepó con agilidad.

Forzar la ventana del segundo piso fue un juego de niños para alguien que no había desperdiciado los años pasados en los barrios más ásperos de Londres. Se deslizó dentro de la habitación vacía —la suite principal, si no se equivocaba— y abrió la puerta con sumo cuidado.

El pasillo exterior estaba en penumbra, iluminado apenas por unas pocas velas que titilaban en los apliques. Salió sin hacer ruido, tomó una de ellas y observó a su alrededor.

En cuanto vio el resquicio de luz bajo una puerta, supo que había llegado demasiado pronto. Habría sido preferible elegir una noche en la que ella no estuviera en casa, pero no podía permitirse esperar. No con Harcourt pisándole los talones.

Tenía que robar aquel diario. Lady Victoria podría reconstruir sus notas de memoria, sin duda, pero le llevaría mucho más tiempo

que copiar un texto detallado. Si conseguía retrasar la ejecución de su plan, ganaría el margen que necesitaba para organizar su secuestro. Ya no dudaba de que tendría que llevársela, aunque solo fuera para mantenerla a salvo.

Xander sintió un atisbo de curiosidad personal por el contenido del diario.

No pensaba chantajearla, por supuesto, pero sería… interesante saber qué contenía.

Frustrado en su primer intento —una mujer solía guardar algo tan íntimo en su dormitorio—, levantó la vela y bajó con rapidez la escalera de mármol hasta el primer piso. A juzgar por la distribución, allí se encontraban los aposentos privados de la familia. Registró las estancias de forma superficial, pero ninguna parecía un escondite apropiado.

Abrió en silencio la puerta del fondo del pasillo y la vela iluminó hileras e hileras de libros. Una pequeña biblioteca. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. ¿Qué mejor lugar para ocultar un libro?

Entró y cerró la puerta tras de sí. Cuanto más lo pensaba, más probable le parecía que, si Lady Victoria no había cambiado el escondite tras su discusión de aquella noche, el diario estaría allí. En su dormitorio o en el salón siempre existía el riesgo de que un sirviente o un visitante lo encontrara. En cambio, ocultarlo a plena vista, entre libros, era una solución elegante.

Las pesadas cortinas estaban corridas y no se oía movimiento alguno en aquel piso. El peligro de ser descubierto era mínimo, aunque debía vigilar el tiempo. En poco más de una hora, los criados empezarían a moverse, encenderían las chimeneas y prepararían la casa para el día.

Xander encendió una lámpara con la vela y se puso manos a la obra.

Tras una búsqueda larga y estéril, se detuvo y se sentó sobre los talones. Había revisado los clásicos, los volúmenes de botánica y

de historia, pero aún quedaba una pared entera de estanterías. ¿Cómo abordar aquello con más método?

Lady Victoria había dicho que llevaba el diario desde hacía años, desde su matrimonio. En ese caso, quizá había querido ocultárselo a su marido. Entonces, desde luego, no lo habría guardado en la biblioteca. Héctor Ashbourne se tenía a sí mismo por un erudito.

Xander se incorporó y se sacudió el polvo, murmurando una maldición. Miró a su alrededor.

Qué pérdida de tiempo… Espera.

¿Novelas?

Apostaría la vida a que aquel estirado de Héctor Ashbourne jamás había leído una.

Siguió con la mirada las estanterías hasta encontrarlas. Dos baldas completas ocupadas por novelas encuadernadas en marroquín verde mate, con lo que parecía ser el monograma de Lady Victoria grabado en dorado en los lomos. Además, no había rastro de polvo, señal inequívoca de que aquellos libros se habían usado recientemente.

Xander sacó los volúmenes uno a uno y los hojeó.

Por fin, soltó un suspiro de satisfacción.

Dentro de la cubierta que debería haber contenido *El castillo de Wolfenbach*, había un cuaderno delgado, manuscrito y encuadernado en piel de becerro.

Con la luz tenue de una sola vela no veía bien, pero muchas páginas parecían llevar fecha en la parte superior. Sin duda, era un diario. ¿Sería el que buscaba?

Tendría que arriesgarse.

Se guardó el cuaderno en el chaleco y volvió a colocar la cubierta vacía y el resto de novelas en su sitio. Pasó el dedo por el monograma del lomo y, sin quererlo, se le formó en la mente la

imagen de Lady Victoria sentada en la cama, escribiendo, con el cabello suelto sobre los hombros.

Sacudió la cabeza.

Maldita sea. Ni siquiera estaba allí y ya conseguía distraerlo. Cuanto antes resolviera aquel asunto y se marchara de Londres a Rutherford, mejor.

Echó un último vistazo a la habitación para asegurarse de que todo quedaba como estaba y apagó la luz.

Lady Victoria sabría que alguien había estado allí cuando descubriera la desaparición del diario, pero se guardaría la noticia para sí. No querría que los criados levantaran sospechas al encontrar algo fuera de lugar.

Probablemente adivinaría que él era el responsable.

Xander sonrió para sus adentros mientras avanzaba en silencio por el pasillo.

Un punto para él.

La victoria final sería dulce.



Victoria dejó la vela sobre la mesa de la biblioteca. La pequeña llama parpadeante proyectaba sombras deformes en la pared. El silencio que la rodeaba resultaba casi opresivo tras la ruidosa alegría del baile. Tenía unas ganas irrefrenables de gritar.

Estaba tan nerviosa como una potranca sin domar. Por enésima vez, imaginó a Gideon en su celda, frío y solo.

Esperaba que no contrajera alguna enfermedad terrible antes de que ella lograra sacarlo de allí. Se preguntó cómo podía soportar aquellas condiciones. Pero Gideon era grande, fuerte y sano, y su fe

en el Todopoderoso era inquebrantable. Aunque no cediera ni cooperara con las autoridades, jamás se desesperaría.

Su mirada se deslizó hasta las estanterías de novelas de Minerva Press, ocultas en la esquina inferior de la biblioteca.

Su diario.

No lo había tocado desde hacía tiempo, quizá desde el invierno anterior. Aun así, el impulso de volver a la emoción conocida de su amante imaginario la empujó a cruzar la estancia.

Extendió la mano hacia el volumen que ocultaba su prosa ilícita, pero la retiró justo cuando sus dedos rozaron el lomo de cuero. Aquella noche, precisamente aquella noche, no debía sumergirse en fantasías. Solo debía pensar en Gideon.

Mordiéndose el labio, regresó a su escritorio y se sentó para escribir el primer capítulo de sus memorias políticas. Eso ocuparía su mente con mayor eficacia.

Y también le permitiría dejar de pensar en… asuntos irrelevantes. Como la tibia y peligrosa suavidad de los labios del duque cuando le besó el cuello. Como la mezcla de seguridad y terror al sentirse rodeada por sus brazos por primera vez.

Basta.

Lo último que necesitaba era esa complicación. Esa distracción.

Se estremeció. La biblioteca estaba fría y no había traído un chal. Recogería lo necesario para empezar sus memorias y lo llevaría a su dormitorio.

Eligió papel, pluma y tinta, tomó la vela y salió de la biblioteca.

Un crujido en la escalera la hizo sobresaltarse. Sin pensarlo, avanzó por el pasillo hasta el rellano, con la llama temblando violentamente. Miró hacia arriba, pero no distinguió a nadie entre las sombras.

Tardó unos instantes en recuperar la calma. Qué tonta. La casa siempre crujía por la noche, y ella, con su sueño ligero, debería

saberlo mejor que nadie.

Subió deprisa las escaleras para acostarse.

Un resplandor en el pasillo hizo que Xander se agazapara en una habitación vacía y cerrara la puerta hasta dejarla apenas entreabierta. ¿Era Lady Victoria? No pudo evitar la esperanza mientras observaba por la rendija.

La luz se acercó y, al instante, distinguió su figura esbelta, vestida de blanco, con el cabello castaño cayendo en cascada por la espalda.

La tentación lo devoró como un lobo hambriento. Deseó ir tras ella, tomarla en brazos y llevarla de vuelta a la cama. Si pudiera esperar tanto. Una vez que la tocara, quizá ni siquiera llegarían hasta su puerta.

La razón le decía que tendría tiempo de sobra para seducirla cuando la hubiera puesto a salvo. Pero el peligro añadía un embriaguez feroz a su deseo, imponiéndose sobre cualquier pensamiento lógico.

Con un esfuerzo tan violento que rozó el dolor físico, se obligó a permanecer oculto. Era un profesional. Tenía que dejar de perseguir faldas y centrarse en resolver el caso.

Era vital hacerse con el diario sin que nadie del Ministerio del Interior lo descubriera. Después habría tiempo para todo lo demás.

No podía demorarse. El amanecer se acercaba y Harcourt esperaría noticias por la mañana. Tenía que regresar a la habitación principal y salir por donde había entrado.

Cuando oyó cerrarse una puerta, Xander abandonó su escondite. Salió al pasillo…

Y se encontró frente a frente con Lady Victoria.

Ella debía de haber cerrado la puerta desde fuera.

Se lanzó sobre ella antes de que pudiera gritar. Le tapó la boca con la mano y la inmovilizó contra la puerta con su cuerpo,

aplastando su pecho contra el de él.

En la penumbra, vio cómo sus ojos se agrandaban, llenos de pánico. Ella le golpeó los brazos y le empujó los hombros, sin lograr liberarse. Su aliento, rápido y caliente, se estrellaba contra la palma de su mano.

Intentó gritar, pero el sonido quedó ahogado. Se retorció, resistiéndose, pero no era rival para su fuerza. Sus forcejeos solo lograron aumentar su frustración… y la peligrosa excitación de él.

Luchando contra la reacción de su propio cuerpo, Xander inclinó la cabeza hasta su oído.

—No te alarmes —susurró—. Soy Rutherford.

Ella se quedó inmóvil un instante. Luego volvió a forcejear con renovada energía.

Xander la giró y la sujetó contra él, con el antebrazo presionando entre sus pechos y la mano aún cubriéndole la boca. A tientas, buscó el pomo de la puerta. Ella le clavó el codo en las costillas justo cuando la puerta cedió y ambos entraron tambaleándose.

El dolor le estalló en el costado. Gruñó y la soltó. Victoria retrocedió, con los dedos apretados contra la boca.

—Cuidado —advirtió él—. Sabes lo que pasará si gritas.

Sin apartar la vista de ella, cerró la puerta suavemente con el talón.

Ella jadeaba. Incluso cubierta por el camisón blanco, el movimiento de su respiración atraía su mirada. El cabello le caía en ondas brillantes sobre el rostro. Ardía en deseos de hundir las manos en esa masa suave.

La recorrió con la mirada y se detuvo en sus pies. Solo uno llevaba una zapatilla rosa bordada; la otra debía de haberla perdido en la lucha. Aquella desnudez vulnerable, los dedos crispados sobre la alfombra, lo desarmó de una forma peligrosa.

Ella lo había sorprendido. Y no se arrepentía. Quizá, en algún rincón oscuro de su mente, había deseado que así fuera.

—Sal de mi dormitorio —exigió ella con la voz quebrada, mezcla de rabia, miedo… y algo más—. Sal de mi casa.

Se acercó un paso.

—No hasta que consiga lo que he venido a buscar.

—Esto es imperdonable. Si esto tiene que ver con mi hermano…

—He venido a verte.

El deseo lo atravesó con violencia.

—¿Verme? —sus ojos se agrandaron—. No puedes pensar que yo… que nosotros…

Se interrumpió, tragando saliva.

—No.

Él avanzó de nuevo.

—¿No?

Ella retrocedió, mirando a su alrededor, quizá buscando algo con lo que defenderse.

—Tú… tú no obligarías a una mujer que no quiere.

La duda en su voz lo estremeció. Jamás había forzado a ninguna mujer, pero la intensidad de su deseo por ella lo dejaba en terreno desconocido.

Le sostuvo la barbilla.

—Pero no te resistes —murmuró—. ¿Verdad, Lady Victoria?

—Sí, yo…

Calló. Sus ojos, grandes y brillantes, ya no parecían dispuestos a luchar.

El triunfo lo invadió, aunque un resto de civilización lo frenó. Haría lo posible por complacerla, pero en ese estado dudaba de poder controlarse mucho tiempo.

La luna delineaba sus rasgos puros. Recordó su virtud proclamada, la inocencia extraña de su beso.

Forzándose a ir más despacio, deslizó el pulgar por el contorno de sus labios cerrados, persuadiéndolos hasta que se separaron. Su respiración se quebró al sentir la respuesta de ella. Aquello iba a ser extraordinario.

La razón le lanzó una última advertencia: había venido solo a por el diario y a marcharse.

Pero el pulso salvaje en su sangre ahogó cualquier cautela.

Tenía que poseerla. Ahora.

Capítulo 4

Victoria cerró los ojos, abrumada por el deseo intenso que parecía irradiar de Rutherford como el calor de una llama. Estaba conmocionada, desorientada, incapaz de pensar con claridad. Incapaz de pensar en absoluto.

Hubo un instante, antes de que él se identificara, en el que creyó que iba a resultar herida o incluso asesinada por aquel intruso imponente que la había atacado sin previo aviso. Y, más allá del impulso desesperado de liberarse, el único pensamiento que había cruzado su mente fue el desperdicio que había hecho de su vida.

Saber quién era el autor del asalto no la había calmado. Ni siquiera ahora. El corazón le golpeaba con fuerza y la respiración se le escapaba a trompicones. Quería huir, pero se sentía atrapada en una trampa sensual de la que no lograba escapar.

Casi aturdida, sintió unos dedos urgentes y hábiles deshaciendo su camisón, tirando de la cinta que fruncía el corpiño. Cada roce de su piel contra la de ella ardía como una marca. Una mano grande, cargada de fuerza contenida, con una rudeza inesperada pero de algún modo adecuada, se deslizó bajo la tela y rozó el contorno de su pecho.

Victoria jadeó.

—Abre los ojos —le ordenó él.

Pero no quería hacerlo. Si aceptaba que aquello era real, tendría que apartarse. Tendría que decirle que se marchara.

La mano de Rutherford la acarició y su boca encontró la suya. Esta vez, ella le devolvió el beso. No había necesidad de resistirse. Él no estaba realmente allí. No era Lady Victoria Ashbourne quien hacía

esas cosas, sino una versión onírica de sí misma, a salvo de las consecuencias.

La palma de él se aplanó y rodó sobre su pezón. Ella se estremeció y se aferró a sus labios como si se ahogara y él fuera su única fuente de aire.

—Abre los ojos, Victoria —susurró junto a su oído, con una voz cálida y baja.

Ella negó con un sonido ahogado y apartó la cabeza. Ojalá dejara de hablar.

Los dedos de Rutherford la provocaban, pellizcando y tirando de ella, enviando dardos de fuego a través de su cuerpo, avivando un deseo que la incendiaba por dentro. Su boca descendió hasta su cuello, besándola, recorriéndola, mientras la estrechaba contra él y ella temblaba con un hambre febril, emocionante, aterradora.

Quería echar la cabeza hacia atrás e invitarlo a perderse en su piel. En su cuello, en sus pechos, en todos aquellos lugares sensibles que nunca habían conocido el verdadero tacto de un hombre. Quería sentirlo piel con piel, envolverlo con una pierna, apretarlo hasta casi fundirse. Quería hacer cosas vergonzosas, descaradas…

Solo las mujeres perdidas se comportan así.

—¡No!

Jadeando en busca de aire, Victoria retrocedió y lo empujó con todas sus fuerzas.

Debió de sorprenderlo, porque la soltó. Sus ojos brillaban; la dureza de su boca estaba suavizada por los besos. Al instante siguiente volvió a avanzar, pero ella alzó la mano para abofetearlo. Él le atrapó la muñeca y la miró fijamente, y entre ambos se libró una silenciosa batalla de voluntades.

De pronto, la mirada de él se desvió por encima de su hombro y la soltó.

Instintivamente, Victoria se giró, escudriñando el dormitorio.

No había nadie.

Cuando volvió a mirarlo, Rutherford ya no estaba.



Una sarta de juramentos cruzó la mente de Xander mientras avanzaba en silencio por el pasillo. Había oído un ruido procedente de la suite principal. Podría haber sido un miembro de la familia, pero lo dudaba. Debería haber sabido que aquel maldito chico no se marcharía obedientemente. Debería haberle golpeado con más fuerza.

Pero fuera Barnaby u otro intruso, ya se había ido cuando Xander llegó. Miró hacia la oscuridad exterior, intentando distinguir algún movimiento entre la vegetación, pero no vio nada.

Se volvió hacia el pasillo vacío. No esperaba, desde luego, una bienvenida por parte de Lady Victoria.

El deseo seguía ardiendo en su sangre, pero sabía que no debía intentar persuadir a una mujer furiosa para que se entregara a él. Y si dejaba de pensar con la parte equivocada de su cuerpo durante unos segundos, admitiría que ya había permanecido allí demasiado tiempo.

Xander apoyó una pierna en el alféizar de la ventana y estuvo a punto de gemir en voz alta. Había estado a un paso de tenerla. El factor sorpresa había jugado a su favor. La próxima vez, ella estaría alerta. Era una lástima… aunque siempre había disfrutado de los retos.

En cuestión de segundos, escapó por donde había entrado, con el puño de la camisa desgarrado al engancharse en una espina de la rosa trepadora. Tocó el lino deshilachado y, sin pensarlo, sus dedos fueron a su labio herido.

Una oleada de deseo puro lo recorrió al recordar aquellos pequeños dientes blancos hundiéndose en su carne. Tanto, que llegó a darse la vuelta y poner un pie en el primer peldaño de la celosía antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Maldiciendo, se apartó de la pared.

¿Cómo había conseguido ella provocarle aquello? Siempre se había considerado más civilizado que la mayoría de los hombres. Tenía apetitos intensos, sí, pero jamás había permitido que lo dominaran. Lady Victoria despertaba en él instintos primarios que no sabía que poseía.

No le gustaba.

No le gustaba en absoluto.

Salió por la puerta trasera al callejón que discurría entre la casa de Lady Victoria y las viviendas posteriores. Abrochándose el abrigo, se dirigió a grandes zancadas hacia el King's Arms, donde lo aguardaba su carruaje. El aire fresco de la madrugada despejaría su mente y, con suerte, enfriaría su cuerpo lo suficiente para permitirle pensar.

Mientras caminaba, repasó lo que ya sabía de Lady Victoria. Esperaba que el diario fuera tan comprometedor como ella había insinuado. Poseía esa combinación poco común de belleza, calidez e inteligencia, el tipo de mujer a la que los hombres admiraban… y en la que también confiaban.

Había dicho que el diario estaba escrito en clave, pero Xander no creía que le costara descifrarlo. Imaginaba que el código de Lady Victoria sería, en el mejor de los casos, elemental.

Aun así, no cometería el error de subestimarla en ningún otro aspecto. Era astuta, conocía el mundo político y sabía cómo ejercer el poder del que disponía.

Había conseguido el diario. El problema era que aún no había decidido qué hacer con él. Si se lo entregaba a Harcourt, sustituiría a

una chantajista por otro. Harcourt podía causar mucho más daño con aquella información que Lady Victoria.

Xander no pensaba permitir que nadie utilizara los pecados privados de aquellos ministros como arma política. Si el diario contenía delitos reales, se vería obligado a seguir los cauces oficiales. Pero no creía que Lady Victoria hubiera consignado nada criminal.

A pesar de sus amenazas, no era corrupta.

¿Y si el diario contenía información íntima sobre ella misma?

Aceleró el paso, consciente del fino volumen presionando contra su pecho. Alquilaría una habitación en el King's Arms y lo leería allí.

De pronto, no podía esperar a llegar.

Al doblar una esquina, un sexto sentido lo hizo girar. No había nadie. Sin embargo, había tenido la clara impresión de movimiento. Lentamente, sacó los guantes blancos de noche del bolsillo y se los puso.

—Está bien, Barnaby —dijo en voz alta—. Puedes salir.

El silencio fue la única respuesta.

Xander consideró enfrentarse a su sombra, pero decidió no hacerlo. No había necesidad de buscar problemas, no con el diario en su poder. Sus ojos buscaron instintivamente refugio, por si alguien disparaba. No llevaba pistola, aunque no estaba indefenso.

No cuestionó su estado de alerta. El instinto le había salvado la vida más de una vez. No iba a ignorarlo ahora, aunque no tuviera pruebas concretas.

Nada ocurrió y llegó al King's Arms sin contratiempos. Cruzó el patio y entró en la posada, impaciente por comenzar a leer.

Encontró a su sirviente, Silas, disfrutando de una jarra de cerveza en la ruidosa taberna. Silas lo miró sin reconocerlo, un

hábito nacido de la prudencia. A la señal de Xander, vació la jarra con calma, bromeó con el tabernero y se acercó.

—¿Algo se está gestando, jefe? Te he visto esa cara antes.

—Qué perspicaz eres, Silas —murmuró Xander—. Nos quedaremos aquí un rato más. De hecho, pasaré la noche. Consígueme una habitación y haz los arreglos para ti y los caballos. Tengo trabajo.

—Tienes razón, jefe —respondió Silas, frotándose las manos—. Hay una chica muy guapa, la hija del posadero…

—No quiero saberlo. Y procura no meterte en líos. Puede que te necesite.

Silas se tocó el sombrero.

—Como ordene, jefe.

Xander suspiró.

—¿Existe alguna posibilidad de que empieces a llamarme «Su Excelencia»? Ahora soy duque.

—Ni lo sueñes —replicó Silas—. Si quieres adulaciones, búscalas en tus nuevos sirvientes refinados. De mí no las obtendrás.

Xander rio y le dio una palmada en el hombro.

—Buen hombre.

—¡Su Excelencia!

Xander se giró. Barnaby estaba allí.

Maldito chico. Se había olvidado de que le había dicho que esperara.

—Ah, Barnaby. Me alegro de verte.

Los ojos del muchacho brillaban con una devoción que empezaba a resultarle inquietante. Xander dudó, buscando algo que encargarle, algo trivial que lo mantuviera ocupado y lejos de él.

—Dijiste que tendrías órdenes para mí.

Algo sencillo. Xander chasqueó los dedos.

—Sí. Tengo un trabajo. Vuelve a la casa de Lady Victoria y vigila. Si ocurre algo fuera de lo común, infórmame. ¿Entendido?

Barnaby pareció crecer de entusiasmo.

—¡Sí, señor! Su Excelencia. Iré de inmediato.

—Hazlo —murmuró Xander—. Ven a verme al mediodía con tu informe. Puedes irte.

—No le decepcionaré, Su Excelencia.

Como sus expectativas no eran altas, eso no sería difícil.

Xander observó marcharse a Barnaby. El chico necesitaba distancia.

La finca que había heredado requería atención inmediata. En cuanto resolviera el asunto del incendio, regresaría allí para quedarse. No podía permitir que Barnaby se acostumbrara a su presencia. Una ruptura limpia sería lo mejor.

El padre de Barnaby había dirigido redes de prostitución, incluida una de niños. Xander se había sentido triunfante al reunir las pruebas, pero el hombre pertenecía a una familia poderosa. Harcourt había intentado ocultarlo, pero Xander lo había sacado a la luz. El padre había sido condenado, luego enviado al transporte, y había muerto rumbo a Sídney.

Sus crímenes habían sido atroces. Peor aún, había corrompido a su propio hijo.

Una oleada de rabia y compasión apagó la irritación de Xander. Castigar al culpable no podía borrar el daño infligido. Por molesto que fuera Barnaby, nunca olvidaría la infancia que había soportado.

Habría que hacer algo por el muchacho cuando Xander abandonara Londres.

Ahora, sin embargo, debía concentrarse en el diario.

En su habitación, sencilla y adecuada a sus fines, Xander sacó el cuaderno y lo sostuvo entre las manos. Un objeto pequeño, discreto… y cargado de poder.

Dudó.

Tenía la extraña sensación de que leer aquel volumen cambiaría su vida.

Por una vez, decidió ignorar su instinto. Se sirvió una copa de brandy, se acomodó en un sillón junto a la chimenea y abrió el diario.



Victoria permaneció de pie en el centro de su dormitorio, sonrojada y sin aliento, durante unos instantes, hasta que la certeza se impuso.

Él no iba a volver.

Se dirigió a la puerta, la abrió de un tirón y miró al pasillo.

Estaba vacío. La casa dormía en silencio.

Unos objetos esparcidos por el suelo captaron su atención y se apresuró a recogerlos. El tintero, la pluma y los papeles seguían donde los había dejado caer al sobresaltarse. Su zapatilla yacía a cierta distancia, como si la hubiera lanzado durante el forcejeo.

Encontró la vela y, con la uña, raspó la cera endurecida que había goteado sobre el suelo.

Recogió todo y lo llevó al dormitorio, dejándolo caer con estrépito sobre una mesa de madera.

Temblando, Victoria se agarró al borde y bajó la cabeza.

—Oh, Dios…

La vieja y conocida humillación brotó en su interior, repugnante y abrasadora.

Avergonzada por el recuerdo de su comportamiento desatado, se sujetó el camisón abierto y se dejó caer en la silla más cercana.

¿Cómo podía haber ocurrido? Había estado a punto de… Se estremeció al pensar lo cerca que había estado de arrojar por la borda su virtud.

Estúpida. Estúpida. Estúpida.

Y él ni siquiera se había molestado en quedarse. Pobre Victoria, demasiado entusiasta, demasiado hambrienta de afecto.

¿Qué habría pensado de ella? ¿Por qué se había marchado con tanta brusquedad? ¿Qué había hecho ella para provocar aquello?

Su mirada se deslizó hasta la cama. Cerró los ojos con fuerza mientras el calor le subía al rostro y le ardía tras los párpados. Estaba a punto de llorar, una debilidad que no se había permitido en años.

Proteger su virtud durante tanto tiempo, solo para arriesgarla con un hombre al que, por derecho, debería considerar un enemigo.

Y ni siquiera le gustaba.

Debería sentirse agradecida de que se hubiera ido antes de que ella le permitiera ir más lejos.

Victoria no podía engañarse, ni siquiera a sí misma. No le habría dicho que no. Qué aterrador resultaba pensar que había olvidado su moral y su sentido común con tanta facilidad, apenas un hombre sin escrúpulos había sabido aprovecharse de su confusión. Acababan de conocerse.

Una oleada de vergüenza la invadió al imaginar cómo debía de haber quedado cuando él la dejó. El cabello revuelto, los pechos al descubierto, la mirada perdida. Jadeando por él como una criatura en celo.

Si no tenía intención de seducirla, ¿por qué había regresado a la casa?

Gideon. Claro. Esa tenía que ser la razón. Había venido para presionarla, para doblegarla, quizá incluso para utilizarla. El misterio era por qué se había marchado antes de conseguirlo.

¿O acaso…?

Tragó saliva para deshacer el nudo que le oprimía la garganta.

¿La había encontrado tan indigna que no había podido continuar, ni siquiera por el bien de su investigación?

Ojalá se hubiera resistido como lo habría hecho cualquier mujer sensata.

No había marcha atrás. Había sido imprudente y necia.

Tenía que serenarse. Respirar. Lo verdaderamente importante no era el duque de Rutherford, sino sacar a Gideon de la cárcel.

No permitiría que ese hombre la distrajera de su propósito.

Escribiría el primer capítulo de sus memorias. Necesitaba algo tangible con lo que negociar. Si de verdad se estaba exponiendo al peligro al insinuar aquellas amenazas, necesitaba una garantía.

Con los nervios aún tensos, Victoria se ajustó los cordones del camisón y trenzó su cabello en una severa coleta. Dispuso papel, pluma y tinta sobre una mesita y se sentó a escribir.



Barnaby sabía moverse en silencio cuando era necesario. Era una de las muchas cosas que había aprendido del duque.

Su Excelencia, el duque de Rutherford.

Barnaby saboreaba el título que ahora ostentaba su mentor. Duque. El rango más alto de la nobleza. Riqueza y poder más allá de los sueños de la mayoría de los hombres.

Sabía que Rutherford abandonaría el Ministerio del Interior al heredar el ducado. ¿Por qué seguir al servicio del Gobierno bajo la

autoridad de un hombre como Harcourt?

Como jefe de operaciones, Harcourt era metódico y poco imaginativo, sutil como un ariete. Y además engreído. Veía a Barnaby como un instrumento propio, pero la lealtad de Barnaby pertenecía, y siempre pertenecería, a Rutherford.

Le debía la vida. Y mucho más que eso.

Un susurro de hojas anunció la llegada de quien esperaba.

—Señor Barnaby.

Una voz femenina, joven y emocionada.

Maldijo en silencio. Al volverse, la vio: entusiasmo excesivo, ojos grandes y vacunos, una abundancia de curvas que le provocaba náuseas.

Tan femenina. Tan blanda.

Pero cumpliría.

Por Rutherford.



—Pensé que no vendrías. Nunca llegas tarde.

Clarissa Blackwood se volvió tras despedir a su mozo de cuadra y examinó a Xander desde debajo del ala de su sombrero.

El caballo negro que montaba resopló y sacudió la cabeza. Era un animal poderoso, demasiado para la mayoría de las damas, pero Xander sabía que ofrecer ayuda sería un error. Su hermana montaba como si hubiera nacido en la silla y detestaba cualquier insinuación de debilidad.

—Mis disculpas. El retraso fue inevitable.

No había dormido. Había pasado las horas previas al amanecer intentando descifrar el diario de Lady Victoria.

Italiano.

Sabía latín y griego, pero del italiano solo conocía unas cuantas palabras, la mayoría obscenas. Lo poco que había inferido a partir del latín no tenía sentido. No podía recurrir a un traductor oficial. No quería que el Ministerio supiera que el diario existía. Y no confiaba en nadie más.

Pensó dormir un par de horas antes de acudir a Whitehall, pero recordó el paseo a caballo con Clarissa en Hyde Park. Cancelarlo ya no era una opción. Entonces recordó que muchas mujeres de su clase tenían nociones de italiano.

Tal vez Clarissa podría ayudarle.

La observó con atención: erguida, impecable, el cabello rubio severamente recogido, un sombrero horrible que debía de ser lo último en moda.

Daba a sus hermanas una generosa asignación. Cuanto más extravagantes eran, más satisfecho se sentía. Era su manera de compensar los años de penuria tras la muerte de su padre.

—Aprendiste italiano en la escuela, ¿verdad, Louie?

—Más o menos. —Sus ojos azules se clavaron en los de él—. Aprendí más con Mademoiselle Renaud. Nuestra institutriz era medio italiana. ¿No lo recuerdas?

Él frunció el ceño.

—¿Era guapa?

—No especialmente.

—Entonces no me acordaría.

Ella resopló.

—Eres atroz.

—No. Solo un hombre.

Sonrió, sorprendido al darse cuenta de que era la primera sonrisa sincera en años.

Podía confiarle el diario, pero ¿la pondría en peligro? Tal vez lo vigilaban incluso entonces.

Al menos el parque estaba casi vacío a esa hora.

—Necesito que traduzcas algo —murmuró—. ¿Podrías hacerlo?

—Supongo que está en italiano. ¿Tiene que ver con…?

—Mi trabajo. Ese trabajo secreto del Gobierno del que no sabes nada.

—Ah. Claro. Me gustaría ayudarte. —Suspiró—. Últimamente somos tan prósperos que no sé qué hacer conmigo misma. Disfrutaré del reto.

—Espera a ver tu nueva casa —dijo él—. ¿No tienes cientos de bailes a los que asistir? Pensé que llevabas una vida frívola.

Clarissa apartó la mirada.

—Tengo veintinueve años. No soy una debutante ni una matrona. Solo una solterona irrelevante. Y todos esos eventos acaban siendo iguales.

Hizo una mueca y luego rió.

—Esto suena terriblemente sentimental. Pero prefiero mil veces esta tarea.

La condujo hasta una pequeña arboleda y sacó el diario del bolsillo.

—Aquí. Puede que parte del contenido te resulte impactante. Necesito una traducción fiel. Hasta la última sílaba. Guárdalo bien y avísame cuando termines.

Clarissa lo tomó con cuidado.

—No empezaré hasta esta noche. Mamá tiene todo el día planeado. Diré que me duele la cabeza.

Lo miró con expresión grave.

—Sé guardar secretos.

Él le apretó la mano.

—No lo dudo. Gracias, Louie.

Ella sonrió.

—Me alegra ser útil.



—He venido tan pronto como he podido, milady.

Weston se limpió la boca y miró alrededor con curiosidad.

Victoria reprimió su repulsión.

—¿Cómo está mi hermano?

—Lo han trasladado. Tiene cama, manta, agua y cordero hervido. Dice que está tranquilo y que no se preocupe por él.

Victoria puso los ojos en blanco.

—¿No ha mencionado a nadie que pueda ayudarlo?

—Como le dije, no quiere que lo salven.

Weston se encogió de hombros.

—No hubo forma de persuadirlo.

Conociendo a Gideon, resultaba creíble.

—¿Sabe que lo retienen por sedición?

—Sí. Pero cree que no lo juzgarán. Solo quieren que confiese lo que sabe del incendio de Rutherford.

Así que era cierto.

—Si revela el escondite de esos hombres, quedará libre. ¿Lo sabe?

—Lo sabe. Pero no lo hará.

Victoria suspiró.

—Está bien. Puedes irte.

Le entregó la bolsa con el dinero restante. Weston la contó con parsimonia. Exasperada, Victoria salió de la estancia.

Con el primer capítulo de sus memorias ya a salvo en manos de sus abogados, caminó de un lado a otro del salón, reflexionando.

Tenía que acercarse a Harland de manera casual, en sociedad.

Tal vez convencer a su cuñado de invitarlo a cenar… Negó con la cabeza. Oswald era leal al Gobierno. Ya se había negado a ayudarla. Su reacción ante un chantaje sería predecible.

Acariciando las cortinas de terciopelo, vio una golondrina lanzarse en picado y sintió un anhelo punzante por esa libertad.

La carga de ser la única responsable del destino de Gideon era casi insoportable.

¿Tenía el valor para enfrentarse al Gobierno de Su Majestad?

Por Gideon, tendría que encontrarlo.



Como secretario de un abogado de primer nivel, el señor Tibbits apreciaba el orden y el método. Tras la muerte de su antiguo jefe, un hombre casi diez años más joven que él, había tenido la fortuna de conseguir un puesto con el señor Crouch. Este caballero compartía la misma veneración por el orden y el método, y contaba con tantos clientes ricos y distinguidos que resultaba admirable que pudiera atenderlos a todos.

Absorto en enumerar mentalmente los múltiples placeres de su ocupación, el señor Tibbits mojó la pluma en el tintero y se dispuso a redactar una declaración jurada con su letra pulcra y cursiva.

Antes de posar la pluma sobre el pergamino, una gran sombra se proyectó sobre su escritorio.

Casi saltó de la silla. Alzó la vista con brusquedad. Un hombre alto y moreno se erguía ante él.

Se llevó una mano al pecho, donde el corazón le martilleaba.

—¡Por Dios, señor! Me ha dado un susto de muerte.

No conocía a aquel desconocido, pero la excelente calidad de su vestimenta y la arrogancia natural de su porte delataban su pertenencia a la alta sociedad.

Unas manos grandes, blancas y elegantes se apoyaron sobre el escritorio. El hombre se inclinó hacia él.

—Dígale a su jefe que deseo verlo.

El pulso del secretario se aceleró aún más. Había una amenaza clara tanto en la postura del desconocido como en el brillo frío de sus ojos oscuros.

Aun así, el señor Tibbits conocía su deber. Era consciente, además, de que los empleados más jóvenes a su alrededor habían alzado la cabeza para observar la escena.

—¿Tiene cita, señor?

—¿Cita?

Los dientes del hombre relampaguearon en una sonrisa peligrosa. Soltó una carcajada, se dio la vuelta y subió a grandes zancadas las escaleras hasta la galería donde se encontraba el despacho del señor Crouch.

—¡Señor! No puede subir sin una…

La puerta del despacho se abrió y se cerró de golpe.

—…cita. ¡Ay, Dios mío!

El señor Tibbits se apresuró a seguirlo, impulsado por el miedo.

Ay, Dios mío. Ay, Dios mío. El señor Crouch se enfadaría terriblemente si aquel hombre entraba sin cita previa y él no había logrado detenerlo.

Jadeando, el señor Tibbits llegó a la puerta del despacho, llamó con rapidez y giró el pomo.

Estaba cerrada con llave.

—¡Señor Crouch! —alzó la voz a través de la madera—. ¿Se encuentra bien?

Apoyó el oído, pero las voces del interior eran demasiado bajas para distinguir palabra alguna.

En menos de un minuto, la puerta se abrió de golpe y el señor Tibbits estuvo a punto de caer en brazos del desconocido.

Este lo sujetó por los codos y lo ayudó a mantenerse en pie.

—Tranquilo, viejo.

Con una sonrisa diabólica, desapareció escaleras abajo, guardándose un fajo de papeles en el chaleco.

El señor Tibbits respiró hondo y empujó la puerta, preparándose para recibir una severa reprimenda.

Su empleador estaba desplomado en una silla. La corbata, normalmente impecable, colgaba torcida. Jadeaba en busca de aire.

—¡Señor! —exclamó el señor Tibbits, entrando de inmediato—. ¿Está herido? ¿Llamo a un médico? ¿A la policía?

El señor Crouch negó con la cabeza, los ojos aún turbios. Movió los labios antes de lograr articular palabra.

—No, Tibbits. Le ruego que olvide este incidente por completo. Pero debe avisar a lady Victoria Ashbourne. Debo… debo verla. Inmediatamente.

El secretario de Harcourt hizo pasar a Xander sin demora. No tuvo que esperar en la antesala, como tantas otras veces.

Si le hubiera interesado exhibir su nueva dignidad ducal, habría rechazado la citación y enviado la suya propia. Sin embargo, detestaba ese tipo de gestos, y además necesitaba lo que Harcourt podía ofrecerle. Resultaba más probable conseguirlo sin irritar al anciano.

Durante un buen rato, su presencia fue ignorada.

Xander esbozó una sonrisa sarcástica. Al fin y al cabo, las cosas no habían cambiado tanto. El jefe de operaciones permanecía sentado tras su enorme escritorio de roble, hojeando un informe con la lentitud deliberada de quien busca incomodar a su interlocutor. Era parte del juego, y hacía años que Xander había dejado de dejarse intimidar por aquella táctica.

Observó la línea precisa del cuero cabelludo de Harcourt, donde los escasos mechones castaños ya encanecidos se rendían ante la calva, y se preguntó cuánto tardaría su hermana en traducir el diario de Lady Victoria.

El silencio se prolongó. Xander estuvo a punto de levantarse y marcharse. Pero necesitaba la ayuda de Harcourt. Necesitaba mantener a Gideon Cliffordm entre rejas.

El leve chasquido de una puerta interior lo puso en alerta.

Un nuevo jugador entró en escena.

Villiers.

El cabello negro caía sobre la frente en una punta marcada en forma de V; las cejas se arqueaban como puntas de flecha, otorgándole un aire libertino, casi diabólico. A primera vista parecía entregado únicamente a la autocomplacencia y al vicio, pero Xander sabía que aquella fachada decadente ocultaba una mente maquiavélica y una determinación implacable.

Habían sido rivales desde Eton. Mientras Xander había necesitado el trabajo en el Ministerio del Interior y el dinero que este le proporcionaba, Villiers había ido y venido siempre a su antojo.

Villiers había elegido esa vida una y otra vez, como un adicto. Xander, en cambio, siempre se había sentido un esclavo.

Un esclavo a punto de ser libre.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Villiers sin rodeos, con los ojos oscuros brillando de burla.

Xander casi habría jurado que lo sabía todo sobre la noche anterior. Pero esa era precisamente la impresión que Villiers quería causar.

Harcourt levantó la vista, frunciendo el ceño como un bulldog molesto.

Xander no le concedería a Villiers la satisfacción de mostrar incomodidad. Se sentó sin ser invitado y se recostó con aparente tranquilidad, aunque su mente bullía de conjeturas. Barnaby debía de haber contado algo sobre el encuentro nocturno, aunque ignoraba lo que Xander realmente buscaba.

Alzó las cejas con fingida sorpresa.

—¿Conseguir qué?

—Oh, vamos, Su Excelencia —ronroneó Villiers—. El chico me dijo que anoche irrumpiste en la casa de cierta dama. ¿Qué estabas buscando?

Xander esbozó una sonrisa lenta.

—Creí que usted, precisamente usted, lo adivinaría, Villiers.

—Ah. La hermosa Lady Victoria. —Villiers ladeó la cabeza—. ¿Presumiendo de conquistas, Rutherford?

—En absoluto. —Xander mantuvo la calma—. Nunca he ocultado mi objetivo con respecto a ella. Intento persuadirla para que influya sobre su hermano y lo haga entrar en razón.

—¿Y tu… persuasión tuvo éxito? —preguntó Villiers con delectación.

—Por desgracia, me interrumpieron. —Xander lanzó una mirada mordaz a Harcourt—. Alguien irrumpió en la casa mientras yo estaba allí. Deberías vigilar más de cerca a ese cachorro, Harcourt. Barnaby es un lastre.

Villiers y Harcourt intercambiaron una mirada fugaz.

—Es tu protegido —señaló Villiers.

—No lo es. —Xander tensó la mandíbula—. Harcourt lo reclutó, contra mi consejo. Si he intentado mantenerlo con vida y fuera de problemas, ha sido por compasión. Nunca quise que se viera envuelto en esto.

—Hemos estado observando a su señoría —intervino Harcourt, como si Xander no hubiera hablado—. Está actuando de manera precipitada con respecto al hermano de Lady Victoria. Está suplicando a medio gabinete que intervenga. Si continúa, quizá tengamos que hacer algo para silenciarla.

Villiers sonrió.

—O podríamos darle lo que quiere. Dejar libre al hermano.

Xander lo fulminó con la mirada.

—Es nuestro único vínculo con los pirómanos de Rutherford. Antes habrá que doblegarlo.

—Trabaja con la mujer —gruñó Harcourt—. Sabes cómo hacerla bailar a tu son.

Villiers resopló y se volvió, pero Xander notó el destello de resentimiento. Aún escocía.

—Me ocuparé de ello —dijo Xander—. De una forma u otra. —Frunció el ceño—. ¿Harland sabe algo de la campaña de Lady Victoria? Anoche preferí no mencionarle nada.

Harcourt barajó unos papeles, fingiendo desinterés.

—Por supuesto que no. Ya está bastante nervioso con la agitación del país. Empieza a creerse su propia retórica.

—¿Qué ocurre realmente? —preguntó Xander—. A pesar de los alarmistas, me cuesta creer que estemos al borde de una revolución.

Villiers se encogió de hombros.

—Hay focos de malestar, sí, pero no a una escala que pueda arrasar el país. Sin duda, la situación es menos grave de lo que Harland hace creer. Pero eso queda entre nosotros.

—Por supuesto —murmuró Xander.

Harcourt gruñó.

—Eso no significa que podamos tolerar los problemas que Lady Victoria es capaz de causar. La historia de un vicario encarcelado sin juicio es el tipo de material que nuestros detractores distorsionarían. Podría provocar disturbios serios.

Xander lo dudaba, pero guardó silencio.

—Mantenla callada hasta que resolvamos el incendio —ordenó Harcourt—. No me importa cómo. Asústala, sedúcela, usa al hermano. Lo que sea necesario.

—¿Y después? —preguntó Xander—. ¿Qué ocurrirá con Lady Victoria?

Intentó mantener la voz neutra, pero Villiers captó algo en su postura.

—Si se comporta y no causa más problemas, nada —respondió Harcourt.

Xander no lo creyó. Lady Victoria no aceptaría la desaparición de su diario con resignación. Era inteligente y decidida, impulsada por el miedo por su hermano.

—¿Y si persiste?

Conocía la respuesta.

—Entonces habrá que eliminarla —dijo Harcourt con frialdad—. Un accidente de carruaje, quizá.

Miró a Villiers.

—Confío en que puedas encargarte de los detalles.

Xander sintió un frío helado recorrerle la espalda.

Capítulo 5

-¿Puedo hablar contigo? —Villiers salió de la oficina de Harcourt y alcanzó a Xander en el pasillo.

¿Y ahora qué?, pensó Xander.

—Por supuesto.

Se puso los guantes con parsimonia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. No podía permitir que Villiers percibiera su urgencia. Había demasiadas cosas que resolver antes de poner en marcha sus planes, y solo contaba con unas pocas horas antes de que Lady Victoria partiera.

Villiers esperó hasta que estuvieron en el exterior. Se colocó el sombrero y le indicó con un gesto que lo acompañara.

—Quizá te interese saber —dijo por fin— que esta mañana se ha entregado un documento en el bufete Oddling and Crouch. El primer capítulo de las memorias de cierta dama. Con instrucciones de hacer públicos los escritos si a la dama le ocurriera algo.

Dios mío. la pequeña tonta…

Las cejas de Villiers se arquearon con deleite.

—¿No lo sabías?

Xander negó en silencio. Villiers disfrutaba de aquello, y no debería sorprenderle. Tampoco debería sorprenderle que Villiers tuviera un informante en la casa de Lady Victoria. Lo que lo enfurecía era que Barnaby no se lo hubiera comunicado antes. Cuando encontrara a ese muchacho, lo colgaría del farol más cercano.

No dejó traslucir su ira.

—¿Y cómo supiste el contenido del documento? —preguntó con calma—. El abogado habrá alegado privilegio, imagino.

—Amenacé con violar a su esposa —respondió Villiers con ligereza—. Oh, no me mires así. No lo habría hecho.

Xander lo observó con una fascinación involuntaria.

—Tus métodos siempre han sido directos.

—Ahorran mucho tiempo —replicó Villiers con lentitud. Suspiró —. Un pajarito me ha dicho que tu Lady Victoria se dirige a Richmond esta tarde. ¿Qué opinas de eso?

Xander se encogió de hombros.

—Lo evidente. Está acorralando a nuestro estimado ministro del Interior para chantajearlo con sus memorias.

—Y, al hacerlo, ponerse la soga al cuello —murmuró Villiers—. Un cuello muy bonito, además.

La ira recorrió a Xander, mezclada con alarma. Una cosa era que Villiers advirtiera su interés por la dama y otra muy distinta era que manifestara el suyo propio.

Se contuvo.

—Tú y yo sabemos que jamás la juzgarían. Incluso sin las implicaciones políticas, un jurado la absolvería en un abrir y cerrar de ojos —hizo una pausa—. Pero Harcourt no permitirá que eso ocurra. La mataría antes.

Villiers se sacudió una pelusa de la manga.

—Desde luego. ¿Tú no harías lo mismo? No sabemos cuánto sabe ella. Y aunque no supiera nada, la más leve insinuación en la prensa bastaría para que el público pidiera sangre. Harcourt no puede permitirse un juicio. Imagino que la señora lo sabe.

Caminaron en silencio. ¿Qué quería Villiers? No había dicho nada que no fuera obvio. Debía de haber algo más.

Tras unos minutos, Villiers habló:

—Te has vuelto blando, Su Excelencia.

La pulla dolió. Xander había hecho de su frialdad un orgullo. Pero asesinar a una dama desesperada por salvar a su hermano estaba fuera de todo lo que había concebido.

Villiers no era tan escrupuloso. Y si llegaban a enfrentarse, ¿quién saldría vencedor?

—Puede que haya una alternativa —continuó Villiers—. Nuestro jefe de operaciones ya no es quien era. Piensa en retirarse, y eso altera la perspectiva. Ha habido… lapsos de juicio.

Xander comprendió. Villiers aspiraba al puesto más alto y estaba dispuesto a ayudarlo a proteger a Lady Victoria. A cambio de…

Silbó, molesto.

—Quieres las memorias.

Villiers hizo una leve reverencia.

—En pocas palabras. Yo sabría darles mejor uso que Harcourt. Su visión es limitada. —Mostró los dientes—. Te aseguro que mis motivos son puros. ¿No decías siempre que el fin justifica los medios?

Xander habría preferido mantenerlo al margen, pero Villiers sabía demasiado. Tenerlo cerca tenía ventajas estratégicas.

Observó su perfil afilado.

—Veré qué puedo hacer.

Al mediodía, Xander aún no había concluido sus preparativos. Bajó a toda prisa las escaleras de su casa de Mayfair y se dirigió a

Piccadilly, donde su amigo lord Vane regentaba un club de boxeo privado aún más selecto que el de Jackson.

—¡Su Excelencia! ¡Su Excelencia!

Barnaby.

Xander apretó la mandíbula y se detuvo, luchando por contener su furia.

Que Barnaby no hubiera vigilado la casa de Lady Victoria esa mañana significaba que Villiers tenía ahora pruebas comprometedoras. Exasperado consigo mismo por haber confiado en el muchacho, se pellizcó el puente de la nariz.

¿Por qué no le había ordenado marcharse? En realidad, no le debía nada.

Pero no podía olvidar que había enviado a su padre a la horca. Ni que Barnaby había sufrido cruelmente a manos de aquel hombre. Xander respiró hondo y se obligó a mantener la calma.

Se volvió.

—Ah, Barnaby. —Consultó su reloj—. Te dije que te vería ahora, ¿no?

Barnaby corrió hasta colocarse a su lado cuando Xander retomó el paso. El entusiasmo del joven tensaba su paciencia, y hoy lo empujaba al límite.

—Dijo que tendría un trabajo para mí.

—Qué imprudente soy —murmuró Xander mientras se ponía los guantes—. Dame un momento. Seguro que se me ocurre algo.

Miró alrededor, dejando que la verborrea de Barnaby se diluyera en el bullicio de Piccadilly: el repiqueteo de los cascos, los gritos de los vendedores ambulantes, y el murmullo constante de la ciudad.

Era tiempo de brotes nuevos, de optimismo embriagador y de la locura del amor juvenil. O, en la alta sociedad, la temporada:

bailes, musicales, ópera, teatro e incluso el museo, si se exhibía algo tan en boga como los mármoles de Elgin.

Durante años, aquella alegría le había sido ajena. Siempre había tenido acceso a ese mundo; su linaje era irreprochable y pocos conocían el trabajo sucio que realizaba para el Ministerio del Interior. Sus conocidos lo creían un simple funcionario, y él nunca los había corregido. Ni siquiera la falta de fondos servía de excusa, pues la mayoría de los caballeros de su edad vivían a crédito.

Se había marginado a sí mismo. A los dieciocho años, descubrió que el padre al que adoraba no solo era un jugador empedernido, sino que estaba arruinado. De un plumazo desaparecieron su futuro, la comisión militar de su hermano, las dotes de sus hermanas y la seguridad de su madre.

Poco después, su padre murió en lo que el magistrado local llamó, con eufemismo, un accidente de caza. El viejo duque de Rutherford rechazó ayudar a la familia. Si Xander hubiera sabido que su madre pensaba suplicarle, se lo habría prohibido. La familia era su responsabilidad, y de nadie más.

Dejó Cambridge y un tío le consiguió un puesto en el Ministerio del Interior. A las dos semanas, Harcourt lo reclutó para su división secreta con promesas de dinero y emoción. De haber sabido lo que le aguardaba, habría rechazado la oferta.

Ahora, con una fortuna y una posición que superaban cualquier expectativa, era momento de sentar la cabeza. Se despojaría de la vergüenza de más de una década y comenzaría una nueva vida. Quizá, esta temporada, incluso encontraría una esposa adecuada.

Pero el incendio de Rutherford lo ataba a deberes ineludibles.

El primer paso era desarmar a Lady Victoria.

—Digo, Su Excelencia…

—Barnaby, te he pedido varias veces que me llames Rutherford. No soporto ese tratamiento cada dos minutos.

—Es usted muy amable, señor, pero no creo que le convenga renunciar a las cortesías…

Xander lo miró divertido.

—¿Te atreves a decirme que no soy lo bastante importante?

—Bueno, señor, no me corresponde censurarlo, pero…

—Ahórrate el aliento —cortó Xander—. Algún día aprenderás que la posición y la riqueza dicen poco del carácter.

El difunto duque había sido uno de los hombres más despreciables que había conocido, y eso incluía a muchos criminales.

Debía dejar atrás rencillas inútiles y centrarse en el presente. Y en Lady Victoria.

Miró a Barnaby, preguntándose si se arrepentiría.

—Da la casualidad de que sí tengo un trabajo para ti. Un pequeño asunto de secuestro…



A última hora de la tarde, Victoria se acomodó junto a su doncella, Dafne, en una calesa alquilada con destino a Richmond, donde el ministro del Interior pasaría la semana. Bajo la apariencia de una conversación trivial, su cuñado había dejado escapar aquel detalle.

Había recibido la invitación para la fiesta en casa de la señora Digby, pero la había rechazado con cortesía, alegando compromisos previos.

Ahora, el resto del mundo podía irse al cuerno. Necesitaba ver a Harland antes de que fuera demasiado tarde. Había enviado una nota a la señora Digby disculpándose por el cambio de planes de última hora. No dudaba de que su anfitriona la recibiría con los brazos abiertos, pues los Digby habían sido amigos de su familia durante generaciones.

—¿Cree que su duque estará allí, milady? —preguntó Dafne.

Victoria la miró, sorprendida. ¿Se habían convertido ella y el duque en tema de cotilleo?

—Si te refieres al duque de Rutherford, no me sorprendería en absoluto —respondió—. Sin duda estará vigilando a Harland como un bulldog.

Chantaje. Una palabra desagradable. En el calor de su discusión con Rutherford, había pronunciado amenazas precipitadas. A la luz del día, no estaba segura de poseer el valor necesario para llevarlas a cabo. ¿Y si la juzgaban por chantaje, o incluso por traición?

Pero ¿no equivaldría eso a alertar al mundo sobre la existencia de secretos capaces de perjudicar al Gobierno?

No. Rutherford tenía razón. Se ocuparían de ella de forma discreta. Sopesarían el riesgo de que ella cumpliera sus amenazas frente a las consecuencias de liberar a Gideon. Una vez libre su hermano, ella jamás consideraría hacer públicos aquellos secretos. Ellos debían saberlo.

¿Y si, aun así, no confiaban en que guardara silencio? ¿Y si las amenazas solo servían para abrir una caja de Pandora? Quizá su vida corría verdadero peligro, tal como había advertido Rutherford.

No correría riesgos innecesarios. El primer capítulo de sus memorias se publicaría si le sucedía algo. Tendría que dejarlo claro a Harland y a cualquiera que mostrara interés en el asunto.

Victoria tragó saliva. Le temblaba la mano mientras jugueteaba con los cordones de su bolso. Aquella salvaguarda no serviría de nada si nadie la conocía. Hasta que no comunicara su plan a Rutherford y a quienes se movían a su alrededor, seguiría en peligro. Había contratado escoltas para el trayecto y se había asegurado de que fueran armados. Aun así, no lograba tranquilizarse.

—¿Se encuentra bien, milady? Está un poco pálida.

—Estoy perfectamente, gracias —respondió, apartando la mirada para contemplar el crepúsculo—. Solo estoy algo cansada por lo de anoche.

Era cierto. Aunque no había sido el baile lo que la había agotado, sino todo lo que había ocurrido después.

El carruaje dio una sacudida brusca que las lanzó hacia delante. Antes de que Victoria pudiera reaccionar, un disparo retumbó en el aire.

—¡Agáchate! —Victoria agarró a Dafne por la muñeca y la empujó al suelo, entre los asientos. Se encogió como pudo entre las enaguas, con la rígida ballena del corsé clavándosele en el vientre.

Habían llegado. Iban a matarla.

El aire no le entraba en los pulmones. Piensa. Piensa. ¿Había pistolas dentro del carruaje? Sus ojos volaron hacia las fundas… vacías. Dafne también las vio y ambas exhalaron con desesperación.

—No temas. Hay cuatro hombres fuera obligados a protegernos —dijo Victoria, esforzándose por sonar firme.

—Son mercenarios —susurró Dafne, angustiada—. Huirán al primer disparo. Créame, milady.

Victoria rogó a todo lo sagrado que se equivocara.

—¿Hay algo que podamos usar como arma?

Dafne levantó su bolso.

—A menos que lleves medio kilo de perdigones ahí dentro, estamos perdidas. Tendremos que confiar en los hombres. Para eso les pagamos.

Desde el asiento del cochero llegaron gritos. Uno de los lacayos lanzó un alarido ahogado. Un caballo relinchó y el carruaje se estremeció, sacudiéndolas una contra otra.

Victoria se aferró al asiento, jadeando, esperando que el cochero controlara a los caballos. ¿Y si los hombres eran vencidos? ¿Cómo se defenderían dos mujeres solas?

La portezuela se abrió de golpe y una figura masculina llenó la entrada.

Victoria gritó con todas sus fuerzas, pero nadie acudió. El hombre se inclinó, agarró a Dafne por la cintura y la arrastró fuera. Entre faldas y extremidades, Dafne luchó como una fiera, pero él la cargó al hombro con la facilidad con que se carga un saco de harina.

—¡Dafne! ¡No!

Victoria se incorporó, gritando por ayuda, pero la puerta se cerró de golpe y el carruaje salió disparado, arrojándola de nuevo contra el asiento.

Tiró de la cuerda de control, inútilmente. La calesa seguía avanzando a toda velocidad. Logró abrir la ventanilla y asomó la cabeza para gritar al cochero.

No era el hombre que había contratado.

Sordo a sus súplicas, se inclinó sobre las riendas y azotó a los caballos.

Victoria tuvo que aferrarse al marco para no caer. Volvió al asiento cuando el carruaje rebotó sobre el camino irregular.

¿Qué habían hecho con los escoltas? ¿Adónde la llevaban?

Se obligó a respirar hondo para pensar. Los campos verdes pasaban borrosos. Londres quedaba muy atrás y ya no creía que se dirigieran a Richmond.

Tomaron una curva demasiado rápido y se sujetó con todas sus fuerzas. Juraría que dos ruedas se alzaron del suelo.

El corazón le martilleaba en los oídos. ¿Intentaban matarla? ¿Y Dafne? ¿Por qué se la habían llevado?

—Oh, Dios —susurró—. Por favor, mantenla a salvo.

Vio a lo lejos un pastor guiando un rebaño de ovejas por la carretera. El carruaje redujo la velocidad. Una esperanza desesperada prendió en su pecho.

Tenía que escapar.

Saltaría. Aunque se rompiera los huesos, la alternativa era peor.

Localizó una cabaña junto al camino. Incluso el pastor podría ayudarla.

Se inclinó por la ventanilla, encontró la manilla y la giró con cuidado.

Un disparo resonó. El cochero había disparado por encima del rebaño. Otro disparo dispersó a las ovejas mientras el pastor gritaba y el perro ladraba frenético.

La carretera se despejó y el carruaje volvió a acelerar.

Ahora o nunca.

La puerta se abrió de golpe. El suelo corría bajo sus pies. El mareo la invadió.

Respiró hondo y saltó.

El aire salió de sus pulmones al caer. Rodó por el terraplén cubierto de hierba, gritando cuando un dolor agudo le estalló en la nuca.

Las estrellas nadaron ante sus ojos bajo un cielo plomizo.



Victoria despertó entre insultos furiosos. No comprendía algunas palabras, pero el tono bastaba.

Debería tener miedo, pensó vagamente, pero el dolor en su cabeza era tan brutal que apenas podía pensar en otra cosa. Era como si una mano gigantesca le aplastara el cráneo y lo incendiara a la vez.

Gimió.

Forzándose a abrir los ojos, se encontró con una mirada gris y dura que reconoció al instante.

—Oh… usted —murmuró, cerrando los párpados—. Váyase.

—Estarías en un buen aprieto si lo hiciera. Ven.

Unos brazos fuertes se deslizaron bajo sus hombros y su cintura. La alzó con facilidad y la sostuvo contra su pecho.

Un botón del abrigo se le clavó en el costado, pero apenas lo notó. El dolor, su calor y su fuerza lo eclipsaban todo. Una chispa de razón le decía que no debía confiar en él, pero, de algún modo, se sentía a salvo.

A salvo, pero no cómoda. Cada movimiento era un latigazo en su cabeza. Aun así, se obligó a no quejarse.

La acomodó con cuidado en una chaise longue, colocándole las extremidades con eficacia impersonal y sosteniéndola contra él. Pasó un brazo por su cintura.

Golpeó el techo con el bastón y el carruaje se puso en marcha.

Victoria gritó cuando la sacudida le provocó un dolor punzante.

Se aferró a él, mordiendo su labio hasta saborear la sangre, mientras el mareo volvía a envolverla.

Y la oscuridad regresó.



Xander se detuvo en el umbral, observándola, como la había observado durante gran parte de la noche desde la silla junto al fuego. La complexión de Lady Victoria no era tan frágil como su apariencia etérea podía sugerir, pero el golpe que había recibido al caer del carruaje había sido serio.

Él lo había visto todo. Había cabalgado tras el carruaje desde que salieron de Londres, negándose a perderla de vista desde que

Villiers supo lo del diario. Había previsto todas las contingencias. Nada había quedado al azar.

Nada, salvo la obstinación suicida de una mujer testaruda.

Aun así, no había muerto, y eso era lo esencial. No le había parecido prudente hacerla viajar más tras el accidente, de modo que, en lugar de la casa cómoda que había preparado para ella, se había visto obligado a refugiarse en la pequeña cabaña que Silas había encontrado, a algo más de un kilómetro del lugar de la caída.

Después de aflojarle el corsé y soltarle el cabello, había dormido con relativa calma, ayudada por una dosis mínima de láudano disuelta en leche caliente.

Ahora, con la luz de la mañana filtrándose por las cortinas del único dormitorio, Lady Victoria yacía de lado, con una mano formando un puño laxo bajo la mejilla tersa y un leve pliegue entre las cejas delicadamente arqueadas.

Xander la contempló. Sus labios, se veían suaves incluso en el sueño. Y la deseó con una intensidad que no había conocido jamás.

Aquella cabaña no era, desde luego, el escenario ideal para la seducción que su cuerpo reclamaba con impaciencia. Se preguntó cuánto tardaría ella en estar en condiciones de viajar de nuevo.

Con una mueca cínica dirigida a su propia impaciencia, cogió una jarra y llenó la palangana. Se salpicaba el rostro con agua helada cuando oyó que ella se movía.

Tomó la toalla, se secó y se pasó los dedos por el cabello. Tendría que bastar. Todo su equipaje había sido enviado a la cabaña de caza que pensaba usar como refugio definitivo. Al volverse, la encontró mirándolo con una expresión de horror creciente.

La repulsión absoluta de su mirada lo alcanzó como un golpe.

—¿En qué estabas pensando al saltar de un carruaje en marcha? —espetó—. Podrías haber muerto.

No había pretendido alzar la voz ni usar ese tono acerado. Creyó haberse calmado durante la noche, pero verla despierta, consciente, temiéndolo y culpándolo, reavivó su furia.

Lady Victoria hizo un gesto de dolor y se llevó una mano a la frente.

—No grite. No lo soporto.

Un peso se alivió en su pecho. Durante unos instantes, cuando la encontró inconsciente, había creído que estaba muerta. No quería recordar aquella sensación.

La luz del sol se derramaba sobre la almohada. Un pájaro cantó. Ella giró la cabeza con cuidado y miró hacia la ventana. Luego, alarmada, volvió a fijarse en él.

—¿Ha estado aquí toda la noche? ¿Conmigo?

Había un temblor en su voz. ¿Miedo? ¿O algo más?

Con frialdad, asintió.

—Pensé que era mejor dejarte dormir. No estabas en condiciones de viajar.

Ella se aferró al encaje del camisón en un gesto defensivo e intentó incorporarse. Un gemido la obligó a recostarse de nuevo.

—Dafne. Se la llevaron. ¿Qué ha hecho con ella?

—Tu doncella está a salvo. La han devuelto a tu casa en Londres.

—Dará la alarma. Enviará a mi gente a buscarme.

—No lo harás. —Barnaby se encargaría de ello. Si había algo en lo que Xander confiaba ciegamente era en la capacidad del muchacho para manejar a una doncella impresionable.

—El mundo cree que has viajado a Escocia para cuidar de una tía enferma —añadió con gravedad—. Si tu familia es sensata, sostendrá esa versión.

Ella lo miró largo rato, con los ojos avellana oscurecidos por el miedo en su rostro pálido.

—Estoy arruinada. He pasado la noche sola con usted. El daño ya está hecho.

Mejor arruinada que muerta, pensó, pero no lo dijo.

—No estás arruinada —respondió con firmeza—. He previsto todo. Cuando esto termine, tendrás una explicación impecable. Nadie pondrá en duda tu paradero. —Alzó una ceja—. ¿Quién osaría cuestionar la palabra de la virtuosa Lady Victoria?

Las lágrimas afloraron a sus ojos. Si su corazón no hubiera sido de piedra, quizá habría sentido lástima. Pero sabía que las lágrimas podían ser un arma, aun cuando nacieran del dolor verdadero. Y ella sufría, y trataba de ocultarlo.

—No llores —dijo con brusquedad, tendiéndole un vaso—. Bebe. Debes de tener sed.

Ella obedeció, rodeando el vaso con dedos temblorosos. La luz jugaba en sus rizos mientras bebía.

Al alzar la vista, preguntó:

—¿Por qué me ha traído aquí?

Xander no respondió de inmediato. Tomó el plato con pan, queso y pepinillos que había preparado. Era una comida sencilla, impropia de su mundo, pero suficiente.

—Come primero. Luego hablaremos.

Dicho esto, se dio la vuelta y salió.

Victoria respiró hondo, como si fuera la primera vez desde que había despertado y visto a Rutherford en su aseo matutino. No tenía intención alguna de comer. Necesitaba escapar.

Con cautela, se incorporó apoyándose en los codos. Todo parecía ir bien. Incluso podía sentarse sin marearse, aunque la cabeza le dolía como si alguien la hubiera golpeado con un garrote.

Dejó caer las piernas al suelo y apoyó los pies. Lentamente, con una mano aferrada a la cama, trasladó el peso y trató de ponerse en pie.

Un dolor agudo le atravesó el tobillo. Perdió el equilibrio, pero logró sujetarse a tiempo.

Maldita sea.

Aquella mañana no iría a ninguna parte.

Se dejó caer de nuevo sobre el colchón y cerró los ojos, concentrándose en dominar el dolor.

—¿Qué crees que estás haciendo?

La voz de Rutherford llegó desde la puerta.

Alzó la mirada y el corazón le dio un vuelco.

—Debí de lastimarme el tobillo. Estaba comprobando si era un esguince o algo peor —añadió, ante su expresión incrédula—. Mi enfermera decía que lo mejor para un esguince era caminar.

Él ladeó la cabeza, evaluándola, y entró.

Había algo indómito en su aspecto aquella mañana. Aunque iba vestido con corrección, la corbata no estaba perfectamente anudada y el cabello seguía revuelto. La barba incipiente oscurecía su mandíbula, haciendo que sus labios parecieran más suaves, más peligrosos. De pronto, la habitación se le antojó demasiado pequeña.

Se acercó a la cama. A Victoria se le hizo un nudo en la garganta al sentir cómo su cuerpo reaccionaba con una intensidad alarmante. La debilidad desapareció, sustituida por una alerta febril.

—No estarás pensando en marcharte —dijo él, y su voz resonó en lo más hondo de ella.

No pudo responder.

Él se detuvo muy cerca, mirándola desde arriba. Ella luchó contra el impulso de retroceder. No tenía adónde huir salvo hacia el centro de la cama. Y él podría interpretar eso como una invitación.

Sonrió, como si leyera sus pensamientos.

—Porque si estás lo bastante bien para intentar escapar, estás lo bastante bien para otras… actividades que tengo en mente.

—No.

El miedo la atravesó. Estaba demasiado débil para resistirse. Y lo más aterrador era que una parte de ella no deseaba hacerlo.

Apartó la mirada para que no leyera la confusión en sus ojos.

Entonces él le tomó la cabeza con ambas manos, entrelazando los dedos en su cabello suelto. Sus pulgares recorrieron con infinita suavidad la piel bajo sus ojos, siguiendo los pómulos.

Contra su voluntad, cerró los párpados.

Sus dedos masajearon su cuero cabelludo, y los pulgares se deslizaron por las sienes. Sintió cómo el dolor y la tensión comenzaban a disiparse.

La presión aumentó ligeramente, más profunda, y tuvo que aferrarse a las sábanas para no inclinarse hacia él. Un gemido escapó de sus labios.

De pronto, las manos se apartaron.

Abrió los ojos, sorprendida por una mezcla de decepción y alivio. El dolor había disminuido, aunque no del todo.

Lo miró. Sus ojos grises ardían como fuego de invierno.

—Recuéstese, Lady Victoria.

Capítulo 6

Su rostro debía de reflejar su miedo, porque él, impaciente, dijo:

—No voy a violarla. Está claro que todavía no se encuentra bien.

El alivio la atravesó, aunque solo duró un instante.

—¿Así que esperará a que recupere la salud para violarme? Qué magnánimo.

Por la mirada ardiente que él le lanzó, Victoria supo que estaba jugando con fuego.

—Milady —respondió con suavidad—, cuando la posea, la violación no tendrá nada que ver con ello.

Eso es lo que me da miedo.

Se le secó la boca. Por primera vez, no se le ocurrió ninguna réplica ingeniosa. El corazón le golpeaba en la garganta.

Estaba completamente a merced del duque, y nada de lo que había visto hasta entonces indicaba bondad o compasión. Su instinto le decía que su orgullo no le permitiría tomarla por la fuerza ni seducirla mientras estuviera débil, pero no podía borrar de su memoria la noche del baile, cuando él la había besado pese a su resistencia y había conseguido que aquello le gustara demasiado.

Durante un instante, deseó ser otra persona. Alguien capaz de seguir sus inclinaciones con ligereza, sin culpa ni temor.

Rutherford lo veía todo. Eso era lo peor.

Se deslizó un poco más hacia el fondo de la cama y, por primera vez, reparó en que su corsé estaba suelto. En algún

momento, él debía de haberle quitado el vestido.

Con las mejillas ardiendo, se subió la colcha hasta la barbilla. Más allá de la vergüenza de que él hubiera visto y tocado su cuerpo, sentía un deseo puramente femenino de tener un espejo y unas horquillas. Si él parecía descuidado y peligrosamente atractivo, ella debía de ofrecer un aspecto lamentable.

Sus labios se curvaron apenas.

—Así está mejor. Ahora te explicaré por qué estás aquí y quizá reconsideres tu intento de escapar. —Hizo una pausa—. Alguien intenta matarte.

Victoria abrió la boca, desconcertada. Había temido que los hombres que atacaron el carruaje fueran agentes del Gobierno, pero aquello había sido fruto del pánico. Tenía más sentido pensar que Rutherford la había secuestrado para sus propios fines. Desde que había reconocido a su captor, no había logrado sentirse tranquila, pero había descartado la idea de un asesinato.

—¿Matarme?

Él asintió brevemente y apartó la mirada.

—El Ministerio del Interior sabe lo de tus memorias. No me preguntes cómo. Sabías que removerías el avispero del Gobierno con ese pequeño chantaje, y lo has hecho. Te consideran un peligro para la paz del reino y quieren eliminarte.

La idea fue calando poco a poco.

—¿El Gobierno está dispuesto a asesinarme para mantenerme callada? —susurró.

Le resultaba casi imposible creerlo. Había contado con que evitarían un juicio por lo delicado de sus secretos, pero jamás había imaginado una medida tan directa.

Rutherford se pasó la mano por el cabello.

—Sí.

Algo no encajaba del todo.

—¿Por qué no me lo dijo antes? Podría haberme ido con usted voluntariamente.

—¿Ah, sí? —Su tono destilaba escepticismo.

—Al menos podría haber elaborado mi propio plan. Uno que no implicara quedarme sola y vulnerable en una cabaña con el duque de Rutherford.

Él frunció el ceño.

—No había tiempo para discusiones. Incluso ahora te buscan.

Ella parpadeó. La idea de que alguien quisiera matarla era demasiado fantástica. Debería haberse puesto histérica o esconderse bajo las sábanas, pero su orgullo no se lo permitía.

Fortaleció mentalmente sus defensas. Se había preparado para esa posibilidad. Había enviado el primer capítulo de sus memorias a su abogado con instrucciones claras. Aun así, una sensación de irrealidad la envolvía, quizá lo único que impedía que el miedo la paralizara.

Se humedeció los labios.

—¿Puede enviar un mensaje a esa gente del Gobierno?

Todo su cuerpo se tensó al instante.

—Supongo que sí.

—Entonces dígales que he entregado el primer capítulo de mis memorias a alguien de confianza. Sus instrucciones son hacerlas públicas si le ocurre algo a Gideon o a mí.

Algo brilló en sus ojos. Dudó y asintió.

—Se lo diré.

Le tomó la mano. El contacto fue eléctrico.

Sorprendida, intentó retirarla, pero él la soltó enseguida. Sonrió con un matiz amargo.

—Intenta no preocuparte. No tienes motivos para confiar en mí, lo sé, pero te pediré que lo hagas de todos modos. Tengo experiencia en estos asuntos y me he comprometido a protegerte.

Se levantó.

—Ahora duerme. No podemos demorarnos demasiado. Mañana, si estás en condiciones, nos marcharemos.

Se detuvo un instante.

—Será mejor que no compliques las cosas intentando escapar. Saltar de la sartén al fuego no te ayudará, y me resultaría molesto tener que dedicar más tiempo a buscarte. —Se inclinó hacia ella—. Del mismo modo que me molestaría que sufrieras más daños.

Victoria apartó la mirada. El efecto que él tenía sobre ella era demasiado poderoso.

Lo llamó cuando estaba ya en la puerta.

—¿Cómo sé que esto no es una artimaña para impedirme ver a Harland? ¿Cómo sé que puedo confiar en ustedi?

Rutherford se volvió.

—Esa no es la pregunta correcta, milady. La pregunta es: ¿puede permitirse no confiar en mí?



Dafne siempre había pensado que debía de ser enormemente romántico ser secuestrada, como las heroínas de las novelas que tanto le gustaban a su señora. Y el señor Barnaby encajaba a la perfección en esa fantasía: alto, rubio, con un rostro puro y severo, casi angelical.

Pero después de la emoción inicial —ser arrancada del carruaje, cargada al hombro y arrastrada entre gritos fingidos y

pataleos exagerados—, el señor Barnaby la había dejado en un granero viejo y maloliente.

Inspiró hondo y el aire le golpeó el pecho. Aquella opresión le resultaba demasiado familiar.

Ojalá volviera pronto.

Había querido esperar fuera, pero él le había ordenado que se ocultara. ¿Qué lo retenía? Le había prometido llevarla de regreso a Londres. Se alojaría con la familia de su hermana hasta que Lady Victoria regresara sana y salva.

Los ojos comenzaron a escocerle. Pronto lloraría, y tendría la nariz roja. Un aspecto lamentable para recibir a su héroe.

Un ruido de carruaje resonó fuera. Se incorporó de inmediato.

Se arregló el cabello, dejando caer las ondas rubias, y se recostó sobre el heno con estudiada languidez.

Unos pasos pesados se acercaron. Dafne miró los rayos de sol filtrándose por el techo roto, esforzándose por respirar sin aspirar el hedor.

Los pasos se detuvieron.

Una silueta alta se recortó en la puerta.

Antes de poder llamarlo, el pecho se le cerró. El aire no entraba. Cada respiración parecía desgarrarle los pulmones.

—¡Ayuda! —jadeó, tirando de los lazos de su capa—. ¡Por favor!

La figura no se movió.

Giró la cabeza con dificultad y parpadeó, incrédula.

—Señor Barnaby —susurró—. Ayúdeme…

Pero él se limitó a observarla mientras luchaba por respirar.

Al caer la noche, Xander ya no pudo soportarlo más.

—Voy a explorar los alrededores. Asegúrate de que nadie nos vea.

Se lo dijo a Silas mientras montaba.

—Lo siguiente será enseñarme a limpiar los arreos —refunfuñó Silas.

—No seas necio. Necesito despejarme. Cuídala por mí.

Una mirada cómplice cruzó el rostro de Silas.

—Esa mujer es problemática. Se lo advertí. Si fuera tú, me acostaría con ella esta noche y acabaría con el asunto.

Xander pensó lo mismo, pero no iba a tolerarlo.

—Guarda tus comentarios para quien los aprecie.

Espoleó a Thunder y se internó en campo abierto, disfrutando de la potencia del caballo. Aquel animal había sido su única extravagancia desde que heredó el ducado, y no se arrepentía de las quinientas guineas invertidas.

A medida que el crepúsculo se apagaba, redujo la velocidad. El paseo no había calmado su ánimo; lo había empeorado.

La deseaba con una intensidad brutal. Incluso mientras trazaba planes para protegerla y asegurar que su hermano siguiera encarcelado.

Había sido un suplicio apartarse de ella cuando yacía dócil bajo sus manos. Debía concentrarse en evitar que escapara… y en mantener a Gideon en prisión.

Sencillamente, lo fascinaba.

Nunca había conocido a una mujer de su posición con tal combinación de inteligencia, audacia y valor físico. Saltar de aquel carruaje había requerido un coraje extraordinario, aunque rozara la locura.

Esperaba que, al comprender el peligro real, ella se volviera más manejable.

Y se enorgullecía de su juicio.

Sin embargo, su maniobra había agravado la situación. Había pasado de ser una mujer desesperada a una chantajista consciente de su poder. Alguien peligrosa. Alguien a quien otros querrían eliminar.

Villiers ya se había hecho con el primer capítulo de las memorias. Si decidía utilizarlo, el daño sería irreparable.

Xander resopló.

Había sabido desde el principio que aquella misión no sería sencilla.



Agotada por sus dolorosos esfuerzos, Victoria se dejó caer entre las almohadas, jadeando. Huir era imposible. No se había torcido el tobillo, pero apenas podía caminar. Además, no sabía dónde se encontraba y carecía de dinero y de cualquier medio de transporte. Si alguien quería matarla de verdad, intuía que estaría más segura con el duque que sola. Quizá intentara seducirla cuando se recuperara, pero la contención que había mostrado aquella mañana demostraba que no estaba del todo falto de escrúpulos.

Por el momento, dejó de trazar planes de fuga, aunque no podía apartar de su mente a Gideon. Sin ella para interceder, ¿cómo lograría su libertad?

Su hermano era un hombre adulto, dos años mayor que ella, y sin embargo, en lo tocante al conocimiento del mundo, seguía siendo casi un niño. Rutherford había dicho que todo se resolvería si Gideon revelaba al Ministerio del Interior el paradero de un puñado de criminales. Aquella negativa tranquila y obstinada era tan propia

de él… Tenía un sentido de la justicia exasperante, impermeable al interés propio o a la conveniencia.

Oh, Gideon. ¿Por qué te metiste en esto?

¿Y por qué ella seguía sintiéndose responsable de él después de tantos años?

Una puerta se cerró con brusquedad. Los movimientos de Rutherford en la estancia contigua captaron su atención.

Era su finca, su casa, la que había sido incendiada por aquellos rebeldes. Además, era un duque, un hombre poderoso. Tal vez pudiera liberar a Gideon. Tal vez ella pudiera convencerlo, incluso si él intentaba manipularla para que influyera sobre su hermano.

Pero ¿cómo?

Una punzada de aprensión la atravesó, y negó con la cabeza.

No. No de ese modo.

Una mujer no ganaba nunca si la victoria implicaba comprometer su virtud, estaba convencida. Sin embargo, era diestra en el arte de agradar, de hacer que los hombres se sintieran cómodos en su compañía. Quizá podría persuadir al duque por otros medios…

BarnabyY podría haberla dejado allí. Yacía entre la paja, el rostro enrojecido y los costados agitados, luchando por respirar.

Pero tenía órdenes de Rutherford, así que la levantó y la sacó al aire libre.

Extrajo un frasco, idéntico al que Rutherford le había dado la noche anterior, y se lo acercó a los labios.

La doncella se atragantó y jadeó. La nariz le goteaba. Qué espectáculo tan desagradable.

Poco a poco, su respiración se calmó. Sacó un pañuelo, se secó la nariz y lo miró con ojos hinchados y devotos.

—Vamos —dijo él—. Te llevaré a casa.



A la mañana siguiente, Victoria se detuvo en el umbral y observó a Rutherford. El duque estaba sentado ante la única mesa de la cabaña, con un escritorio de viaje abierto. Aunque podría haberse cambiado de ropa, había traído consigo utensilios de escritura para aquella misión de rescate. Interesante.

La cabeza morena se inclinaba sobre una carta que redactaba con firmeza. No alzó la vista, aunque un leve parpadeo delató que sentía su presencia, del mismo modo que ella siempre percibía la suya. Escribía sin vacilar.

No podía ver el contenido, pero por el trazo decidido dedujo que la letra sería audaz, como él.

Solo cuando firmó, dobló el papel y eligió una oblea para sellarlo, levantó la vista.

Se puso en pie de inmediato e hizo una reverencia, dejando que su mirada recorriera el cuerpo de ella.

—Esta mañana pareces más tú misma.

Cuidando el tobillo dolorido, Victoria respondió con una leve inclinación. La carta, aún sin sellar, seguía sobre la mesa. Se moría de curiosidad, pero la educación —tan inoportuna últimamente— le impidió preguntar.

Él guardó la carta sin sellar en el escritorio de viaje y lo cerró.

—¿Te apetece desayunar antes de partir? He enviado a mi criado al pueblo. También hay café.

El tono era impecablemente cortés, aunque la tensión marcaba su boca y oscurecía sus ojos.

¿Había dormido? ¿Dónde? Solo había una cama en la cabaña, y ella habría notado su presencia.

Señaló la cafetera.

—¿Me sirves?

—Por supuesto.

Se sentó frente a él y deseó el consuelo del té, no aquel café espeso que vertía en tazas de hojalata. Parecía barro. Dudaba poder beberlo.

Abrió la cesta: panecillos finos, mermelada de fresa y mantequilla pálida y cremosa.

—No hay nada como el aroma del pan recién hecho, ¿verdad? —comentó, procurando que su tono ligero ocultara la expectación que la dominaba.

Era como caminar por el filo de una navaja. Peligro a ambos lados, y la sospecha de que el mayor riesgo estaba justo bajo sus pies. Al fin y al cabo, solo conocía la versión de Rutherford.

No le había hecho daño. Y la solución del Ministerio del Interior, tan definitiva, resultaba verosímil.

¿Debía creerle cuando afirmaba que su vida corría peligro? ¿Qué ganaba él con secuestrarla? No podía ser tan inseguro como para necesitar la fuerza para seducirla, pues la noche del baile ella se había mostrado vergonzosamente receptiva.

Una desagradable presión en el estómago la obligó a respirar hondo. No volvería a ser tan necia.

Levantó la vista un instante y lo encontró observándola con aquel fuego frío en los ojos. Sonrió con dificultad y fingió indiferencia, como si nada hubiera ocurrido.

Probó el café. Tragó saliva para no toser. El líquido le quemó la garganta y descendió hasta su estómago inquieto.

—¿Te gusta el café, Lady Victoria?

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero consiguió asentir.

—Oh, sí. Muy… agradable.

Siempre había sido famosa por no perder la compostura. Con Rutherford cerca, mantener el control se había convertido en una cuestión de honor.

Desafiante, dio otro sorbo.

—¿Te gusta el café de Silas? —examinó su taza—. A mí me resulta casi imbebible, pero su discreción compensa cualquier carencia culinaria.

Victoria carraspeó.

—¿Adónde me lleva?

—A una cabaña de caza en los condados. Una propiedad casi olvidada. Esta vez, la alquilaremos nosotros… el señor y la señora John Wetherby.

¿Marido y mujer? Debió haberlo supuesto.

—¿Por qué no decir que somos hermanos? —replicó con serenidad—. Sería más creíble.

El brillo de sus ojos la disuadió de insistir. Cambió de tema.

—No se parece en nada al sencillo señor Wetherby.

Una sombra cruzó su rostro.

—Y, sin embargo, hace apenas quince días era el sencillo señor Blackwood.

Ella sonrió con ironía.

—Dudo que alguien lo considerara sencillo, fuera plebeyo o duque.

Él apartó la mirada.

—No importa. En esta época del año, nadie nos molestará.

Volvió a mirarla y sonrió.

—De hecho, estaremos completamente solos.

Capítulo 7

Clarissa Blackwood se llevó las palmas a las mejillas encendidas. Ni siquiera el aire nocturno que entraba por la ventana abierta lograba enfriarlas.

¿Cómo podía una dama escribir pensamientos tan… íntimos, incluso en la soledad de su diario? ¿Y por qué le provocaban a ella, a Clarissa, semejante agitación, dejándola sin aliento, nerviosa, abrasada por un calor que no sabía aplacar? Como si fuera ella misma quien recibiera el roce de aquel amante oscuro.

Sabía perfectamente lo que significaban aquellos síntomas. No era tan ingenua como se esperaba de una solterona. Y, aun así, se sentía demasiado expuesta para alguien que había pasado la vida adulta reforzando sus defensas.

Ese diario era peligroso. Abría la puerta a un territorio erótico vedado a mujeres solteras como ella. Tal vez fuera correcto que ese reino permaneciera prohibido. Quizá era mejor la ignorancia que arder en deseos destinados a no cumplirse jamás.

Pero no tenía escapatoria. Tenía un deber. No podía apartar la mirada de aquellas palabras ardientes que se enredaban en su mente como zarcillos, aferrándose, apretándola, hasta que no podía pensar en otra cosa que no fuera aquel pequeño volumen y la riqueza de pasión que encerraba.

Un calor lento le recorrió el cuerpo al recordar un pasaje especialmente evocador. Xander había advertido que el contenido podría resultarle impactante. ¿Conocía a la autora? ¿Y por qué deseaba que se tradujera? ¿Qué tenía que ver la odisea íntima de una mujer con la seguridad nacional?

No debía pensar en ello. Solo debía cumplir lo que él le había pedido: traducir el diario y devolvérselo cuanto antes. Tal vez, si se concentraba lo suficiente, su mente podría traducir de forma mecánica, sin procesar el significado.

Alisó las manos temblorosas sobre la falda de muselina.

Tomó la pluma y la mojó en tinta. Bajó la vista a la página y se obligó a endurecerse contra aquella ofensiva sensual.

Pero la figura sombría del amante se alzó de nuevo ante ella. Traducir, expresar aquellas emociones con sus propias palabras, usando «yo» y «mi», intensificaba su reacción.

Con audacia, pasé la palma por su costado y cubrí su virilidad mientras dormía. No durmió mucho más…

Clarissa jadeó. La pluma salpicó tinta. Buscó el secante y lo presionó con cuidado.

¿Cómo podía escribirse algo así? Jamás volvería a mirar a su hermano a los ojos.

Se apartó de la mesa, conteniendo un impulso salvaje de gritar. Era demasiado. Xander no podía esperar eso de ella. Si supiera lo que contenía el diario, jamás se lo habría pedido.

Más allá del erotismo descarado, había corrientes subterráneas de frustración y anhelo.

Y soledad. Una soledad tan aguda que podía saborearse.

Había sentido esas emociones demasiadas veces como para querer revivirlas a través de otra mujer.

Se levantó y caminó hacia la ventana, amasándose la nuca con los dedos manchados de tinta, hurgando en los músculos tensos bajo los mechones rubios desordenados. El dolor le proporcionó un alivio bienvenido. Había permanecido sentada demasiado tiempo.

Mucho más de lo prudente.

Tenía que decirle a Xander que no podía continuar. Cuando conociera la naturaleza del texto, lo entendería. Se llevaría el diario a

alguien que supiera italiano, probablemente un hombre…

No. No podía permitirlo.

De forma inesperada, sintió afinidad —lealtad, incluso— hacia aquella autora desconocida. La idea de que la vida secreta de esa dama se convirtiera en diversión para un hombre insensible la horrorizó. Ese pensamiento la hizo regresar a la mesa.

Rozó el pequeño libro, pasando los dedos por la página.

Alguien había escrito aquello. Una dama muy parecida a Clarissa. Tan parecida que bien podrían haber sido sus propias palabras. Aquellas experiencias se volvieron suyas; ella se convirtió en la mujer de esas páginas.

Y el amante oscuro adoptó un rostro demasiado conocido.

—Mi querida Clarissa. ¿Estás sola?

La voz indeseada la arrancó de sus pensamientos. Se giró con brusquedad.

Allí estaba, con toda su gloria masculina de rasgos oscuros.

Sonreía. Maldito fuera. Lord Villiers poseía una sonrisa endiabladamente atractiva. Gracias a Dios, ya no la afectaba como cuando tenía diecisiete años.

Ya es demasiado tarde, susurró una voz interior. Estás perdida.

Forzó la calma.

—La familia está fuera esta noche. El mayordomo debió informarle en la puerta.

Él inclinó la cabeza.

—Qué astuta. Sí, mencionó algo así, pero no le presté atención. El sonido de tu nombre borra todo lo demás de mi mente. —Se acercó un paso—. ¿Por qué estás tan pálida, querida? Seguro que me esperabas.

Hizo una pausa, bajando la voz.

—¿No vas a invitarme a sentarme?

—No. Si hubiera sabido que venía, me habría negado a recibirle. Supongo que ha sobornado a alguien.

—Al viejo Finch. Un par de billetes.

Luego frunció el ceño, estudiándola.

—¿Por qué te escondes de mí? Te he buscado toda la semana desde que supe que estabas en la ciudad.

Ella estuvo a punto de perder la compostura.

—No eres tan importante como para que me moleste en evitarte.

Él rio, incrédulo.

—Tendrás que esforzarte más.

—He estado enferma —dijo ella—. Es muy probable que sea contagiosa. Será mejor que se vaya.

Villiers frunció el ceño y se acercó. Le tomó la barbilla y giró su rostro hacia la luz con un gesto experto, como si examinara porcelana fina.

Ella se obligó a no retroceder.

—Pero no —murmuró—. No estás pálida. Estás sonrojada. —Entrecerró los ojos—. Si tienes fiebre, ¿por qué no estás en la cama? ¿Por qué nadie te cuida?

¿Fiebre? Aquello describía su estado con una precisión inquietante. Lo miró fijamente: los ángulos duros, los ojos oscuros como terciopelo, la boca rica y peligrosa.

Le costó apartarse.

—Su preocupación es innecesaria, milord. Como ve, estoy bien. ¿Qué desea?

Él la observó, como si leyera el motivo de su rubor. Sonrió despacio.

—¿Sabes? Lo he olvidado por completo.

Ella se llevó la mano al fichú y jugueteó con él. Villiers siguió el gesto con la mirada y luego se volvió.

Cuando vio la mesa, ya era tarde.

El corazón le saltó al pecho. Había olvidado cubrir el diario. Peor aún, la traducción, escrita de su mano, quedaba expuesta.

Maldito hombre. Su presencia le nublaba el juicio.

Buscó desesperadamente una distracción.

Solo se le ocurrió una cosa.

Con desprecio hacia sí misma, se llevó el dorso de la mano a la frente y se tambaleó.

—Oh… ayúdeme. Creo que voy a desmayarme.



—¿Y qué le parece Derbyshire, Excelencia? He oído que es una zona excelente para la cría de ovejas.

Victoria había conseguido mantener una conversación cortés y prosaica durante buena parte del trayecto hasta el pabellón de caza. Rutherford la complacía como un padre complacería el parloteo esperanzado de un niño que se esfuerza por posponer la hora de acostarse.

Una analogía muy acertada.

Ella también estaba decidida a evitar la hora de acostarse con el duque.

—Lo confieso, no lo había pensado —respondió él—. Heredé el castillo de Rutherford hace menos de quince días, ya sabe.

Estiró una larga pierna enfundada en una bota, y Victoria no pudo evitar fijarse en la flexión del músculo del muslo, tan cerca del

suyo. Tenía los muslos gruesos y poderosos de un deportista.

Muslos en los que no debía pensar bajo ningún concepto.

Apartó la mirada, esperando que él no se hubiera dado cuenta de su escrutinio. El carruaje era demasiado pequeño. ¿Cómo no había reparado antes en lo estrecho de aquel espacio?

El duque parecía ocupar cada centímetro libre. Se vio obligada a sentarse muy erguida, mantener las rodillas rígidamente juntas y aferrarse con fuerza a la correa para evitar rozarlo mientras el carruaje, con sus malos resortes, se balanceaba y sacudía durante el trayecto.

El esfuerzo por mantenerse tan tensa le hacía arder las extremidades. Al cabo de un rato, el pie izquierdo comenzó a entumecérsele, pero no permitió que su incomodidad se reflejara en su comportamiento. Si lo hacía, él ganaría. Ya había ganado demasiado.

Aunque evitaba con cuidado cualquier contacto físico, sentía su calor. Y su olor. El aroma masculino de caballos y cuero, sin adulterar por colonias caras ni ungüentos perfumados, tan distintos a los que usaban la mayoría de los caballeros de su entorno. Por supuesto, él no llevaba consigo su neceser habitual, pues lo había enviado todo por adelantado al pabellón.

Pensó en su propio equipaje, atado al techo del carruaje. Al menos tendría ropa limpia para cambiarse, aunque quizá demasiado formal para una vida en el exilio. Pero no tendría que conformarse con el vestido manchado de barro y hierba de pies a cabeza.

Maldita sea.

Aceptaba que sus actos imprudentes la habían puesto en peligro. Pero ¿por qué tenía que ser Rutherford su salvador?

—No sé dónde estamos —dijo, mirando por la ventanilla, empañada por el viaje. Campos de un verde intenso, setos ondulantes, bosquecillos dispersos y suaves colinas se extendían

hasta donde alcanzaba la vista. Algunas casas de campo salpicaban el paisaje. No reconocía nada. No creía haber estado allí antes.

Habían hecho una parada en una posada, pero el duque no le había permitido bajar más que el tiempo estrictamente necesario. No le había dado ocasión de preguntar ni de deducir el lugar por el entorno.

—Estamos en Leicestershire —respondió con indiferencia—. Probablemente sea mejor que no sepas exactamente dónde.

—¿Mejor para quién? —preguntó, girando la cabeza para observar su perfil de nariz recta.

—Para mí, por supuesto. Tu ignorancia jugará en tu contra si vuelves a intentar escapar.

—Eso sí que es franqueza —replicó—. Tengo intención de esperar a que se me cure el tobillo antes de lanzarme a otra carrera desesperada hacia la libertad. Así que, por ahora, ambos podemos estar tranquilos.

Un destello brilló en sus ojos.

—Por alguna razón, dudo que yo pueda estar tranquilo esta noche.

—¿Ah, sí? —alzó las cejas con fingida inocencia—. Pensaba que estaría cansado del viaje. Yo, desde luego, dormiré como un tronco.

Antes de que pudiera anticiparlo, él le tomó la barbilla e inclinó su rostro hacia la luz.

—Estoy convencido de que casi —dijo—. Y, sin embargo, te has comportado como un gato sobre brasas desde que salimos de la cabaña. —Sonrió—. Dime… —le alisó un rizo rebelde tras la oreja—, ¿crees que voy a violarte en un carruaje en marcha?

El aire se le escapó de los pulmones.

—Por experiencia previa —consiguió decir—, diría que es bastante probable.

La piel le hormigueaba donde sus dedos la habían rozado.

—¿Por qué no llevaba guantes?

—Son incómodos —respondió él, retirando la mano con una leve sonrisa al notar su reacción—. Y, además, innecesarios cuando nos esperan todas las delicias de una cama mullida y una chimenea acogedora. Quizá incluso un café decente. Un baño caliente…

Ella se estremeció. Aquella escena doméstica, tan concreta, resultaba infinitamente más tentadora que cualquier promesa de sedas y vino caro.

El señor y la señora Wetherby.

Sí, él sabía perfectamente lo que hacía.

Rutherford no se parecía en nada al amante atento y dulce que poblaba las páginas de su diario. Lo que él deseaba, lo tomaba. ¿Le importaría siquiera el placer que pudiera darle?

No. No iba a permitirse especular sobre sus dotes como amante.

No tenía intención alguna de convertirse en su amante.

—¿Perdón? —La voz profunda del duque la sacó de sus pensamientos.

Parpadeó.

—Nada. No he dicho nada.

—Al contrario. Has resoplado.

—¿Resoplado? Yo jamás haría algo tan vulgar.

Él frunció los labios.

—¿No? Quizá haya sido un bufido, entonces.

—Puede que haya resoplado —admitió con dignidad—. De un modo estrictamente despectivo, como comprenderá.

—¿Y qué ha merecido tal desdén? —preguntó con aparente diversión.

—Pensaba en la arrogancia desmedida de los hombres —respondió dulcemente—. En uno en particular.

Los labios del duque se crisparon.

—¿Alguien que yo conozca?

Victoria respiró hondo. Normalmente podía discutir con cualquiera, pero Rutherford la mantenía constantemente fuera de equilibrio. Corría el riesgo de decir algo que revelara demasiado.

Cambió de tema.

—¿Cuánto tiempo piensa retenerme allí?

—¿En mi pabellón de caza? Hasta que ocurra una de dos cosas. O me convences de que no publicarás tu diario ni tus memorias —algo complicado, porque no confío en la palabra de nadie—, o hasta que tu hermano diga a las autoridades dónde encontrar a esos rebeldes. No estarás a salvo hasta que dejes de ser una amenaza.

Su mirada se detuvo en los labios de ella.

—No se me ocurre ninguna otra circunstancia que me impulse a liberarte.

—Entonces está dispuesto a invertir bastante tiempo en esta… aventura —dijo Victoria con la voz algo entrecortada—. Debo advertirle que una cosa, quizá la única, que mi hermano y yo compartimos es una obstinación excesiva.

El duque sonrió y se inclinó hacia ella.

—Ah, pero ninguno de los dos ha probado mi particular poder de persuasión. ¿Quieres una demostración? Creo que te la daré…

Victoria se preparó para un asalto a sus labios, pero él los ignoró y se inclinó hacia el punto vulnerable de su cuello. Toda su capacidad de expresión se evaporó. En un ardiente recordatorio de su promesa en el baile, dejó que sus dientes rozaran su piel con extrema suavidad. Solo una vez. Luego, sus labios se tornaron lentos

y tentadores, deslizándose por su garganta y dejando un rastro de calor.

Más allá de las palabras, Victoria intentó mantenerse inmóvil, no reaccionar, aunque ansiaba echar la cabeza hacia atrás para ofrecerle un mejor acceso. No quería que la mordiera —su amante imaginario jamás lo había hecho—, pero la amenaza implícita de ese gesto parecía intensificar el placer.

Casi deseó que lo hiciera.

—No… pare —susurró.

Pero él ya se había apartado. Sonrió y se recostó, mientras el carruaje continuaba su camino.



—¿Esto es el pabellón de caza? —preguntó Victoria al asomarse por la ventanilla.

Nunca había estado en la zona de Melton, pero dudaba que hubiera muchos pabellones tan imponentes como aquel.

La casa jacobina era considerablemente más grande de lo que había imaginado. No alcanzaba las dimensiones de la finca donde se había criado, pero los ladrillos rojos y cálidos le conferían un aspecto acogedor, y el parque estaba impecablemente cuidado.

El alivio se impuso a su nerviosismo. No sabía si aquel lugar sería refugio o prisión, pero su aspecto auguraba, al menos, comodidad.

Una cama decente. Sábanas limpias. Y una comida caliente. Dafne siempre decía que era indecoroso que una mujer tan delgada tuviera un apetito tan saludable. Sin duda, su hambre había alcanzado cotas indecentes tras pasar el día entero confinada con el duque en un carruaje.

Pero antes, un baño largo y caliente. Tras la caída y el viaje, le dolía todo el cuerpo, aunque el tobillo parecía haber mejorado.

—Un lugar pequeño y ordenado, ¿verdad? —dijo él, preparándose para bajar—. Nunca me he alojado aquí, pero cualquiera que cace lo conoce bien.

Se volvió para ayudarla a descender, y aquel gesto trivial bastó para que se le encendieran las mejillas. Tenía que controlarse.

—Señora Wetherby, bienvenida a Quenton Hall —murmuró, solo para ella.

Le rodeó la cintura con el brazo y la miró con una adoración tan convincente que, de no conocerlo, habría cedido al instante.

Pero el recordatorio explícito de su identidad ficticia la devolvió a la realidad. Aquella ternura era parte del papel.

Ella también sabía actuar.

Resistió el impulso de darle una patada en las espinillas. Se suponía que eran marido y mujer, pero él se comportaba más como un amante con su amante que como un esposo respetable.

Pero lo que era bueno para el ganso…

En lugar de apartarse, Victoria le lanzó una mirada seductora bajo las pestañas y esbozó una sonrisa lenta y sensual. Su prolongado celibato no le había hecho olvidar cómo inquietar a un hombre.

La sonrisa de él se desvaneció. Apretó el brazo alrededor de su cintura y la giró hacia sí, inclinando la cabeza como si fuera a besarla.

Qué error intentar usar eso contra él.

—Se olvida de sí mismo, señor —rio ella—. Va a escandalizar a estas buenas personas.

Señaló discretamente a los sirvientes que aguardaban.

Él se detuvo, aunque la intensidad de su mirada no disminuyó. A Victoria le latía el corazón con fuerza mientras él tardaba unos segundos en apartarse. Al reparar en los sirvientes, aflojó el abrazo y ella se escabulló, subiendo con rapidez los escalones de entrada.

Un mayordomo y un ama de llaves, ambos de mediana edad y con sonrisas tranquilas, los esperaban. No mostraban temor alguno, pero entonces recordó: allí no eran el duque y lady Victoria. Eran los Wetherby.

Salió de sus pensamientos al oír la palabra «luna de miel» en labios de Rutherford. Él volvió a tomarla del brazo, apretándola contra su costado.

Ella mantuvo la sonrisa, aunque deseaba soltarse. ¿Tendría que fingir estar enamorada durante todo su cautiverio? ¿No podía limitarse a haberlo hecho por dinero?

Él no parecía tener problema alguno con la farsa. En el salón de roble, le besó la mano con naturalidad.

—Mi amor, debes de estar agotada. Sube a tu habitación. Iré enseguida.

Sus ojos grises contenían una amenaza teñida de promesa sensual. Victoria reprimió un escalofrío y se volvió para seguir al ama de llaves hacia sus aposentos.

Capítulo 8

TERMINADO.

Clarissa espolvoreó arena sobre la última página de la traducción y sacudió el pliego con cuidado, soplando los granos sobrantes. Cerró los ojos y respiró hondo, temblando.

Gracias a Dios.

Resultaba asombroso que un libro tan pequeño pudiera afectarla de manera tan profunda. Se alegraría de verlo desaparecer de sus manos. Y, sin embargo, una parte oscura y rebelde de sí misma lamentaba su pérdida.

Sacó la carta de Xander del compartimento secreto de su escritorio y leyó el pasaje subrayado: «Visitaré a nuestros primos en Hove la semana que viene. Entrega el paquete a Romney para que lo guarde hasta entonces».

Romney y Fanny planeaban marcharse de Londres en breve, alegando el inminente parto de Fanny. Clarissa sonrió y negó con la cabeza. Romney era, sin duda, un hombre cambiado si estaba dispuesto a abandonar los placeres de la temporada social para refugiarse en el campo y en los llantos de un recién nacido.

Romney. Su primo tenía la sensibilidad de un elefante. No soportaba la idea de que leyera aquel diario. Suponiendo que supiera leer, algo que ella siempre había puesto en duda.

No. No le entregaría el diario a su primo, como Xander le había indicado. Se quedaría con el original y con la traducción. Acompañaría a Fanny y a Romney al campo y se lo entregaría a Xander en persona.

Una estancia lejos de Londres le vendría bien. La mantendría lejos de él.

Clarissa frunció el ceño y rechazó ese pensamiento al instante. Hacía años que había dejado de huir de Villiers. Él siempre la encontraba. Era un depredador nato, y había aprendido, a un alto precio, que la persecución solo lo excitaba más.

Curiosamente, no se había recreado durante su última visita. Tras llamar a su doncella y dedicarle a la pobre mujer una reprimenda mordaz por no atender mejor a su señora, se había marchado. Que ella supiera, no había vuelto la mirada hacia el escritorio ni hacia los papeles comprometidos.

No sabía si Villiers había llegado a leer la traducción. Inquieta, se preguntó si dominaba el italiano. Nunca lo había mencionado, pero nunca se sabía qué talentos ocultaba. Bien podía haber comprendido el diario original.

Y si lo había hecho…

No sabía qué sería peor: que hubiera captado la verdad con una simple ojeada o que creyera que ella era la autora de aquellas crónicas apasionadas.

Con cuidado, Clarissa apiló las páginas traducidas, las ató con una cinta y las guardó bajo llave en el escritorio. La llave colgaba de un pequeño chatelaine en su cintura.

Debería contarle a Xander lo ocurrido. Podría ser importante. Pero Xander la mataría si supiera que Villiers había estado allí.

No. Decidió evitar reavivar aquella vieja animosidad. Podría acabar con uno de ellos matando al otro, y ella no lo soportaría. Mientras nadie conociera la verdad, podría preservar su tranquila existencia y su frágil autoestima.

No esperaría a que Villiers diera el siguiente paso. Se marcharía discretamente, pediría viajar en el carruaje de Fanny en lugar del suyo.

Si Dios lo permitía, cuando Villiers se enterara de su partida, ella ya se habría deshecho del peligroso diario y de la traducción.



Durante un instante insensato, Xander había creído en el papel que representaba. Había creído que ella era su esposa. Una posesividad profunda y salvaje lo había sacudido. La deseaba demasiado como para esperar.

Luego la realidad se impuso. El hechizo se rompió y volvió a centrarse en su misión. Lady Victoria era un encargo, por fascinante que resultara.

Nunca había fallado, y no iba a empezar entonces. Podía tenerlo todo si dejaba a un lado cualquier atisbo de ternura. Trabajo y placer.

Había enviado su propia forma de presión al hermano de la dama. Si Gideon Cliffordm no valoraba su libertad, sin duda valoraría la de su hermana.

Y, pese a su impaciencia por resolver el caso, Xander esperaba que Gideon no cediera de inmediato. Unos días con su esposa fingida en aquel entorno agreste no serían ningún sacrificio.

Subió las escaleras y recorrió el pasillo hasta el dormitorio asignado a Lady Victoria. Había solicitado habitaciones separadas.

Separadas por una puerta comunicante.

Se detuvo con la mano en el pomo y se permitió una fantasía fugaz. Lady Victoria recostada, desvestida por la luz dorada del atardecer. Maldición.

Llamó y entró sin esperar respuesta, como haría un marido. Lady Victoria estaba de pie junto a la ventana, completamente vestida, deseando claramente que se marchara.

Dejó los guantes sobre una mesita.

—Hablaba en serio cuando dije que descansaras. Debes de estar agotada.

Ella miró los guantes y luego a él.

—Si vamos a compartir habitación, dormiré en el suelo.

Él sonrió.

—No será necesario. El señor y la señora Wetherby son discretos. Mi dormitorio está al lado.

El alivio en su rostro le indicó que aún no había descubierto la puerta oculta.

—He pedido que preparen un baño —añadió—. Esta casa tiene un cuarto de baño independiente.

Dejó que su mirada se demorara en ella, con una insolencia deliberada.

—¿Quieres que te ayude a desvestirte?

El deseo cruzó sus ojos antes de tornarse recelo.

—Alguna criada lo hará.

Apoyó la mano en la mesa.

—Concédame privacidad, Rutherford. Déme su palabra.

—Por supuesto —respondió—, si así lo deseas.

La duda en su tono hizo que el rubor regresara a sus mejillas.

—Sin embargo —prosiguió con fingida reflexión—, podría resultarme difícil cumplirla. ¿Y si la casa se incendia? ¿Y si agentes irrumpen y te secuestran?

Ella lo miró horrorizada.

—No…

—Te daría la espalda —continuó—. Y créeme, eso requeriría un autocontrol considerable.

Sus fosas nasales se dilataron. Dio un paso hacia él, furiosa, pero se contuvo.

—Si me niega la intimidad, no me bañaré.

—¿No es castigarse para fastidiar al otro? Estoy seguro de que deseas un baño tras la caída. El agua caliente es tan… reconfortante.

Su mirada lo traicionó. Él deseó tomarla y llevarla al baño sin más.

—Me conformaré con el lavabo. Ahora, váyase.

El leve temblor de su voz lo detuvo. Una punzada de culpa lo atravesó. Para él era un juego; para ella, una prueba más.

Alzó las manos.

—Muy bien. Te doy mi palabra. No entraré mientras te bañes. Aunque el techo se derrumbe.

Ella lo observó un instante y asintió.

—Entonces me bañaré.

En la puerta, él se volvió con una sonrisa.

—Y ni siquiera imaginaré cómo te ves mientras lo haces.

Cerró la puerta tras su exclamación indignada.



Felicidad.

Victoria se hundió en la bañera y dejó escapar un largo suspiro. El agua amortiguaba, calmaba y calentaba su cuerpo. Los innumerables dolores provocados por aquel salto imprudente del carruaje la habían acompañado durante todo el trayecto de la mañana, aunque había hecho cuanto estaba en su mano por disimularlos.

Típico de Rutherford. Lo había notado y le había ofrecido un incentivo imposible de rechazar. Cuando saliera del baño, pensaría en cómo regresar a Londres.

Por ahora, se permitiría aquel instante de paz.

Sonrió a la criada que la atendía, una joven discreta y eficiente, muy distinta de Dafne.

—Puedes retirarte. Te llamaré si necesito ayuda.

Victoria se deslizó un poco más en el agua, observando cómo la camisa de lino que llevaba se hinchaba suavemente. En circunstancias normales no se habría bañado vestida, pero no confiaba del todo en que Rutherford respetara su promesa.

Suspiró. Ya no importaba. La imagen del duque se desdibujó mientras se abandonaba al placer sencillo y casi inocente del calor.

El cuarto de baño era pequeño y acogedor, con una gruesa alfombra estampada y un fuego vivo en la chimenea. Podría haberse quedado allí durante horas sin sentir frío.

Qué lujo. Pensó que instalar algo semejante en su casa de Londres no sería mala idea; ahora que el agua corriente se imponía, los baños independientes empezaban a ser habituales entre los acomodados.

Recostó la cabeza y contempló la cortina de calicó que rodeaba la bañera, diseñada para proteger del aire. El vapor con aroma a lavanda ascendía y se enroscaba hacia el techo.

Apartó un poco la cortina. Sobre una mesita había un frasco de cristal con aceite, un cepillo, una pastilla de jabón y una toalla.

Tomó el jabón y lo deslizó distraídamente por su brazo, observando cómo la espuma resbalaba por su piel. En el hombro, un moratón violáceo florecía alrededor de la tira del camisón.

Después de días de tensión —Gideon, el secuestro, la inquietante anticipación del próximo movimiento de Rutherford—, un

cansancio profundo la invadió. Mañana pensaría en escapar. Primero necesitaba fuerzas.

Estaba exhausta. Casi podía…

Incluso cuando los párpados empezaban a cerrársele, percibió una presencia. Abrió los ojos un poco, esperando que fuera la criada con agua caliente.

Pero la sombra tras la cortina era demasiado grande.



Xander sonrió para sí. Tal vez había estirado demasiado la cuerda aquella mañana. Si seguía bromeando con la idea de protegerla, acabaría descubriendo que el peligro era real.

Se detuvo ante una ventana y contempló la campiña ondulada, ahora envuelta en una llovizna fina. Más adelante decidiría qué hacer con aquel lugar. Le gustaba cazar, el esfuerzo físico, la emoción de la persecución. Sí, cazar, espiar y las mujeres: placeres que había conocido bien.

¿Y después? Tendría la finca y todas las propiedades heredadas. Responsabilidades suficientes para cualquier hombre. El ducado incluía intereses en minas de carbón en Gales y aquella joya en la región de Melton.

¿Cuánto tiempo mantendría a Lady Victoria allí? Una cuestión delicada. Había enviado su mensaje al reverendo Cliffordm a través de Barnaby. Si la respuesta llegaba pronto, ¿la dejaría mientras verificaba la información, o permitiría que el clérigo pasara un día más en prisión mientras conocía mejor a su cautiva?

Sus labios se torcieron con amarga conciencia. No era un santo, menos aún con respecto a Lady Victoria. Quizá no tuviera que elegir.

El golpe repentino de la lluvia contra el cristal lo sobresaltó. Las gotas resbalaban y, sin quererlo, imaginó agua humeante recorriendo una espalda esbelta…

Había prometido no imaginarla en la bañera.

Se encogió de hombros. Había mentido.

Aun así, no rompería su palabra. No entraría mientras ella estuviera allí. Hasta que confiara en él, no lograría nada.

Pero el tiempo apremiaba. Solo tendría unos días. Ella volvería a su vida pulcra y sofisticada, y quizá se olvidaría de él. A él, en cambio, le costaría hacerlo.

Inquieto, miró el reloj. Tenía hambre. Pronto debería arreglarse y acompañarla en una comida ligera.

Otra imagen cruzó su mente y el impulso fue inmediato.

Gruñó, dirigiéndose a la puerta.

Hacía tiempo que no se consideraba un caballero.



—¡RUTHERFORD! —Consiguió gritar.

Victoria jadeó y el corazón se le desbocó. Indignación, alarma y una excitación aterradora la atravesaron en un instante.

Intentó girarse, pero unas manos grandes le sujetaron la cabeza con firmeza.

Quiso volver a gritar, pero la voz no respondió. Él no habló. Solo intentaba sumergir su cabeza debajo del agua, dejando que la tensión creciera.

—No… —susurró.

Ella intentó incorporarse, pero fue empujada contra el borde de la bañera. El golpe le sacudió la cabeza y el dolor la dejó sin fuerzas.

Las manos rodearon su garganta. La vergüenza y el terror la inundaron.

—No, por favor… —susurró.

Las manos apretaron.

Donde estaba Rutherford.

El pánico estalló. Gritó y se debatió. La mesa volcó y el frasco se hizo añicos. El aire dejó de entrarle. Arañó desesperada, luchó con toda la fuerza que le quedaba. La visión se llenó de puntos de luz.

El final.

Entonces, de pronto, la presión desapareció. Cayó al agua, apenas capaz de mantenerse a flote.

Rutherford irrumpió en la estancia, moviéndose con una rapidez feroz. Sus ojos la recorrieron.

—¿Estás bien? ¿Por dónde?

Ella negó, incapaz de hablar. No había visto al agresor huir.

—¡Rutherford! —graznó, pero él ya no estaba allí.

Temblando, se tocó la parte posterior de la cabeza. Un bulto. La garganta le ardía con cada trago de saliva.

El agua estaba fría. No se sentía limpia.

Reunió fuerzas, salió de la bañera y se envolvió en una toalla. Se dejó caer al suelo, temblando sin control.

Alguien había intentado matarla.

Cuando Rutherford regresó, la encontró acurrucada, abrazándose las rodillas.

La alzó con facilidad y la llevó a su dormitorio, depositándola junto a la chimenea.

—Has sufrido un shock.

Le ofreció un frasco de plata. Ella no podía soltar la toalla. Él se arrodilló y le acercó el recipiente, sosteniéndole la cabeza.

—Solo es brandy.

—No… es mi cabeza —susurró.

Le palpó con cuidado el cuero cabelludo.

—Es un golpe feo. Tendremos que vigilarlo. Bebe.

Obedeció. El líquido le quemó la garganta, pero el calor se extendió por su cuerpo. El dolor en la cabeza pulsó con fuerza y reprimió un gemido.

—Pediré una infusión —dijo él—. Ahora vamos a secarte.

—No…

Era demasiado débil. Él la ayudó a incorporarse con una firmeza que no admitía réplica.

—Cuéntame qué ha pasado.

Mientras la secaba con rapidez y cuidado, Victoria cerró los ojos, intentando fingir que no era él. Pero su presencia era imposible de ignorar.

Las manos grandes, precisas. La concentración silenciosa.

Ella apretó los dientes para no castañetear.

—Tendré que quitarte el camisón —dijo él, impaciente.

Ella lo apartó.

—Lo haré yo.

Intentó tomar la toalla, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó. Un sollozo ronco escapó de su garganta.

—¿Lo has atrapado? —susurró.

Xander recogió la toalla y negó con la cabeza. Le costaba mirarla a los ojos.

—Silas está peinando los terrenos, pero hay muchos escondites y vías de escape. Es bastante osado venir directamente a la guarida del león. Debe de estar loco o ser temerario… y no sé qué es peor.

Gracias a Dios que no había escuchado a su yo más complaciente y se había mantenido alejado de ella. Había estado a punto de…

Cerró los ojos y apretó los labios para no dejar escapar un rugido de culpa y vergüenza.

Había manejado la situación con su eficacia habitual, pero la furia ciega seguía ardiendo bajo su calma aparente. Contra aquel asesino desconocido, sí, pero sobre todo contra sí mismo, por no haber sabido evitar el ataque.

Él no cometía errores. En su oficio, sobrevivir significaba ir siempre un paso por delante del adversario. ¿Cómo había pasado por alto las señales?

¿Su deseo por esa mujer estaba embotando sus instintos? ¿Cegándolo para todo excepto para la necesidad de atraerla a su cama?

Si hubiera tratado aquello como cualquier otro caso, el ataque no habría ocurrido. Si hubiera sabido controlar mejor su lujuria, ella no tendría ahora esas marcas violáceas alrededor de su cuello elegante.

Respiró hondo, obligándose a serenarse.

Dios, era una bestia. Incluso entonces la deseaba. Aquel cuerpo precioso aún temblaba de angustia y, aun así, lo único que quería era hacerlo temblar por una razón completamente distinta.

La observó, estremeciéndose de pies a cabeza, con el cabello oscuro por la humedad, pegado al rostro pálido, los ojos todavía vidriosos por la cercanía de la muerte. Pronto, el verdadero terror se abriría paso en ella.

El profesional entrenado le decía que aquel era el momento idóneo para interrogarla, pero el hombre —el hombre que era cuando estaba con ella— se resistía.

Otro clavo en el ataúd de su objetividad.

No podía tratar a Victoria como a cualquier otra testigo, por mucho que quisiera sofocar aquellos sentimientos absurdos que le despertaba.

Reconoció el instante exacto en que ella asumió la realidad de su fallido intento de fuga. Un sollozo quebrado escapó de sus labios. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Vio cómo tensaba los hombros, luchando por recomponerse. Intentaba conservar la calma delante de él, pero le costaba un esfuerzo titánico. Aquella valentía silenciosa era un reproche mayor que cualquier llanto o acusación.

Xander quiso rodearla con los brazos y estrecharla con todas sus fuerzas, pero no tenía derecho. No había llegado a semejante grado de hipocresía. Él era responsable de su angustia. Y ahora lo era de su seguridad.

Casi la había perdido aquel día.

—No te creí —dijo ella con voz ronca.

—¿Cómo?

Ella giró ligeramente la cabeza, como si hubiera oído algo, pero evitó mirarlo.

—No te creí cuando dijiste que estaba en peligro. Fui estúpida. Pensé…

Se mordió el labio inferior y dejó escapar un sonido ahogado que le retorció las entrañas.

—Pensé que lo habías inventado todo para mantenerme callada. Estaba esperando el momento oportuno para escapar.

Tragó saliva con dificultad y, sin darse cuenta, levantó la mano para tocarse el cuello marcado.

—Debería haberte hecho caso cuando dijiste que querías protegerme mientras me bañaba, pero yo…

Se sonrojó, y él supo exactamente qué había pensado. Había acertado.

Ella había creído que su único propósito era seducirla. Ni una sola preocupación real por su seguridad.

Levantó la barbilla y, por primera vez, lo miró a los ojos.

—Lo siento.

Oh, Dios.

Xander se pasó la mano por el cabello. Ella había visto a través de sus medias verdades con una claridad dolorosa. Había acertado en sus suposiciones. Y ahora, cuando él le había fallado, era ella quien pedía disculpas.

La mentira se había convertido en verdad. Y sería más seguro que ella no supiera nunca hasta qué punto la había engañado. Necesitaba que confiara en él o estaría en un peligro aún mayor.

Sin decir nada, la acercó al fuego.

—Tengo frío. Incluso aquí… tengo frío.

Había terminado de secar todo lo que podía sin quitarle el camisón empapado.

Ahora venía la parte más difícil.

Intentando no mirarla —aunque estaba tan sumida en el shock que quizá ni lo notara—, levantó con cuidado la tela húmeda. Dejó al descubierto unas piernas esbeltas y bien formadas, el vientre plano, el triángulo de vello entre los muslos.

No pienses en eso.

Subió la tela y ella alzó los brazos para que pudiera quitarle el camisón mojado.

Sus pechos…

No. No pienses en sus pechos.

Respiró hondo y se obligó a secar su piel con movimientos amplios y deliberadamente impersonales.

Cerró los ojos mientras trabajaba, pero aquello solo agudizó los demás sentidos. Ella temblaba, sí, pero también desprendía ese calor femenino, mezclado con el aroma del baño, que lo tentaba y lo atraía sin piedad.

Pasó la toalla por la curva delicada de un brazo, luego por el otro, sosteniendo su mano fría entre las suyas. Controló la respiración, rogando que ella no percibiera lo cerca que estaba de perder el control.

Evitó mirar el firme empuje de sus pechos, la forma en que la toalla rozaba fugazmente sus pezones al caer. Siguió por el contorno de su torso, el vientre liso, los muslos, esquivando el espacio entre ellos como si fuera una trampa mortal.

Se arrodilló para secarle las piernas y solo entonces se permitió una mirada más larga a aquellas extremidades esbeltas, los tobillos delicados, los pies bonitos que había visto por primera vez aquella noche en su dormitorio. Parecía otra vida.

Ella permaneció inmóvil y en silencio mientras él terminaba, hasta que la rodeó para secarle la espalda. El leve movimiento la hizo inclinarse hacia delante, peligrosamente cerca. Le costó toda la fuerza de voluntad no rodearla con los brazos, no besarla, no calentarla de la única forma que deseaba.

Apretó los puños alrededor de la toalla hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Por Dios, le había fallado. Y ahora estaba pagando por ello.

Respiró hondo, abrió los puños lentamente y la tomó por los brazos para separarla de él. El esfuerzo casi quebró la compostura que había logrado recuperar. Por suerte, ella estaba demasiado alterada para notar cuánto la deseaba.

—Eso tendrá que bastar —dijo con voz áspera.

Cogió una bata del cuarto de baño y se la colocó sobre los hombros.

Ella se envolvió en la tela, ocultándose de su mirada.

Con cuidado, la giró y la condujo hasta la cama.

—Acuéstate. Llamaré a la criada. Necesitarás pomada para esos hematomas.

Casi sin darse cuenta, alzó la mano y recorrió con la yema del dedo el collar violáceo de marcas. La piel ya adquiría un tono púrpura alarmante.

Victoria no respondió. Seguía temblando como si el frío se hubiera instalado en sus huesos.

Por muy duro y despiadado que fuera, le revolvió el estómago ver a una mujer tan valiente y lúcida reducida a ese estado.

Quería abrazarla. Calentarla con su cuerpo. Hacerla sentir a salvo.

Pero no había tiempo para debilidades. Y, además, Lady Victoria era ahora un encargo. Todo agente conocía el peligro de implicarse emocionalmente. Si lo hubiera recordado desde el principio, quizá nada de aquello habría sucedido.

—¿Sabes quién ha sido? —preguntó ella con voz quebrada.

Xander no mintió.

—No. —Y eso lo inquietaba más que nada.

El candidato más evidente era Villiers, pero, por algún motivo, no lo creía. Villiers podía ser despiadado, pero no tenía razones para matarla todavía.

Y Villiers no fallaba.

Una ira helada lo atravesó. Se había creído las palabras de Harcourt como un necio. Debería haber sabido que no podía confiar en él. Tal vez todo había sido una trampa desde el principio.

A partir de ese momento, no la perdería de vista. Y, por si fuera poco, mantendría sus manos lejos de ella.

—Descansa —dijo con sequedad, consciente de lo insensible que sonaba—. Y dile a la criada que prepare tus maletas. En cuanto te encuentres mejor, nos iremos.

Capítulo 9

—Está anocheciendo y esta noche no hay luna —dijo Rutherford—. Tendremos que esperar hasta el amanecer.

Victoria había pasado horas sumida en un sueño profundo y sin sueños, frustrando los planes de Rutherford de una huida inmediata.

Él no la miraba, pero la mirada de ella lo seguía con avidez mientras se movía por la habitación, comprobando ventanas y examinando la cerradura de la puerta.

Necesitaba un tipo de calor y de consuelo que ni el fuego ni un colchón de plumas podían proporcionarle. Por una vez, solo por esa vez, ¿no podía tener a alguien que la abrazara? Su amante imaginario no bastaría aquella noche.

Qué ironía desear la cercanía, la carne y el calor de Rutherford, el hombre más inflexible que había conocido jamás. La parte sensata de su mente había registrado la expresión de su rostro cuando la encontró, desnuda y temblorosa, en el baño. Una mirada oscura, primitiva, de furia absoluta, disimulada al instante bajo una determinación despiadada.

Se había movido como un depredador, acechando a un agresor invisible. Ahora merodeaba, inquieto, esperando. De forma perversa y estúpida, ella deseaba que olvidara su misión y se concentrara únicamente en ella.

Qué tontería.

Pero su habitual autodisciplina se había resquebrajado durante el ataque, dejando al descubierto un núcleo hecho solo de necesidad, pasión y deseo femenino.

Más que nada, no quería estar sola aquella noche.

—¿Necesitas algo? Llamaré a una criada —dijo él con frialdad, como si ella hubiera expresado su pensamiento en voz alta. Como si fuera una extraña.

El dolor la atravesó. Aquella ansia por su contacto era humillante, pero estaba demasiado agotada para luchar contra ella.

Se pasó una mano temblorosa por la frente.

—No quiero a la criada.

Él le lanzó una mirada impaciente y sus ojos se detuvieron en la bandeja junto a la cama.

—No has comido.

Se acercó con decisión, como si fuera a alimentarla con sus propias manos. Una parte de ella pensó, con vergüenza, que aquello podría resultar… interesante.

—Lo he intentado —susurró—, pero mi garganta…

—No, claro.

Miró la bandeja y negó con la cabeza, irritado consigo mismo.

—Debería haberlo previsto. Pediré algo más adecuado. Algo blando que no te haga daño.

Extendió la mano y rozó la piel magullada de su cuello, dejando que sus dedos recorrieran las marcas con una delicadeza exquisita, en total contradicción con su tamaño y la fuerza que desprendían aquellas manos.

Sus ojos ardían mientras contemplaba los daños.

Victoria contuvo el aliento, deseando que no se apartara. Pero lentamente, como si le costara un esfuerzo enorme, retiró la mano.

Se sobresaltó, como si despertara de un trance.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

—Rutherford, yo…

—Tengo cosas que hacer.

Se volvió para marcharse.

—Haré que te traigan la comida y luego será mejor que descanses. Mañana necesitarás fuerzas.

Sin mirarla, cerró la puerta tras de sí.

La desesperación la invadió.

No quería que se fuera. Quería… a él.

Se movió inquieta entre las sábanas, intentando convencerse de que aquello era lo mejor. Estaba débil, conmocionada; no era ella misma. Tal vez ahora lo necesitara, pero a la larga sería mejor que él mantuviera las distancias. Había decidido no aprovecharse de su vulnerabilidad. Debería sentirse agradecida.

En lugar de eso, se sentía rechazada, engañada y terriblemente sola.

Golpeó la almohada con frustración.

Vamos, mujer estúpida y llorona. No es momento de compadecerte. ¿Cómo piensas ayudar a Gideon?

Si alguien quería matarla, debía aceptar la protección de Rutherford y dejar de buscar salidas imposibles.

Pero entonces, ¿cómo podría seguir luchando por su hermano? ¿La ayudaría Rutherford? Como heredero de la finca incendiada, sin duda tenía influencia.

¿Podría persuadirlo para que intercediera por Gideon?

No pensaba con claridad.

Tal vez, tras dormir, recuperaría la calma necesaria para trazar un plan. Por ahora, necesitaba reunir fuerzas para pasar la noche.

Los terrores la aguardaban en la oscuridad. Siempre había sido propensa a las pesadillas, y aquel ataque prometía regresar en

sueños.

Miró el dosel de la cama y se preguntó cuándo podría volver a tragar sin sentir como si tuviera una piedra dentada clavada en la garganta.

Cuando la criada entró con una bandeja, el dolor anticipado le contrajo la garganta, pero se incorporó y dejó que acomodara las almohadas y apoyara la bandeja sobre sus piernas.

Sonrió en agradecimiento y asintió para que se retirara. Cuando la puerta se cerró, tomó la cuchara de plata y pinchó el syllabub, observando cómo temblaba.

Lo llevó a la boca y dejó que la crema alcohólica descendiera, rica y reconfortante.

Tras el primer bocado, comprendió que estaba hambrienta y terminó el plato en poco tiempo. Bajo la tapa siguiente, el vapor fragante del caldo de pollo le arrancó un gruñido al estómago.

Después de apurar hasta la última gota de la cena que Rutherford había pedido para ella, dejó la bandeja a un lado y se hundió entre las almohadas con un suspiro.

La comida había obrado maravillas. Casi se sentía como antes.

Casi.

Nunca se había sentido tan sola.

Había conocido la soledad antes. Héctor no la había tocado durante años antes de morir. De ahí el amante imaginario, el consuelo inventado para aliviar aquel vacío.

Pero aquel dolor había sido difuso, sin un rostro concreto.

Ahora, el anhelo tenía nombre y presencia.

Y parecía demasiado tarde.

Si hubiera cedido a Rutherford aquella mañana, o si hubiera aceptado su provocadora oferta de vigilar su baño, ahora estaría en sus brazos, protegida, calmada por aquellas manos seguras.

Una vez más, dobló las rodillas contra el pecho y se abrazó, preguntándose cuándo la habían cambiado a uno de aquellos camisones absurdamente recatados. Nada que ver con la prenda escandalosa que había llevado la última vez que intentó seducir a su marido.

Cerró los ojos, humillada.

Piensa en otra cosa.

Quizá Rutherford se mantenía distante porque creía que necesitaba reposo. Pero ya había dormido durante horas. ¿No debería ser ella quien decidiera si estaba en condiciones de recibir compañía?

Exhaló con frustración.

Por la mañana había ardido por estar a solas con ella. Ahora, que lo necesitaba, se volvía frío como el hielo.

¿Jugaba con ella?

Héctor había mostrado la misma ambivalencia al inicio de su matrimonio.

Tal vez había algo defectuoso en ella.



Xander caminaba inquieto por su dormitorio mientras Lady Victoria dormía. Tenía que actuar. Odiaba delegar su trabajo, pero no confiaba en nadie para protegerla, ni siquiera en Silas.

Un silbido bajo anunció la llegada de su hombre. Por su expresión, Xander supo que no traía buenas noticias.

—¿Algo? —preguntó, clavándole una mirada que solía intimidar a otros. Silas la sostuvo sin pestañear.

—Nada. Un silencio sepulcral, jefe. Debería dormir un poco.

—Lo haré en breve. ¿Alguna pista de cómo entró?

Silas se encogió de hombros.

—No hay huellas. Tal vez por una puerta. Desde la terraza.

No importaba. El lugar no era inexpugnable.

Esa noche, Xander haría guardia.

Luego la llevaría a Hove, a la torre, donde nadie podría alcanzarla.

Y donde ella no podría escapar.

A pesar del ataque, no confiaba en que Victoria se escondiera por voluntad propia. Su aparente fragilidad ocultaba una obstinación peligrosa. Era valiente, inteligente… y no comprendía la crueldad real de sus enemigos.

Silas carraspeó.

—¿Alguna idea de quién fue?

Xander frunció el ceño.

—No. Y eso es lo peor. Una dama de su posición no tiene muchos enemigos. Pensé en Villiers, pero el hecho de que siga viva lo descarta. A menos que…

Se interrumpió, con un presentimiento helado asentándose en su pecho.



¿El propio Harcourt? Ahora sí que era una posibilidad inquietante.

Xander despidió a Silas y bebió un sorbo de brandy, haciéndolo girar despacio en la copa. La luz del fuego danzaba en el líquido ámbar. Tomó otro trago, negándose a permitir que le evocara los ojos de Lady Victoria.

Concéntrate, se ordenó. Harcourt.

Frunció el ceño. ¿No había insinuado Villiers que Harcourt estaba perdiendo el control? El jefe de operaciones había parecido tan brusco y despiadado como siempre en Whitehall, pero quizá aquella aspereza escondía algo más. Las luchas internas nunca le habían interesado, pero tal vez había llegado el momento de prestar atención.

¿Sabía algo Barnaby? Siempre había sido el favorito de Harcourt.

Las posibilidades se multiplicaban. Tal vez algún miembro del Gobierno había descubierto las intenciones de Victoria. ¿Se las había confiado a alguien? ¿A un amigo, a un conocido, a alguien con un secreto tan grave que estuviera dispuesto a cualquier cosa por ocultarlo?

Con suerte, Clarissa ya habría terminado la traducción del diario. Cuando la leyera, Xander podría medir con precisión cuán peligrosa era Lady Victoria… y para quién.

Se estiró, intentando aliviar la rigidez de los músculos. Dormitar en un sillón era útil para mantenerse alerta, pero le destrozaba la espalda.

Era poco probable que el agresor volviera a atacar tan pronto tras su intento fallido. Su intento casi exitoso, se corrigió.

Nunca olvidaría el terror puro que lo había atravesado al oír la lucha en el baño. Gracias a Dios que estaba cerca. Gracias a Dios.

Por enésima vez aquella noche, abrió la puerta comunicante y la miró. Yacía boca arriba, desordenada, con un brazo doblado y la muñeca sobre la almohada, el otro extendido como una invitación muda. En otras circunstancias, no habría dudado.

Al entrar, ella entreabrió los labios en un suspiro, como si percibiera su presencia. Con un gemido contenido, dejó que sus dedos rozaran la colcha.

Ella había querido un consuelo mayor del que él le había ofrecido. Pero no podía ni siquiera tomarle la mano sin desear

tomarla entera.

Ya había sufrido una vez por su falta de atención al peligro. No volvería a ponerla en riesgo. La única forma de mantenerla a salvo era mantener la distancia y hacer aquello para lo que había sido entrenado.

Apagó la lámpara y se marchó en silencio.



Victoria despertó con un jadeo, emergiendo de una pesadilla sin forma. Supo de inmediato que no volvería a dormir.

El chasquido de una puerta la puso en alerta. El pánico regresó, acelerándole el pulso. ¿Había vuelto el asesino? Miró hacia la puerta principal: estaba cerrada. Un hilo de luz la atrajo hacia la pared opuesta. Recordó entonces la puerta comunicante.

La figura de Rutherford llenaba el umbral, proyectando su sombra. El alivio la inundó. Gracias a Dios.

Él no habló. En la penumbra, no distinguía su expresión. Dudó, como si escuchara su respiración.

Ella no podía respirar. Le suplicó en silencio que se acercara.

Tras unos instantes, él se volvió y desapareció.

Victoria se giró de lado y golpeó la almohada, frustrada.

Entonces lo vio a su lado. Le tomó la mano y la cerró alrededor de un vaso.

—Bebe esto. Te ayudará a dormir.

Con los nervios tensos, bebió un sorbo y tosió.

—¿Más brandy?

Hizo una mueca, pero bebió de nuevo. El ardor alivió su garganta.

—Tranquila —dijo él con una nota de humor.

Ella vació el vaso de un trago torpe y se lo devolvió para que sirviera más. Dudó, pero obedeció.

—Despacio —indicó al regresar—. A ver si puedes dormir.

Le dio una palmada en el hombro, fraternal, y se apartó. Aquello la irritó.

—Supongo que me dejarás aquí, desprotegida.

Encendió la lámpara con desafío.

—Estoy al lado —respondió él—. A poca distancia.

—No me parece suficiente.

Le costaba articular. Se hundió entre las almohadas, la muñeca floja alrededor del vaso.

Él avanzó y lo tomó antes de que cayera. El silencio se hizo pesado.

—Déjame decidir cómo protegerte —comentó él.

—Como esta tarde.

Se le escapó antes de poder evitarlo.

—Lo siento —añadió, avergonzada—. Intentaste protegerme y no te dejé.

—No es eso…

—Quédate —soltó de golpe—. No quiero estar sola esta noche.

—No sería prudente.

—Solo abrázame.

—Sería más que eso.

—Por favor, Rutherford.

—No puedo —respondió con gravedad—. No hay medias tintas contigo.

Ella sostuvo su mirada.

—Entonces no tomes medias tintas. Lo quiero todo.

Él apretó los puños.

—Habla el brandy. Duerme.

—No estoy borracha.

Exhaló, tenso.

—No me hagas esto, Victoria. Cuando te posea, quiero estar contigo por completo, no vigilando sombras.

Aquella confesión la conmovió.

—No es el momento —continuó él.

Se pasó la mano por el pelo.

—Quédate —repitió ella.

Él vaciló, tentado. Luego se apartó y se fue.

Victoria observó cómo la luz de la puerta comunicante se encendía y se apagaba.

Sacudió la cabeza.

No. No iba a dejarlo marchar.



Xander cogió el atizador y avivó el fuego. Unos pasos suaves a su espalda lo obligaron a volverse.

Ella estaba de pie en las sombras, con el cabello suelto, descalza, más cercana a una aparición que a la sofisticada Lady Victoria.

Se detuvo en el umbral, vacilante, como si midiera el riesgo de adentrarse en la guarida del león.

Sin apartar la vista de su rostro, Xander devolvió el atizador a su sitio.

Ella se humedeció los labios y ese gesto nervioso bastó para que el pulso de él se alterara. Parecía joven e insegura, y comprendió que la serenidad de Lady Victoria no era inquebrantable.

La sangre le ardió en las venas. El corazón le golpeó con fuerza. Era una pésima idea.

—No te acerques más —ordenó, luchando por mantener la voz firme.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué no? Solo quiero hablar contigo.

—Ni siquiera tú es tan ingenua, Lady Victoria. Si cruzas ese umbral, no me haré responsable de las consecuencias.

Le lanzó una mirada dura y se volvió hacia el fuego, confiando en que aquello bastara.

Pero ella permaneció allí, en el último escalón.

—Lo repito una y otra vez en mi mente —susurró—. Hubo un momento en el que pensé… no, supe que iba a morir. Y sentí…

Dejó la frase suspendida. Él sabía lo que vendría.

—…arrepentimiento. —La palabra salió con dificultad—. Deseé haber vivido cosas en lugar de escribir sobre ellas.

La oyó avanzar y maldijo en silencio. Debería haber cerrado con llave la puerta comunicante.

La alfombra amortiguó sus pasos. Cuando se volvió, ella estaba ante él, con una mezcla de pregunta y anhelo en los ojos.

Alzó los brazos, como si fuera a abrazarlo.

En dos zancadas, Xander la alcanzó y la estrechó contra sí, apoderándose de su boca en un beso que fue castigo y desesperación a un tiempo.

Rabia, también. Rabia por no poder resistirse, por saber que necesitaba mantener la cabeza fría y, aun así, perder el control.

No pudo detenerse. La suavidad, el perfume y la fuerza delicada de ella lo arrastraron. Su lengua buscó la de él, sus manos lo incendiaron, y todas sus resoluciones prácticas se deshicieron.

Olvidó la herida, el peligro. La empujó contra la pared, con la espalda apoyada en la madera. Fue brusco, pero ella no se apartó. Respondió con una audacia nueva, recorriéndole la espalda, aferrándose.

El beso se volvió más profundo. Cuando su mano se cerró sobre un pecho firme y alto, ella jadeó, y el sonido solo hablaba de placer. Aquello no iba a ser tierno. Era una advertencia.

Subió el camisón por su muslo. Ella protestó en un murmullo incoherente, pero él ya estaba perdido en la sensación de su piel, en su feminidad. Su mano siguió ascendiendo hasta encontrar lo que buscaba.

Ella se tensó y trató de apartarse, pero él la sostuvo, marcó el ritmo, y poco a poco su resistencia cedió.

Era pequeña, delicada. Tendría que ser cuidadoso. Y, al mismo tiempo, una parte de él deseaba someterla, imponer su voluntad, quizá precisamente porque ella se resistía a ser dominada.

Volvió a besarla, largo y embriagador, y aprovechó para profundizar el contacto. El gemido que arrancó de ella lo desarmó.

Xander respiró hondo, luchando contra su propio deseo, y continuó hasta que ella se estremeció, vencida por el placer.

—No pienses. No hables —murmuró, apoyando la frente en la de ella—. Ahora no.

Vio que ella quería decir algo y supo que escucharla sería peligroso. Le cubrió la boca con la suya mientras se apresuraba a deshacerse de la ropa que estorbaba.

Cuando la tomó, lo hizo despacio, abriéndose camino con cuidado. Ella abrió los ojos, sorprendida, y se aferró a él.

Se movió con un ritmo contenido, sujetándola contra la pared. Ella respondió envolviéndolo con las piernas, acercándolo más.

Los sentidos de Xander se redujeron a la sensación de ella, cálida y envolvente. El control se le escapó y el ritmo se aceleró. Sus respiraciones se entremezclaron, hasta que ella se entregó por completo y él la siguió, vencido.

Apenas logró apartarse antes de perder del todo la razón. La sostuvo cuando las piernas le flaquearon. Ella lo miró, sin palabras.

Xander soltó una risa temblorosa, incrédula. Deslizó las manos por sus brazos.

—Espera aquí.

Fue hasta el lavabo y mojó una toalla. Ella lo observaba, aturdida, saciada. Una satisfacción intensa le recorrió el pecho.

Regresó y se ocupó de ella con cuidado. Luego se deshizo de la toalla.

—Será mejor que duermas ahora.

Ella asintió. La llevó de vuelta a su dormitorio y la acomodó con cuidado. Evitó besarla; un solo roce bastaría para perder el control otra vez.

Respiró hondo.

—Descansa. Saldremos temprano por la mañana.

Los ojos ámbar de ella fueron lo último que vio antes de obligarse a marcharse.

Capítulo 10

Xander había aprendido a reconocer muchas miradas a lo largo de su vida. La de miedo, la de desafío, la de deseo. La que ahora se alzaba hacia él desde el rostro de Victoria era una mezcla peligrosa de todas ellas.

—He estado pensando, Rutherford.

Xander alzó la vista. Los ojos de Lady Victoria brillaban con una determinación nueva.

—¿De veras? Qué aterrador —murmuró.

Se había preguntado cómo reaccionaría tras la noche anterior. Esperaba vergüenza, quizá timidez. No aquella diosa de mirada viva y voluntad afilada.

Ella entrecerró los ojos.

—He estado pensando que debería aprender a defenderme.

Aquello fue un golpe directo.

—No es necesario. Yo estoy aquí.

Ella no verbalizó lo obvio. Él no había estado allí la tarde anterior. No había impedido que unas manos desconocidas le dejaran marcas en el cuello.

—¿No crees que sería prudente que supiera hacerlo? —insistió —. Podrías enseñarme a disparar.

—No.

—¿Por qué no? Muchas mujeres lo hacen. He oído que tu hermana es una excelente tiradora.

—No es un arte, es una habilidad, y requiere más que unos días —replicó con sequedad—. Y no pienso dejar que vayas por ahí armada.

—Hablas como si fuera a disparar a cualquiera que se cruce en mi camino. —Hizo una pausa—. ¿Y por qué dices "unos días"?

Xander la observó con atención. Nada se le escapaba.

—Porque preveo que tu hermano no tardará en ceder. Cuando lo haga, dejarás de ser una amenaza y todo esto terminará.

Ella lo miró con una curiosidad que lo incomodó.

—¿Y el combate cuerpo a cuerpo? —prosiguió, acercándose—. ¿No hay nada que puedas enseñarme para ganar tiempo, para gritar…?

Xander se volvió y le tomó los hombros con brusquedad. Sintió cómo se estremecía y el recuerdo de sus heridas avivó su furia.

—Escúchame bien. Estoy aquí para protegerte. No necesitas pistolas ni trucos. No voy a permitir que te pongas en peligro.

—¿Ni espadas?

Apretó los dientes.

—Ni espadas.

—Una pena. Sería incómodo llevar una todo el tiempo. —Sus ojos se iluminaron—. ¿Y una daga pequeña?

No hubo más palabras. La atrajo hacia él y la besó, consciente de que no podía detener su boca de otra manera.

Ella respondió al instante, aferrándose a su cuello. El beso dejó de ser un recurso y se convirtió en una necesidad.

Xander se apartó de golpe y la miró. Sus ojos estaban brillantes, aturdidos. Algo peligroso se había activado en su interior.

—No —dijo con voz tensa—. Victoria, yo…

Ella le tomó la barbilla.

—No fue culpa tuya. Ayer. Hiciste lo que te pedí.

La vergüenza lo atravesó.

—No digas nada más.

Su tono duro la hizo retroceder. Dejó caer la mano.

Bien. Así debía ser.

—Has sido un problema desde el principio —espetó, alimentando su propia ira—. Entrometida. Debería haberte dejado seguir tu camino. Debería haber dejado que te mataran. Pero juré protegerte y lo haré hasta que esto termine. Hasta entonces, obedecerás, o no te gustarán las consecuencias.

Ella lo observó, sorprendida. Luego, para su desconcierto, sonrió.

—Ay, Dios mío. Y dicen que las mujeres somos delicadas. —Su voz era firme—. Nunca pedí tu protección ni que me apartaras de mi vida. Y si la hubiera querido, no te la habría pedido a ti. Pero ya que estamos en esto juntos, te voy a dejar una cosa clara: no toleraré que me trates como a una niña molesta. No te obedeceré cuando tus órdenes sean absurdas. Habrá momentos en los que no estés conmigo. Y me sentiría más segura sabiendo cómo defenderme, aunque solo sea para ganar tiempo.

Xander habló despacio.

—No necesitarás gritar. Nadie se acercará a menos de cien pasos mientras yo esté aquí.

Sabía que, si le enseñaba a luchar, ella se volvería más audaz. Demasiado.

Durante un instante, Victoria guardó silencio. Luego sonrió con malicia.

—¿Sabes? Cuando te pones autoritario, resultas bastante interesante.

Se puso de puntillas y rozó sus labios. Xander cerró los ojos un segundo. Aquello estuvo a punto de quebrarlo.

Se apartó.

—No intentes manipularme. No lo conseguirás.

Le retiró la mano del pecho.

—Prepárate para salir en diez minutos.

Hizo una reverencia y salió a grandes zancadas.

Mientras se ponía el abrigo, pensó en ella y reprimió una sonrisa. ¿Cuántas mujeres habrían llorado, suplicado o se habrían derrumbado? Victoria no. Ella desafiaba, provocaba, se alzaba.

La vida, con Lady Victoria, no sería nunca aburrida.



—Fanny, no seas absurda. No eres una ballena, —dijo Clarissa—. Es solo una ligera insinuación de vientre, nada más, y debes de estar al menos de seis meses.

—Querida, eres demasiado amable —suspiró Fanny—. Pero me atrevo a decir que ahora peso más que el príncipe regente. Romney odia que esté tan gorda.

—Sabes que eso no es cierto.

Dado que el primo mayor de Clarissa adoraba a su esposa con una devoción casi empalagosa, aquella afirmación solo podía ser una exageración dramática.

Fanny se encogió de hombros, ofendida.

—Oh, te concedo que está saltando de alegría por el nuevo bebé. Está convencido de que será un varón, el heredero. Espero —añadió pensativa— que sea una niña.

—Sea lo que sea, será muy querido —respondió Clarissa en voz baja.

Un dolor familiar le atravesó el pecho. Cómo anhelaba tener un hijo propio. Era varios años mayor que Fanny y demasiado consciente de que el tiempo se le escapaba para tener hijos sanos.

Había intentado convencerse de que ciertas cosas no estaban destinadas a suceder, pero una parte de ella siempre había esperado… bueno, un milagro. Mientras tanto, sería la mejor tía y prima que los niños de la familia pudieran desear. Miró a Fanny. Al menos ella no tendría que preocuparse por engordar.

Aquel pensamiento debería haberla reconfortado, pero no lo hizo. Su vientre plano, casi cóncavo, parecía insuficiente junto al de Fanny.

Este campo está en barbecho.

Clarissa respiró hondo y apartó ese pensamiento.

La preocupación más urgente era devolver el diario y la traducción a su hermano.

Mientras Fanny seguía rebuscando con dramatismo en su vasto guardarropa, Clarissa se permitió echar otra mirada furtiva al pequeño reloj sujeto a un cordón en su corpiño. Necesitaba salir de Londres cuanto antes, pero a ese ritmo Fanny jamás decidiría qué ponerse, y mucho menos qué llevar.

—¿Qué tal el cambric azul? Es bonito —dijo Clarissa.

Por favor, ponte el maldito cambric.

Fanny la observó con atención.

—¿Te ocurre algo? Hoy pareces nerviosa.

Un alboroto en la planta baja la salvó de responder.

—Oh, ese será Romney —dijo Fanny—. Esta mañana está furioso como un oso. Odia estar encerrado en un carruaje conmigo cuando preferiría montar a caballo.

Clarissa no respondió. La boca se le secó de golpe. El pulso se le aceleró, la respiración se le acortó, como siempre ocurría cuando…

Se oyeron pasos pesados en la escalera.

Apretó las manos y fijó la mirada en la puerta.

Esta se abrió de golpe y allí estaba él. Grande, elegante, brutal. La mirada sombría tras aquella sonrisa diabólica que tanto detestaba.

—¡Lord Villiers! —exclamó Fanny—. ¿Qué está haciendo?

Él apoyó los hombros en los paneles de roble, ignorando los gritos del lacayo que había subido tras él.

—Estoy saldando una vieja cuenta.

Qué apropiado.

—Ha venido a por mí, Fanny —dijo Clarissa en voz baja—. No te alarmes.

—No me importa a quién haya venido a buscar. Romney lo matará si lo encuentra en mi tocador.

Una chispa de diversión cruzó el rostro de Villiers.

—Han pasado cosas más extrañas.

Se volvió, cerró la puerta con llave y guardó la llave en el bolsillo.

Fanny jadeó, llevándose las manos a las caderas.

—Lord Villiers, este comportamiento es indignante. Exijo que se marche de inmediato.

Él sostenía los guantes en una mano y los golpeaba rítmicamente contra la palma de la otra. Un gesto insolente, casi meditativo, que a Clarissa le crispó los nervios. ¿Cómo podía alterarla tanto su mera presencia?

Las palabras de Fanny se diluyeron en un murmullo lejano. El mundo se redujo a ella y a Villiers, al sonido seco de los guantes, a su respiración irregular y a los latidos que le golpeaban los oídos.

Ignorando a Fanny, Villiers se acercó. Clarissa reunió toda su compostura para no retroceder.

Se detuvo demasiado cerca.

—Si, por algún milagro, Romney lograra matarme —susurró—, ¿lo lamentarías, Clarissa? ¿O te alegrarías por tu… libertad?

El calor abandonó su rostro. Bajó las pestañas. No deseaba su muerte. Era una posibilidad terrible que llevaba años soportando. Y él no tenía idea de lo que le costaba.

Las cejas negras de Villiers se arquearon.

—Ah. Creo que ya tengo mi respuesta.

—¡Por Dios, Villiers! ¿De qué se trata todo esto? —intervino Fanny, ahora más intrigada que indignada.

Clarissa le lanzó una mirada que pedía silencio y respiró hondo.

—Mi señor, si desea hablar conmigo, le sugiero que lo haga en Mount Street. Esto no es apropiado.

—He llamado a Mount Street. Varias veces —respondió con otra de aquellas sonrisas—. Y ahora descubro que estás aquí, a punto de marcharte al campo.

¿Cómo lo sabía? Había hecho jurar a su madre que guardaría el secreto.

—No estoy obligada a informarle de mis movimientos, lord Villiers —dijo con firmeza—. No tiene ningún derecho sobre mí.

La furia inundó su rostro. Por dentro, Clarissa se encogió, pero no dejó traslucir debilidad. Villiers era peligroso; solo la fuerza y la determinación podían hacerle frente.

Sostuvo su mirada. De pronto, su expresión se suavizó y aquella boca hermosa adoptó la curva sensual que siempre le había provocado un anhelo desesperado. Clarissa apartó la vista.

Volviendo a controlarse, golpeó los guantes contra la palma.

—Te seguiré.

—¿Qué? —soltó una risa incrédula—. Por supuesto que no.

Villiers se dirigió a la puerta y giró la llave.

—Intenta detenerme.

Abrió de golpe y retrocedió con fluidez, haciendo que el lacayo tropezara y entrara en la estancia. Villiers lo sujetó por la corbata y lo alzó hasta quedar cara a cara.

—Has permitido que un desconocido entre en el tocador de tu señora. No vuelvas a hacerlo.

Lo soltó. El lacayo se desplomó, aturdido.

Con un gesto teatral de su abrigo, Villiers se marchó.

Clarissa esperó a oír la puerta de la calle cerrarse de golpe. Entonces se dejó caer en la silla más cercana.

Fanny acudió de inmediato, llena de preguntas.

Clarissa no respondió. No tenía respuestas. Villiers la perseguía con la misma implacabilidad que a sus presas profesionales. ¿Por qué ahora, tras tantos años?

Cuando se enamoraron, Xander había prohibido la unión, con razón. Clarissa, joven y testaruda, no había querido escuchar. Hasta el día en que Villiers la sacrificó en cumplimiento de su deber.

Nunca más. Nunca volvería a confiarle su corazón. Nunca volvería a llamarlo su amor. Al menos, no en voz alta.

Habían pasado años desde que lo rechazó. ¿Qué lo había llevado a reanudar la caza?

Clarissa se estremeció. Villiers siempre acababa atrapando a su presa.

No podía permitir que esa presa fuera ella.

Huir no bastaría.

Tendría que reunir el valor necesario para defenderse.

El corto trayecto hasta Hove transcurrió casi en silencio. Mecida por el balanceo del carruaje, Victoria observaba a Rutherford de soslayo. Estaba encogido en un rincón, aparentemente relajado, pero la tensión se delataba en la rigidez de su mandíbula y en el brillo alerta de sus ojos grises bajo el ala del sombrero.

Entre besarla con una pasión abrasadora y subirla al carruaje, Rutherford había adoptado la actitud de un soldado en plena misión: impersonal, distante, brusco hasta rozar la descortesía.

Como si no le hubiera hecho el amor con furia la noche anterior.
Como si hubiera decidido cumplir su cometido a cualquier precio, incluso sacrificando lo que hubiera entre ellos.

Con una amargura silenciosa, Victoria admiró aquella determinación implacable. En contraste, cada célula de su cuerpo clamaba por él: por sentirlo rodeándola, cubriéndola, dentro de ella. Incluso con los ojos cerrados, lo percibía, lo olía, sentía su energía tensa y vigilante. Su presencia ocupaba todos sus sentidos; al respirar, lo inhalaba.

Aquella tensión no era deseo. Protegerla, capturar a los rebeldes, era un asunto serio y peligroso. Ojalá su cuerpo traicionero lo entendiera, en lugar de anhelar su contacto. Las palabras que él le había dicho en el baile regresaron a su mente: «Esto no es un juego…».

Victoria se obligó a ordenar sus pensamientos. Rutherford tenía razón. Ella también debía recuperar el control. Mucho más importante que su pasión por el hombre que viajaba a su lado era la situación de su hermano. Rutherford tenía el poder de conseguir la liberación de Gideon. Ella debía persuadirlo para que lo ejerciera.

Y si eso significaba destruir la frágil confianza que había empezado a formarse entre ellos, así fuera. Gideon era su sangre. Su seguridad estaba por encima de todo.

Respetaba las razones de Rutherford para perseguir a aquellos hombres, pero tenía que existir otra forma de encontrarlos que no pasara por mantener a su hermano encerrado.

Después de ensayar mentalmente sus palabras una y otra vez, hasta pulirlas, Victoria carraspeó.

—¿Rutherford?

Él la miró un instante y volvió la vista a la ventanilla.

—Perdón. No he sido un compañero de viaje muy agradable —dijo tras una breve vacilación—. Estaba pensando en el incendio.

Todas las palabras que ella había preparado se disolvieron.

Rutherford exhaló despacio.

—Había cuatro personas delante de mí en la línea de sucesión al ducado. Todas murieron ese día.

Victoria tragó saliva y guardó silencio. Cualquier expresión de pésame le pareció insuficiente.

Él siguió observando el paisaje, como si no fuera a añadir nada más. Cuando volvió a hablar, ella se sobresaltó.

—No pienses que me afectó personalmente —dijo—. No eran mi familia directa. De hecho, no conocía a ninguno.

Intuyendo que necesitaba hablar, quizá descargarse, Victoria preguntó con cautela:

—¿Cómo fue posible que murieran tantos ese día?

Apretó los labios. Tardó unos segundos en responder.

—Los herederos potenciales se reunieron en la sala de documentos para la lectura del testamento. El resto de la familia esperaba en el salón, en otra ala de la casa. —Inspiró hondo—. Todos los que escucharon la lectura murieron. Todos.

Victoria se quedó sin aliento.

—Qué horror…

No había comprendido la magnitud de la tragedia.

—Yo no estaba allí. Yo… —bajó la mirada a sus manos—. Detestaba al viejo duque. Me habría parecido hipócrita asistir al funeral. Mi hermano estaba en el extranjero, por suerte.

Aquella cabeza inclinada le apretó el corazón. Deseó apartarle ese mechón rebelde de la frente y abrazarlo.

—No te culpas por no haber estado, ¿verdad?

Él alzó la vista. Sonrió con amargura.

—No. Ni siquiera yo soy tan vanidoso como para creer que habría podido detener el incendio. Probablemente habría muerto con ellos. Pero… uno siente algo parecido a la culpa. A la responsabilidad. Ahora es mi deber llevar a esos rebeldes ante la justicia. Se lo debo a los muertos, pero también a los vivos. Sus vidas no volverán a ser las mismas.

A lo lejos, una gran mansión isabelina surgió más allá de un parque cuidado con esmero. El carruaje pasó ante las verjas y siguió por un camino lateral.

—Ese incendio también cambió tu vida —dijo Victoria en voz baja—. Ahora eres duque. Qué extraño es el destino.

Él frunció el ceño.

—No fue el destino. Fue algo muy humano.

—Y estás decidido a que se haga justicia. Lo entiendo. —Respiró hondo—. Del mismo modo, debes comprender que mi hermano no ha hecho nada que justifique su encarcelamiento por sedición. Nunca ha aprobado la violencia. Jamás. Si supieras…

La voz se le quebró y se obligó a serenarse.

—Pronto será libre. Te doy mi palabra.

Rutherford hablaba con seguridad, pero ella conocía a Gideon.

—Esos… métodos de persuasión de los que hablaste…

Él giró la cabeza y la miró. El calor le subió al rostro. Esas manos. Esas manos grandes y devastadoras.

—Me refería a tus métodos con mi hermano. No veo cómo pueden ser más eficaces que su sentido de la justicia.

Él la observó con escepticismo, así que ella insistió:

—Mi hermano es un santo. Preferiría subir al cadalso antes que traicionar a otro hombre. Tiene la convicción de un mártir. No lo convencerás.

Rutherford la miró largo rato.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, llevándose la mano a la cara —. ¿Tengo algo en la nariz?

—No. Estaba decidiendo cuándo eres más hermosa.

Señaló con el dedo.

—Cuando frunces así el ceño… o cuando tus labios se curvan en esa sonrisa pensativa.

Le acarició la mandíbula y rozó su boca con el pulgar.

—Encantadora.

Victoria quedó inmóvil, sin aliento.

—Te he hecho una pregunta, Rutherford.

—¿Sí? —se inclinó hacia ella—. ¿Cuál era? Se me ha olvidado.

Cerró los ojos al sentir su aliento cálido rozándole los labios. Un segundo después, él la besó.

No fue un beso delicado, sino carnal, exigente, igual de arrollador que la noche anterior. Un beso de un hombre que tomaba lo que deseaba.

Ella apoyó las manos en su pecho y se aferró a sus solapas, dejándose caer contra los cojines, atrayéndolo hacia sí. Le devolvió el beso con una hambre feroz, desconocida incluso para ella.

Y, oh, ¿no había estado hambrienta durante años?

—¿Una torre? —Victoria miró la estructura almenada junto al granero—. ¿Vas a encerrarme en una torre?

—Por tu seguridad. Vamos.

Rutherford la tomó del codo y la condujo hasta una puerta maciza. La abrió y entraron en una estancia circular con una escalera de caracol. Subieron hasta una habitación ricamente decorada, con tapices rojos, alfombras y una gran cama con dosel.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Victoria.

—Tu alojamiento durante los próximos días.

—¿Sola?

—Parte del tiempo —sonrió él—. Pero creo que sabré mantenerte razonablemente entretenida.

Un escalofrío de anticipación la recorrió. Él lo notó.

—Libros —añadió con fingida inocencia.

—¿Libros?

—Y agujas e hilo, por si quieres coser.

—Es más probable que te saque los ojos con la aguja.

—También podrás ejercitarte en el granero.

Su sonrisa delató que se divertía.

—Volveré enseguida —dijo, señalando los libros—. Entretenimiento.

Se tocó un sombrero imaginario y desapareció por la trampilla.

Dejó a Silas vigilando la torre y cruzó los jardines hacia la casa. Apenas entró, oyó una discusión.

—¡No lo aceptaré!

—¡Y lo aceptarás!

Xander reconoció de inmediato las voces de Romney y Clarissa. Entró en el salón justo cuando Fanny, muy embarazada, irrumpía seguida de su marido.

—¡Xander! —exclamó Fanny, encantada—. Qué alegría verte.

Clarissa sonrió, pero había tensión en su rostro.

Romney le ofreció una copa.

—Menos mal que has llegado. Quería redecorar la casa. Inmediatamente.

—He traído a una invitada —dijo Xander—. Se alojará en la torre.

—¿La has secuestrado? —preguntó Romney.

—Está aquí por su protección. Alguien intenta matarla.

Clarissa ahogó un grito.

—¡Qué emocionante! —dijo Fanny.

—Tú no te acercarás a la torre —ordenó Romney.

—Tiene razón —intervino Clarissa—. No podrías subir las escaleras.

—¿Y si ella viene a vernos?

—No —negó Xander—. Clarissa, ¿podemos hablar?

En la biblioteca, Clarissa abrió un arcón y sacó el diario y la traducción.

—¿Cómo piensas usar esto? —preguntó con dureza.

—Es asunto del Gobierno.

—No sabes lo que hay aquí, ¿verdad?

—No exactamente.

—¿Sabes quién lo escribió?

—No.

—Dámelos.

Clarissa se los arrojó y salió sin mirar atrás.

Xander se quedó solo, con los papeles en la mano. Suspiró y se sentó a leer.

Capítulo 11

Clarissa se acercó a la torre con cautela, asegurándose de que nadie la observaba.

Se detuvo en seco al entrar. Silas estaba sentado al pie de la escalera de caracol, royendo un hueso de pollo.

—Lady Clarissa —dijo, enderezándose con torpeza e intentando ocultar el muslo tras él.

—Sigue comiendo, Silas —respondió ella con una sonrisa—. He venido a conocer a la señora que se aloja arriba. Mi hermano me ha pedido que me asegure de que se encuentra cómoda.

No solía mentir, pero cuando la causa lo merecía sabía ser extraordinariamente convincente.

Asintiendo, pasó junto a él sin darle tiempo a protestar.

Empujar la pesada trampilla resultó más difícil de lo esperado. Tras varios intentos, logró alzarla. Asomó la cabeza y se encontró con una mujer de pie sobre ella, empuñando un alfiler con gesto defensivo.

—Oh, por favor, no me atraviese con su alfiler de sombrero —rió Clarissa mientras trepaba y se incorporaba—. Le aseguro que soy completamente inofensiva.

La mujer la observó con recelo, pero acabó dejando el alfiler sobre una mesita auxiliar. Parecía alterada, con el cabello suelto y el pecho subiendo y bajando como tras un susto reciente.

—Espero no haberla asustado. Soy Clarissa, la hermana de Rutherford.

Tardó un momento en relajarse.

—Lady Victoria Ashbourne —respondió, devolviéndole la sonrisa—. Por favor, llámeme Victoria. Siéntese. Estoy encantada de conocerla, aunque no puedo imaginar qué debe pensar de mí al verme aquí.

Clarissa tomó la silla que le ofrecía.

—Mi hermano solo me ha dicho que su vida corre peligro. Por ahora, eso es suficiente.

Victoria hizo una mueca irónica.

—Es cierto, aunque suena muy melodramático dicho así.

Algo en sus modales, quizá su humor, hizo que Clarissa se sintiera casi segura de que aquella mujer era la autora del diario. De repente, nerviosa, se apresuró a hablar.

—No quiero entretenerla. Solo quería comprobar si necesitaba algo para estar más cómoda. ¿Tiene hambre? Puedo enviarle una cesta. Y libros… ¿le gusta leer? Si va a quedarse aquí un tiempo, puedo traerle algunos. Yo…

Leyendo tu diario sentí que estaba leyendo mi propia vida.

No. Eso no podía decirlo. Se quedó de pie, con un extraño anhelo de conexión oprimiéndole el pecho. Quería hablar con ella, preguntarle tantas cosas… pero la intimidad no se forzaba, y mucho menos en un primer encuentro. Jamás revelaría que había leído su diario. Sería una invasión intolerable.

Victoria sonrió.

—Eres muy amable. La verdad es que tengo hambre, y sí, me encantaría leer algo. —Miró los tomos serios sobre la mesa—. ¿Tienes alguna novela? Me gustan mucho.

—Oh, sí. Mi prima Fanny tiene montones. Es bastante adicta.

—Ahora mismo me siento un poco como la heroína de una novela —dijo Victoria con una mueca—. O como una doncella de cuento. La princesa en la torre.

Y realmente se le parecía, con aquella nariz ligeramente respingona y los grandes ojos color avellana.

—Supongo que Xander te ha traído aquí porque esta torre es fácil de defender —comentó Clarissa.

—Me gustaría poder defenderme sola —respondió Victoria, frunciendo el ceño—. Tu hermano no quiere enseñarme. Cree que es mi único protector, que no necesito aprender nada. Pero mira…

Para sorpresa y horror de Clarissa, Victoria se desató el pañuelo del cuello y dejó al descubierto unos moretones amarillentos que se oscurecían como un collar tosco sobre su piel blanca.

—Alguien intentó estrangularme.

Clarissa se dejó caer en una silla, llevándose los dedos a la garganta.

—¿Quién? —logró preguntar.

Victoria se encogió de hombros.

—Tu suposición es tan buena como la mía. Aunque, en realidad, he molestado a alguien del Gobierno.

Clarissa jadeó.

—No puedo creer que en una sociedad civilizada el Gobierno pueda matar a una dama por haberles incomodado.

Victoria suspiró.

—En realidad, he hecho algo peor. Mi hermano está en prisión porque se niega a decir dónde se esconden unos presuntos pirómanos. Es un simple vicario rural, no supone ningún peligro.

—¿En prisión? —murmuró Clarissa—. Qué horror.

¿Pirómanos? ¿El incendio de Rutherford? Comprendió entonces la desesperación de Victoria, y también la obstinación de su hermano.

—Con las nuevas leyes, no necesitan juzgarlo —continuó Victoria—. Pueden retenerlo indefinidamente. Por eso estaba

desesperada. He amenazado con denunciar a ciertos miembros del Parlamento si no lo liberan.

Qué valentía. Clarissa la miró con admiración.

—Eres muy valiente. Ojalá tuviera la mitad de tu coraje.

Victoria se estremeció.

—Y, aun así, aquí me siento más vulnerable. Como un blanco fácil.

Clarissa se levantó con determinación.

—Xander no te fallará. Tiene experiencia, y que yo sepa, nadie lo ha vencido aún. Volveré con comida y libros.



Después de leer una sola página del diario, Xander sintió que la sangre se le iba de la cabeza. ¿Eran aquellos los pensamientos de la virtuosa Lady Victoria?

Siguió leyendo, cegado por una furia confusa. Ese amante misterioso… ¿quién era? Siempre había creído que Victoria había sido fiel a su marido, pero aquellas páginas parecían desmentirlo.

Pasó hasta el final. Las entradas eran irregulares, abarcaban años y se interrumpían meses atrás. ¿Había empezado otro diario? ¿O había despedido a su amante?

Dejó caer los papeles sobre su regazo y apoyó la cabeza en el respaldo, respirando hondo. Lujuria y celos lo desgarraban por igual.

No podía ser el diario al que ella se había referido, el que contenía secretos del Gobierno. Repasó mentalmente al gabinete. Ninguno encajaba en ese papel.

Y, aun así, necesitaba seguir leyendo. Sabía que era una violación imperdonable, que ella jamás lo perdonaría si lo descubría. Pero tenía que saberlo.

Pasó la página.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe.

—Por Dios, algún día estrangularé a esa mocosa.

Romney irrumpió directo hacia la bandeja de bebidas.

Xander dio la vuelta a los papeles y los ocultó en su regazo, maldiciendo. Debería haber buscado intimidad.

—¿Quieres un poco? —gruñó Romney.

—Por favor.

Romney le pasó la copa sin notar que la mano de Xander temblaba.

—¿Qué ha hecho Fanny ahora? —preguntó Xander con resignación.

—Quiere volver a la ciudad —gruñó Romney—. Dice que se aburre. ¡Acabamos de llegar!

Xander hizo ruidos comprensivos.

—Estoy seguro de que entrará en razón.

Intentó levantarse, pero Romney suspiró.

—Mi madre murió al dar a luz, ya lo sabes.

Xander se recostó de nuevo.

—Fanny está sana. No hay motivo para temer.

—No voy a correr riesgos —sentenció Romney—. Le he ordenado que se quede.

—¿Y ha funcionado?

—Está haciendo las maletas ahora mismo.

Xander alzó una ceja.

—Entonces tendrás que practicar la diplomacia. Pídeselo. Dile que te preocupa su salud.

Romney se puso lívido.

—¿Pedirle?

—Incluso suplicarle.

—¿Estás loco?

—¿Qué es más importante? ¿Tu orgullo o su bienestar?

Romney apuró el brandy.

—Maldita sea… nunca pensé que recibiría consejos matrimoniales de ti.

—Soy mejor aconsejando a otros que a mí mismo.

Romney salió decidido.

En cuanto la puerta se cerró, Xander giró la llave y volvió a sentarse. Bebió otro trago y retomó la lectura.

Al terminar, comprendió dos cosas. La primera: el amante misterioso era fruto de la imaginación de Victoria. La segunda: la deseaba con una intensidad casi insoportable.

Se sintió aliviado. Las fantasías viajaban de Londres a Venecia en una noche. Ningún hombre real podía ser así.

Aquella mezcla de inocencia y audacia lo volvía loco.

Xander apuró el último sorbo de brandy. El mundo sensual de Lady Victoria lo había absorbido de tal manera que había dejado la copa intacta junto a su codo durante un buen rato.

Se frotó los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. El cielo ya se había oscurecido, pero estaba tan concentrado que ni siquiera había encendido una lámpara. ¿Cuánto tiempo llevaba allí sentado?

La imagen de Lady Victoria acudió a su mente. Estaba arriba, en la torre. Tenía que ir a verla, aunque solo fuera porque estaría hambrienta y aburrida, preguntándose dónde demonios se había metido.

Salió de la biblioteca a grandes zancadas, con el diario y la traducción de Clarissa en la mano. Clarissa. Ahora comprendía su reacción. Aquella tarea debía de haberla horrorizado.

Xander gimió en voz baja. Tenía que hablar con ella, disculparse por haberla obligado a traducir un texto que ninguna mujer respetable debería leer. La incomodidad de esa conversación bastaba para tensarle los hombros, pero no podía eludirla.

Subió a su dormitorio para ocultar el diario y la traducción. Rogó poder devolver el cuaderno a la casa de Lady Victoria antes de que ella advirtiera su desaparición. Se sentiría profundamente humillada si supiera que él lo había leído.

Por mucho que se lo repitiera, sabía que conservaría la traducción. Debería quemarla. Un caballero no la habría leído jamás. Pero él nunca había pretendido serlo.

Salió por una puerta lateral rumbo a la torre. Ojalá hubiera una fuente cercana donde pudiera sumergirse y apagar el ardor que le recorría el cuerpo. Necesitaba serenarse antes de verla, recuperar el control. Según aquel diario, a Lady Victoria le gustaban los hombres suaves, atentos, gentiles. Él no era nada de eso.

Había sido brusco la noche anterior. Se estremeció al recordarla contra la pared, cuando tenían una cama a su disposición. Debería haber sido paciente, delicado, sobre todo después del ataque que había sufrido.

Una oleada de ira y un deseo feroz de protegerla lo sacudieron. Sí, había estado furioso, consigo mismo, y lo había descargado de la peor manera. Esperaba no haberla llenado de repugnancia.

Recordó los besos de la mañana. Ella no había parecido ofendida, pero Lady Victoria era experta en ocultar lo que sentía. Lo demostraba el férreo autocontrol que había mantenido incluso tras el atentado contra su vida.

Una luz brillaba en la torre. Miró hacia la ventana, esperando verla allí, soñadora, aguardando a su amante imaginario.

Al pie de la escalera, Silas tallaba un trozo de madera.

—Ve a cenar y descansa, Silas. Vuelve por la mañana.

Silas asintió, sin bromas fuera de lugar, señal de respeto.

—Tiene razón, jefe. Lady Clarissa estuvo aquí antes, hablando con su señoría. No vi inconveniente en dejarla subir.

—Ninguno en absoluto —respondió Xander.

No podía imaginar que su hermana hubiera mencionado el diario. ¿Habría adivinado ya quién lo había escrito?

Silas se marchó y Xander continuó ascendiendo por la escalera de caracol. La expectación crecía con cada paso. Esta vez lo haría mejor.

Empujó la trampilla y subió el último tramo. Un presentimiento le erizó la piel. Al instante siguiente, algo duro le golpeó en la cabeza.

Se agachó y se lanzó al interior, forcejeando con su atacante. Tardó un segundo en darse cuenta de que tenía curvas suaves y un cuerpo fragante.

—¡Soy yo, Rutherford! —gruñó.

—¡Ya lo sé! —replicó ella, golpeándolo con rabia—. ¿Cómo te atreves a asustarme así?

Sorprendido, la soltó. Ella lanzó un puñetazo que falló.

Xander dejó de protegerse, conteniendo la risa mientras ella descargaba su frustración contra su estómago.

—¡Estoy harta! —exclamó—. ¡De ser una víctima! ¡No quiero seguir encerrada en una torre como la heroína de una novela estúpida!

Le agarró el chaleco y lo fulminó con la mirada.

—Dame una pistola.

—No sabes disparar.

—¡No me importa! Enséñame. Aquí no hay nada más que hacer. Enséñame a luchar y dejaré de sentirme tan… tan malditamente indefensa.

Se apartó para cerrar la trampilla de una patada.

—Estoy aquí para protegerte. No hay necesidad…

Un objeto —un orinal, sospechó— pasó silbando junto a su cabeza y se estrelló contra la pared.

—¡No! —gritó ella—. Me niego a ser un blanco fácil mientras tú me acaricias la cabeza y decides por mí.

La diatriba estalló con furia contenida. Los ojos color brandy lanzaban chispas.

Xander perdió la paciencia. La idea de que ella pudiera defenderse de un asesino profesional era absurda. ¿Era su manera de castigarlo por lo ocurrido en el baño?

Había tenido suficiente.

La sujetó por las muñecas, la atrajo hacia sí y la calló del único modo que conocía.



La boca de Rutherford se apoderó de la suya hasta que las palabras se disolvieron y el pensamiento dejó de existir. La furia de Victoria se derritió en un calor líquido que descendió por su cuerpo, excitante e imparable.

Apenas podía respirar, pero se abandonó al beso. Sus brazos la rodeaban, fuertes y protectores. Él era todo lo que ella no era: grande, duro, inquebrantable.

Suspiró y se dejó llevar. Cuando él la alzó y la llevó a la cama, no opuso resistencia.

Urgente, impaciente, la recostó y se inclinó sobre ella, deshaciendo botones con torpeza. Los botones cedieron y su mano cubrió su pecho. El placer fue inmediato.

Gruñó al encontrar el corsé atado por la espalda. Sin esperar más, bajó la cabeza y la hizo gemir, arrancándole un sonido que la

estremeció por dentro.

—Por favor… —susurró, incapaz de decir más.

Él no la torturó esta vez. Se despojó de lo que estorbaba y se colocó. Con una sola embestida, la llenó. El suspiro que escapó de ella fue de alivio y deseo.

Ella se aferró a sus hombros.

—No puedo ir despacio…

—Te compensaré —murmuró él.

Sus cuerpos encontraron un ritmo feroz. La fricción la llevó al límite y, cuando se deshizo, él la siguió con un gemido áspero.

Se apartó apenas a tiempo y la sostuvo cuando las piernas le fallaron. Victoria lo miró, sin palabras.

Xander rió con incredulidad y fue a buscar una toalla. Volvió y la limpió con cuidado. Ella intentó hacerlo sola, pero la mano le cayó inerte.

—Será mejor que duermas —dijo.

La llevó de nuevo a la cama y la acomodó con delicadeza. Evitó besarla; un solo roce y perdería el control.

—Descansa. Saldremos temprano.

Se obligó a marcharse.

Capítulo 12

Clarissa despidió a su doncella y se sentó ante el tocador. Miró fijamente su reflejo, como si pudiera encontrar allí los secretos de su alma.

Antes de que aquel diario entrara en su vida, no estaba satisfecha ni contenta, pero lo soportaba. Mantenía la compostura y, aunque por dentro le dolía lo que nunca podría tener, no permitía que ese pesar se reflejara en su actitud alegre.

Cuando lo leyó, sin embargo, todo se volvió tan real y tan verdadero que la fachada cuidadosamente construida empezó a agrietarse como yeso viejo. Y cada vez que Villiers aparecía, otra parte de su apariencia se desmoronaba.

¿Qué quería de ella? ¿Por qué insistía en atormentarla cuando debía saber que no había esperanza alguna si continuaba con su estilo de vida? ¿Cómo lograr que la dejara en paz?

Un movimiento en el espejo captó su atención. Jadeó, pero antes de que pudiera girarse, unas grandes manos enguantadas se posaron sobre sus hombros y la inmovilizaron.

—Dije que te seguiría.

Le tembló la mano al llevársela a la garganta. En el espejo se encontró con aquellos ojos oscuros.

¿Cómo has…? No. No tenía sentido preguntarle cómo había entrado en su dormitorio. Villiers se movía como el viento. Ninguna puerta cerrada podía detenerlo.

Al menos aquella vez no había montado una escena. Si Xander se enteraba…

—¿Por qué has tardado tanto? —logró decir.

Él soltó una risa y le apretó los hombros con brusquedad.

—Esa es mi chica. Tenía asuntos que atender; si no, te habría seguido de cerca. ¿Me permites?

Acercó una silla y se sentó a horcajadas, justo detrás de ella y un poco a la derecha. Clarissa lo observó en el espejo. Sus ojos oscuros brillaban a la luz de las velas, con una expresión casi maníaca bajo aquellas cejas negras y diabólicas. Los pelos de la nuca se le erizaron. Su respiración se aceleró, aunque, después de

aquella primera caricia, él no había vuelto a tocarla. Cogió un tarro de crema fría y lo apretó con fuerza, intentando tranquilizarse.

Villiers sacó un fajo de papeles del chaleco. Ella abrió mucho los ojos al reconocer la letra. El diario.

No debería haberlo hecho, pero no había podido resistirse a hacer una copia de la traducción para sí misma.

—¡Oh, Dios! —se atragantó.

—Sí, creo que debes explicarme esto, querida —ronroneó Villiers, arrojando las páginas sobre el tocador con un gesto que mezclaba desdén y furia contenida—. No lo he leído todo. Para ser sincero, algunas partes me han revuelto el estómago. Tu prosa es demasiado florida para mi gusto, pero he captado la idea general.

Él pensaba que lo había escrito ella. Que los encuentros del diario eran reales.

—¡No! No lo entiendes…

Villiers se inclinó hacia delante y la giró, agarrándola por los hombros. Nunca le había tenido miedo, pero ahora veía al asesino entrenado, despojado de todo su refinamiento aristocrático.

—Su nombre, por favor.

Ella luchó por armarse de valor.

—¿Para poder desafiarlo?

—Para poder matarlo. Muy lentamente.

Villiers mostró sus dientes blancos.

—Si yo no puedo tenerte, que me condenen si un bastardo de labia fácil y polla flácida va a tenerte. ¡Por Dios, mujer! ¿No tienes criterio?

No podía decirle que era el diario de Victoria, pero ¿cómo admitir que había escrito aquellas cosas? Ojalá no hubiera cedido a la debilidad de hacer esa copia.

—Suéltame.

Se apartó de él.

—El hombre del diario es imaginario. Me lo inventé. Si no eres capaz de verlo, es que no tienes cerebro, idiota.

Villiers frunció el ceño.

—Tú…

Una luz iluminó sus rasgos diabólicos y esbozó una sonrisa.

—¿Por qué?

Ella lo miró fijamente, preguntándose si él podría entender alguna vez por qué una mujer tejería esas fantasías. Los hombres eran tan libres.
Porque necesito a alguien. Porque a veces me siento tan sola que creo que voy a marchitarme y morir. Porque, por mucho que me desees, nunca te quedarás.

—No sé por qué —dijo al fin.

Recogió las páginas y las arrugó entre sus manos, deseando tener fuego para quemarlas.

—Estaba loca, creo.

Mientras las estrujaba, sintió frío. Y una soledad más profunda que nunca.

—Ven aquí.

Ella tragó saliva.

—No.

La voz de él se volvió más grave.

—No me digas que no me deseas. Todos estos años…

Nunca había entendido por qué él todavía la deseaba, por qué la buscaba una y otra vez. No era ninguna belleza. En cambio, él lo tenía todo: atractivo, fortuna, posición. Podía tener a cualquier mujer que quisiera. ¿Por qué seguía volviendo a ella?

—Sabes que no puedo —se le quebró la voz—. Sabes por qué. Y es culpa tuya. Está en tu mano cambiar, pero no lo haces. ¡Y luego me acosas así! No puedo soportarlo más, Marcus. Si te importara lo más mínimo, no…

La levantó de la silla, la rodeó con los brazos y aplastó su boca contra la suya. Su cuerpo, su mente, su alma volaron hacia él al instante. No era prudente; era todo lo que había jurado no volver a hacer. Nunca volvería a mostrarse vulnerable ante él.

Clarissa giró la cabeza hacia un lado, jadeando como si hubiera corrido un kilómetro y medio. Villiers hundió el rostro en su cabello, besándole el cuello, seduciéndola de todas las formas posibles.

—No —susurró ella.

Luego alzó la voz.

—¡No!

Y le dio un fuerte empujón. Todo su cuerpo clamaba por el deseo, pero no podía permitir que se acercara después de haber mantenido la distancia con tanto esfuerzo. No podía dejar que la amara sabiendo que, al final, solo habría despedidas.

—¿Por qué me haces esto? —gritó—. ¿Qué quieres de mí?

Una mirada de desconcierto se apoderó de su rostro. Luego se dio la vuelta y se pasó la mano por el cabello.

—No lo sé.

Con el pecho agitado, la miró como un hombre hambriento mira un festín.

—Solo sé que te deseo.

Su corazón se había roto tantas veces que una fisura más se abrió paso en su interior.

—Pero no lo suficiente —susurró.

Apretó las manos, tratando de calmar el temblor de su voz.

—Si te importo lo más mínimo, te mantendrás alejado.

Él soltó una risa desagradable.

—Oh, me importas. Y encontraré la manera de tenerte, querida. Puedes contar con ello.

Ella lo miró fijamente, reuniendo todas sus fuerzas.

—Vete —murmuró—. Tus promesas vacías no tienen ningún peso para mí.

El dolor se reflejó en su rostro, tan rápido que ella podría haberlo imaginado.

—Puede que hayamos tomado caminos separados, pero nunca renuncié al derecho de velar por ti.

La señaló.

—Recuérdalo.

Se dio la vuelta y salió por la ventana, tan silenciosamente como había llegado.

Clarissa se estremeció. Que Villiers la vigilara era mucho más peligroso que cualquier otra amenaza imaginable.

Pero había ganado aquella batalla. Al menos, por ahora, él se había ido.



Xander miró fijamente los restos de su jarra. Era tarde. No se molestó en buscar el reloj; a juzgar por lo mucho que había bebido, debía de ser casi medianoche.

Tenía la suerte de poseer una cabeza muy dura, pero era hora de volver y relevar a Silas. Después del desastre con Lady Victoria,

ansiaba algo más fuerte, pero se había quedado con la cerveza. Un hombre necesitaba la mente despejada cuando Lady Victoria estaba cerca.

Además de sus encantos más evidentes, lo que más admiraba de ella era su ingenio, su aplomo, ese valor desesperado que la había llevado a chantajear para defender a su hermano.

Y ahora que alguien había atentado contra su vida, ¿se acobardaba en un rincón? Ella no. Casi le había aplastado la cabeza con un orinal e insistía en aprender a defenderse. Tal vez hubiera algunas cosas que él pudiera enseñarle si eso la hacía sentirse más segura.

Su mente se ensombreció. ¿Y si ella se negaba a hablarle después de lo ocurrido? No había sido una violación. No dijo que no ni intentó detenerlo en ningún momento. No estaba tan perdido como para no distinguir entre una mujer dispuesta y otra que no lo deseaba. Pero…

De pronto, el silencio se extendió por la taberna. Xander levantó la vista. Villiers estaba de pie en la puerta, observándolo con una sonrisa cínica en los labios.

Los clientes reanudaron la conversación, aunque en susurros, lo que probablemente significaba que cotilleaban sobre el recién llegado. Aparentemente ajeno al revuelo, Villiers pidió una jarra de cerveza casera y se acercó a la mesa de Xander.

—Buenas noches, Su Excelencia —saludó con tono severo—. No sabía que estabas por aquí.

—¿O tal vez te habrías mantenido alejado? —replicó Xander, arqueando las cejas—. Por casualidad, ¿no estarás siguiéndome?

Villiers se sentó de lado, con el antebrazo apoyado en la mesa y las piernas enfundadas en botas negras, estiradas y cruzadas por los tobillos. Parecía relajado, pero observaba la sala con ese instinto que compartían todos, atento a cualquier problema, trazando rutas de salida.

—¿Por qué iba a hacerlo, viejo amigo? Tengo plena confianza en ti.

Hizo una pausa.

—Quizá te interese saber que el abogado de Lady Victoria ha estado haciendo ruido en el Ministerio del Interior por su desaparición.

Xander se enderezó.

—¡No me digas!

—Oh, no te preocupes. Me aseguré de que le contaran la historia de la tía enferma. Dudo que se la crea, pero ha comprendido que no le conviene armar un escándalo que perjudique la reputación de la dama.

Villiers dio un sorbo a su cerveza.

—¿Has avanzado en las obras literarias de Lady Victoria?

El brusco cambio de tema sorprendió a Xander. Estuvo a punto de reaccionar, pero recordó a qué obras se refería. Villiers no podía tener la menor idea de las fantasías eróticas que lo habían atormentado desde que las leyó aquella tarde.

Reunió todo su ingenio. Tenía que despistarlo.

—¿Estás tan seguro de que esas memorias existen? Tal vez lo haya inventado todo.

—He leído el primer capítulo —replicó Villiers.

—Sí, pero quizá no haya más —insistió Xander—. ¿Qué había exactamente en ese primer capítulo?

Villiers hizo un gesto vago con la mano.

—Todo era bastante etéreo. Nada perjudicial en sí mismo. Sobre todo insinuaciones y alusiones a lo que estaba por venir. Las instrucciones de la señora eran publicarlo en caso de su desaparición o fallecimiento, pero como yo tengo la única copia y tú tienes a la señora, por el momento estamos a salvo.

—¿Tienes alguna idea de lo que podemos esperar cuando se publique el resto?

Villiers dio otro sorbo a su cerveza.

—Leyendo entre líneas, diría que Lady Victoria sabe muchas cosas capaces de poner nerviosos a nuestros estimados miembros del Parlamento. No había indicios claros de una gran revelación, aunque podría equivocarme.

Clavó los ojos en Xander.

—Quiero esas memorias. Es hora de que Harcourt se retire.

Frunció el ceño.

—Estoy pensando en dejar el trabajo de campo.

—Dios mío, ¿podrías sobrevivir? —se burló Xander.

—Como jefe de operaciones, supongo que sí —respondió Villiers, mirando al frente con aire pensativo.

Arqueó una ceja.

—¿Nunca deseaste sentar cabeza mientras estabas en el servicio, Rutherford?

—¿A qué? ¿Al matrimonio? —respondió Xander, encogiéndose de hombros—. Nuestro trabajo no es compatible con la felicidad conyugal. Nunca me ha tentado, la verdad.

—Pero ahora eres libre de hacer lo que desees. Eres duque. Puedes tener a cualquier mujer que quieras.

Xander pensó en Lady Victoria.

—Pero las cosas nunca son tan sencillas, ¿verdad?

Los rasgos de Villiers se endurecieron y su mirada diabólica se intensificó mientras se quitaba una pelusa de la manga.

—No, querido amigo. No lo son.

Victoria se presionó las sienes con los dedos para aliviar un dolor de cabeza incipiente. Quería decirle a Rutherford que la dejara en paz, pero si él se negaba a irse, no ganaría aquella pelea. Era mejor conservar la dignidad, si era posible.

Así que se arrastró fuera de la cama y se arregló el vestido lo mejor que pudo.

—Adelante.

La débil esperanza de que su visitante fuera Lady Clarissa, o incluso el taciturno sirviente de Rutherford, se desvaneció cuando aquella familiar cabeza morena asomó por la trampilla.

Él arqueó una ceja, con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Esta vez no hay proyectiles?

—Bueno, tú has llamado a la puerta —intentó mantener un tono ligero y educado—. ¿Te has dejado algo?

Él la miró fijamente durante un largo momento.

—Así que así serán las cosas entre nosotros.

Ella apartó la mirada y acarició el poste de la cama.

—¿De qué otra manera podría ser?

Él exhaló un suspiro agudo. Ella sabía que quería sacudirla hasta hacerle castañear los dientes y lo peor era que ella anhelaba sentir sus manos sobre ella, con ira o con pasión, de cualquier forma que él eligiera.

Con los labios apretados, dijo:

—Tengo que ir a Londres unos días.

Victoria dejó escapar un resoplido burlón. *Está huyendo. Típico de un hombre.*

—¿Y dejarme desprotegida?

Dejó que un leve sarcasmo impregnara su voz. Se negó a traicionar su miedo.

Él miró los fragmentos de porcelana aún esparcidos por el suelo y esbozó una sonrisa leve.

—Tendrás que mejorar tu puntería, ¿no? Pero no te preocupes. Silas te protegerá, y también está mi primo Romney. Esta es su casa. Volveré lo antes posible.

Ella se humedeció los labios.

—Podría ir contigo. Podría ser útil.

—Serías un estorbo —respondió sin rodeos—. Y quiero que hagas algo por mí mientras estoy fuera. Piensa en quién podría querer matarte. ¿Qué ibas a escribir en esas memorias tuyas?

—Nadie más que tú sabe lo de las memorias. ¿Cómo podría ser ese el motivo?

Él dudó.

—Me temo que no es así. Dijiste que te aseguraste de tener un seguro por si te pasaba algo. Un antiguo colega mío del Ministerio del Interior visitó a tu abogado.

—Oh, no —susurró ella—. ¿No le habrá hecho daño al pobre señor Crouch?

—No. Pero puedes estar segura de que el Ministerio del Interior ha leído el primer capítulo de tus memorias y sabe todo sobre tu pequeño plan.

Victoria se quedó helada.

—No puedo pensar ahora —dijo, presionándose las sienes—. Tendré que repasar todo en mi mente.

—¿Y tu diario? ¿Puedo traértelo cuando vaya a Londres?

Victoria dudó.

—No hay ningún diario. Me lo inventé.

Él la escrutó un instante y luego asintió.

—Me lo imaginaba. Aun así, piensa en ello. ¿Qué es lo más perjudicial que sabes sobre alguien en una posición de poder?

—Nunca se sabe de lo que es capaz alguien hasta que se ve obligado a hacerlo —concluyó—. Déjame juzgar eso a mí.

Capítulo 13

Atrapado en un carruaje con Barnaby, de camino a Londres, Xander había estado disfrutando de un agradable sueño despierto en el que Victoria aparecía en diversos estados de desnudez. A regañadientes, devolvió la mente al presente y abrió un ojo. Había dejado de pedirle al chico que dejara de llamarlo Su Excelencia, así que respondió:

—Sí, supongo que sí. Para mí, al menos.

Y no podría estar más feliz.

Iluminado por un magnífico amanecer, el rostro juvenil de Barnaby resplandecía y su cabello dorado formaba un halo brillante alrededor de su cabeza. Angelical. Por centésima vez, Xander se preguntó cómo sobreviviría Barnaby si continuaba en aquel trabajo. ¿No veía Harcourt que el chico era demasiado delicado?

—Yo también siento la necesidad de un cambio —comentó Barnaby con aparente indiferencia—. Quizá podría aceptar un puesto como secretario de un gran hombre.

—¿Ah, sí? —Xander se inclinó hacia delante y volvió a cerrar los ojos. Adivinó lo que iba a pasar. No parecía haber forma diplomática de evitarlo.

—Quizá incluso podría convertirme en mayordomo.

Xander no abrió los ojos, pero percibió la intensidad de la mirada de Barnaby.

Quiere que le ofrezca algo. Pero no lo haría. El chico necesitaba valerse por sí mismo. Vivir a la sombra de Xander no era bueno para él, y ninguna de las sutiles insinuaciones que le había hecho a lo

largo de los años parecía haber surtido efecto. Una ruptura limpia era la única alternativa.

—¿Conoce usted algún puesto así, Su Excelencia?

—No, en este momento no —respondió—, pero dame tiempo para preguntar. Quizá pueda encontrarte algo.

Añadió con delicadeza:

—Con uno de mis amigos.

Se oyó un grito ahogado al otro lado del carruaje. Xander miró a Barnaby por debajo del ala del sombrero sin que pareciera hacerlo. Antes, el rostro del chico estaba sonrojado, con un rubor rosado en ambas mejillas; ahora estaba pálido hasta los labios. Sus sorprendentes ojos azules ardían de dolor.

La imagen sacudió a Xander. A lo largo de los años, ciertos detalles de Barnaby le habían causado inquietud, pero últimamente su preocupación iba en aumento. Era natural que un joven sintiera admiración por su mentor, sobre todo cuando este lo había salvado de una existencia terrible. Pero aquella conversación era la primera prueba de hasta dónde habían llegado las cosas.

¿Cómo diablos voy a manejar esto?

No lo sabía. Solo tenía claro que debía andar con cuidado. Hasta encontrar la mejor forma de abordar el asunto, fingiría no haber notado la agonía salvaje reflejada en el rostro de Barnaby.

Lo mejor era cambiar de tema.

—Barnaby, me alegro de que hayamos tenido la oportunidad de hablar. Necesito que hagas algo por mí —dijo.

Le costó abrir los ojos y colocarse el sombrero en el ángulo correcto, permitiendo que Barnaby se recompusiera. Mirando por la ventana, añadió:

—Estrictamente hablando, no es un asunto oficial del Ministerio del Interior, pero espero que me ayudes como favor personal.

El chico tragó saliva con dificultad.

—Caminaría sobre brasas por usted, Su Excelencia. Ya lo sabe. ¿Qué quiere que haga?

Xander exhaló el aire que había estado conteniendo.

—Necesito saber quién contrató a un hombre para asesinar a Lady Victoria Ashbourne. Pregunta en todos los lugares habituales. Seven Dials es un buen sitio para empezar.

—¡Sí, señor! —El entusiasmo volvió a inundar la voz del chico —. Ah, ¿y Barnaby?

—¿Sí?

Xander lo miró fijamente.

—Sé discreto, ¿quieres? No quiero tener que sacar tu cadáver del Támesis.

El joven se sonrojó y murmuró algo, dando una patada al asiento delantero. Xander pasó por alto aquella reacción. Le inquietaba mucho más la anterior.

La sensación de desasosiego no desapareció cuando llegaron a Londres. Xander ordenó al cochero que se dirigiera directamente a Upper Wimpole Street y dejara a Barnaby en su alojamiento de camino.

Barnaby descendió y miró al interior del carruaje.

—Me pondré con esa tarea de inmediato, Su Excelencia.

—Gracias, pero dudo que encuentres a ninguno de los posibles sospechosos a estas horas. Empieza esta noche. Espero un informe a primera hora de mañana.

Golpeó el techo y Barnaby cerró apresuradamente la puerta antes de que el carruaje se pusiera en marcha.

Dejando el problema de Barnaby para más tarde, Xander pensó en su próxima entrevista con Gideon Cliffordm.

En un arrebato quijotesco, había ordenado que sacaran al vicario de la cárcel.

Cliffordm seguía bajo arresto, pero ahora se enfriaba los talones en un dormitorio de una casa privada, una prisión mucho más cómoda que el agujero infestado de ratas que había soportado en Newgate.

A pesar del valor y el indudable altruismo del hombre, Xander sentía poca simpatía por él. Cliffordm ocultaba el paradero de los renegados que habían perpetrado un crimen cobarde. Por lo que a Xander respectaba, el vicario podía pudrirse entre rejas. Solo había cedido por Victoria.

Xander enderezó los hombros, sacudiéndose una punzada de vergüenza.

Trasladar a Cliffordm tenía sentido. El entorno miserable de la prisión no había quebrado su determinación. Solo la noticia de que Victoria estaba bajo el control de Xander había conseguido que su hermano aceptara aquella reunión.

Subió las escaleras con paso rápido y saludó con la cabeza al guardia apostado frente a la puerta. Esperaba que Cliffordm estuviera agradecido por la clemencia recibida y lo bastante temeroso por su hermana como para hablar. Más le valía no estar perdiendo el tiempo.

Había dos hombres en la sala, sentados ante una mesa sencilla de madera, jugando a las cartas.

Una pareja mal avenida. Cliffordm, corpulento, de cabello rizado y revuelto, con modales rudos que desmentían su vocación. Al otro, Xander lo reconoció al instante. Weston, el villano larguirucho al que había aterrorizado en la terraza de Lady Victoria.

Frunció el ceño. Había permitido que Cliffordm tuviera un sirviente durante su encierro, pero no esperaba que Weston ocupara ese puesto.

Cliffordm levantó la vista y su expresión, generalmente benigna, se ensombreció. No se levantó, una clara falta de respeto.

—Su Excelencia. Qué honor tan inesperado.
Inclinó la cabeza hacia su compañero.

—Weston, puedes dejarnos solos.

Xander arqueó una ceja con sarcasmo mientras Weston salía arrastrando los pies.

—Qué extraña compañía tienes.

—¿Verdad? —respondió Cliffordm con amabilidad—. ¿No quieres sentarte?

Xander ocupó la silla de Weston y giró las cartas.

—Una mano ganadora.

—Sin duda. Hace trampas —replicó el vicario.

—Entonces, qué suerte que llegara justo a tiempo.

Cliffordm se encogió de hombros.

—No juego por dinero. Ganar o perder me da igual. Me resulta más interesante ver cuánto tardo en detectar el juego de manos.

Se inclinó hacia delante. Cualquiera que no fuera Xander se habría sentido intimidado por la amenaza implícita en su actitud.

—Pero basta de cortesías, Excelencia. Sé a qué ha venido y estoy dispuesto a dárselo. Por el bien de mi hermana.

Lo miró fijamente.

—Más le vale que esté ilesa, o podría olvidar que soy un hombre de Dios y darle una paliza.

Xander gruñó.

—Puedes intentarlo —replicó con sequedad—. Pero, para responder a tu pregunta, tu hermana ha sufrido daños, aunque no por mi culpa.

Las cejas rubias de Cliffordm se fruncieron.

—¿Daños? ¿Qué le ha pasado?

—Casi la estrangulan hasta matarla.

Esperó mientras Cliffordm exhalaba un suspiro horrorizado.

—Señor Cliffordm, le aseguro que encontraré al responsable y me ocuparé de él.

—¿Quiere decir que no lo sabe? —Cliffordm golpeó la mesa—. Mi hermana estaba a su cargo y usted la dejó…

Siguió despotricando, pero no dijo nada que Xander no se hubiera repetido mil veces. Cada vez que recordaba aquellas marcas en el cuello elegante de Victoria, deseaba destruir el mundo con sus propias manos.

Obsesionarse con la culpa era inútil. Tenía que sacar a Cliffordm de prisión y, con ello, eliminar la amenaza que pendía sobre Lady Victoria.

Cuando percibió que el vicario perdía fuelle, alzó la mano.

—Tu hermana intentó salvarte de la cárcel amenazando con chantajear al Gobierno.

—¿Qué? —Cliffordm se echó hacia atrás—. ¿Por qué haría algo así?

—Estaba desesperada por liberarte. No parecía creer que fueras a actuar para salvarte.

—No, y si esa pequeña tonta no hubiera interferido, no habría tenido que hacerlo —gruñó—. ¡Estrangulada!

Tragó saliva y alzó una mirada llena de horror.

—¿Y la has dejado sin protección para venir aquí?

—No está desprotegida —aseguró Xander—. Dime dónde se esconden Tucker y los demás y te dejaré ir. Así, tu hermana no tendrá motivos para chantajear al Gobierno y la amenaza desaparecerá.

El ceño de Cliffordm le daba el aspecto de un herrero malhumorado más que el de un vicario rural.

—Le supliqué que no se involucrara.

—Ella te ama —respondió Xander con serenidad—. Y no es el tipo de mujer que se queda de brazos cruzados mientras alguien a quien quiere se pudre en la cárcel.

Una oleada de orgullo por el valor y el ingenio de Victoria lo recorrió. A pesar de su apariencia frágil, era una luchadora.
Y, al conocer mejor a su hermano, comprendió que aquella cualidad era hereditaria.

Aun así, debía ganar aquella batalla.

—Has dicho que cooperarías. Dejemos de retorcernos las manos y vayamos al grano. ¿Dónde se esconden esos rebeldes?

Cliffordm parecía al borde de la desesperación.

—No tuvieron nada que ver con el incendio de Rutherford.

—Ya lo has dicho antes. ¿Por qué debería creerte?

—Porque soy un hombre de la Iglesia…

—Y alguien en mi línea de trabajo debe creer lo peor —interrumpió Xander con una leve sonrisa—. A menudo se demuestra que tenemos razón.

Observó al vicario con atención.

—Y me pregunto qué sabes tú de mi trabajo.

Cliffordm se encogió de hombros, pero el destello de su mirada hacia la puerta delató a Weston como posible informante.

Tras unos instantes, se levantó y comenzó a pasearse por la habitación. Se detuvo junto a la ventana.

—Están en las colinas. Te lo demostraré.

Sacó un papel del chaleco y lo lanzó sobre la mesa. Xander lo atrapó sin mirarlo y se lo guardó.

—¿Liberarás a Victoria ahora?

—La liberaré cuando encuentre a los rebeldes —respondió—. Lady Victoria es libre de marcharse. Aunque es muy posible que prefiera permanecer bajo mi protección. Si conoces mi antigua profesión, coincidirás en que soy la persona idónea.

—Salvo cuando dejaste que casi la mataran —replicó Cliffordm —. Salvo cuando la abandonaste para venir aquí. Y otra cosa…

Señaló a Xander con un dedo tembloroso.

—¿Qué has hecho para salvaguardar su reputación? ¿Ha estado sola contigo todo este tiempo?

Xander estuvo a punto de recurrir a la historia de la tía enferma, pero se contuvo. No se trataba solo de engañar a los chismosos. Había comprometido, literal y figuradamente, y de la forma más placentera, a Lady Victoria Ashbourne.

Una avalancha de emociones lo inundó, tan tumultuosas que durante un instante fue incapaz de hablar.

¿Cómo había pasado por alto las consecuencias prácticas de aquellos dos encuentros rápidos y furiosos?

¿Porque la amenaza de muerte había hecho que olvidara las normas sociales?

¿Porque estaba demasiado absorto en su tacto y su aroma?

¿O porque, una vez más, había faltado al respeto a una dama de buena cuna de forma imperdonable?

El matrimonio —murmuró—. *El matrimonio. Es lo único que se puede hacer*.

Hablaba más para sí mismo que para Cliffordm, tan atónito por la idea que casi permitió que el enorme puño del vicario le alcanzara la nariz.

Por reflejo, se apartó y saltó para defenderse, derribando la silla. Al mismo tiempo, se preguntó si no debería dejar que Cliffordm le diera una paliza. Dios y el propio vicario sabían que se la merecía.

Pero Cliffordm debió de recordar las advertencias de su salvador, porque, en lugar de lanzar otro puñetazo, giró las caderas y estampó el puño contra la pared a la espalda de Xander.

Maldiciendo de una forma muy poco cristiana, se sacudió la mano con una mueca de dolor.

—Tienes razón —jadeó Xander, deseando que Cliffordm aceptara su sinceridad—. Tienes toda la razón. Me casaré con Lady Victoria. Te doy mi palabra.

Cliffordm rugió.

—¡Prefiero verla en el Magdalene antes que casada contigo! Vete. Ya tienes lo que viniste a buscar.

Entrecerró los ojos.

—Y puedes estar seguro de que, cuando salga libre de aquí, la única protección que necesitará mi hermana será la mía.

Con frialdad, Xander respondió:

—Creo que eso es algo que debe decidir Lady Victoria.

Cliffordm volvió a entrecerrar los ojos.

—¿Sabe ella que tú eres la razón por la que estoy aquí?

De pronto, las tornas cambiaron. Se abrió un abismo bajo los pies de Xander y el vicario lo dejó suspendido sobre él. Se aclaró la garganta.

—No lo sabe.

Cliffordm soltó una carcajada.

—¿Y crees que ella te aceptará después de lo que me has hecho?

Sacudió la cabeza, con una expresión casi compasiva.

—Si eso piensas, no conoces en absoluto a mi Victoria.

En el vestíbulo, Xander se detuvo para respirar hondo. Aquella entrevista lo había alterado más que cualquier otro trabajo que

hubiera realizado para el Ministerio del Interior.

El matrimonio. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Y qué pensaría Victoria de una solución tan arrogante? ¿Aceptaría casarse con él?

Pero ahora otra amenaza se cernía sobre él. En cuanto Cliffordm recuperara la libertad, nada le impediría contarle a Victoria todo lo que Xander había hecho. Mirando atrás, seguía sin arrepentirse. Al encarcelar a Cliffordm había encontrado a los rebeldes responsables de tanta devastación y la justicia había caído en sus manos. Su antigua consigna seguía siendo válida: el fin justificaba los medios.

Aun así, debía actuar con rapidez para proteger a Victoria antes de que descubriera la verdad. Conseguiría una licencia especial. Ese mismo día, si era humanamente posible.

Luego volvería a Hove, se casaría con Victoria y se marcharía con ella a Derbyshire. Una vez casados, resolverían sus problemas. Tendrían que hacerlo.

Estaban hechos el uno para el otro. Utilizara los medios que utilizara, con el tiempo ella comprendería que lo había hecho para asegurar su felicidad definitiva. Y lo perdonaría.

Oyó pasos detrás de él y se recompuso. Sin mirar quién se acercaba, tomó su abrigo y su sombrero de la mesa y se dio la vuelta para marcharse, casi chocando con Weston.

—¡Tú!

Agarró a Weston por el abrigo y lo enderezó, luego se inclinó para mirarlo a los ojos.

—¿Qué haces aquí?

El hombrecillo alisó la solapa arrugada con sumo cuidado.

—Estoy al servicio del buen vicario, Su Señoría. Como su ayuda de cámara.

—¿Ayuda de cámara?

Xander resopló.

—Seguro que puedes hacerlo mejor que eso.

Weston le dedicó una sonrisa beatífica, dejando ver un hueco entre los dientes.

—Oh, no, Su Señoría. Nunca aspiré a un puesto tan elevado como servir a un caballero como el señor Cliffordm. Pero sé atar una corbata, y mi amo puede dar fe de ello.

Xander se pellizcó el puente de la nariz. Se sentía como si hubiera entrado en un manicomio.

—Es la mayor tontería que he oído. ¿Para qué necesita un vicario rural un ayuda de cámara? Y mucho menos uno con ese aspecto…

Hizo un gesto impaciente.

—Da igual. Solo dirías otra sarta de mentiras y no tengo tiempo para escucharlas.

Ya fuera, respiró hondo para calmarse.

Matrimonio. Incluso mientras organizaba mentalmente la captura de los rebeldes, la palabra seguía resonando en su cabeza.

Debía pedirle matrimonio a Lady Victoria.



Victoria dejó caer el bordado y se sobresaltó cuando la trampilla se abrió con un crujido.

—¡Gracias a Dios que eres tú, Clarissa! Si no, creo que acabaría loca encerrada aquí.

Clarissa sonrió al subir los últimos escalones. Había calidez y una empatía genuina en aquella mirada luminosa. Victoria comprendió, no sin sorpresa, que había encontrado una amiga.

Habían pasado tres días desde que Rutherford se marchó. Cada mañana hacía ejercicio en el granero en compañía de Clarissa y, salvo el tiempo dedicado a la frustrante tarea de averiguar quién quería matarla, había pasado la mayor parte de la ausencia de Rutherford con ella. Nunca se quedaban sin temas de conversación.

Dafne, en cambio, se mostraba distante desde su regreso. Cumplía con su trabajo sin protestar, pero hablar con ella era como hablar con una pared.

Victoria ladeó la cabeza para observar a su amiga. Había algo distinto en ella, una excitación contenida.

—Nunca adivinarás lo que he visto clavado en el tablón de anuncios de la plaza —dijo Clarissa, levantando con teatralidad un papel raído—. ¡Esto!

Victoria rió ante su entusiasmo.

—No me tengas en vilo. ¿Qué es?

—¡Una pelea por un premio! —exclamó Clarissa, con los ojos brillantes.

—¿Una pelea por un premio? ¿Qué demonios…?

Clarissa alzó una mano.

—Es una pelea entre mujeres. ¿No lo ves? Si la observamos, quizá obtengamos pistas para que puedas defenderte de ese asesino.

Victoria se rió, incrédula.

—Rutherford dijo que no debía salir de la torre. Y además suena horrible. Ya es bastante malo ver a hombres sudorosos golpeándose hasta quedar inconscientes, ¿pero mujeres peleando? ¿Cómo puede una mujer carecer tanto de delicadeza?

—Impactante, ¿verdad? —asintió Clarissa, leyendo el anuncio —. Aquí dice que luchan con chaquetas ajustadas, enaguas cortas, bragas holandesas, medias blancas y zapatos de salón.

Hizo una mueca.

—Un atuendo extraño. Me pregunto por qué importa tanto.

—Estoy segura de que a los hombres que las observan sí les importa —respondió Victoria con sequedad.

—Oh, desde luego. ¿No son horribles los hombres? —convino Clarissa—. Además, Silas se ha marchado y ese joven, el señor Barnaby, lo ha sustituido. Seguro que podríamos convencerlo.

Victoria negó con la cabeza.

—No quiero convertirme en un blanco fácil.

Clarissa pareció a punto de protestar, pero bajó los hombros.

—Supongo que tienes razón. Aún me resulta irreal que casi te mataran.

Victoria se tocó el cuello, donde persistía un leve moretón.

—Para mí es muy real.

—Bueno, si no te importa, creo que iré —dijo Clarissa—. Estaré atenta y volveré para enseñarte lo que aprenda. Querías aprender a defenderte, ¿no?

Sí, pero quería que me enseñara Rutherford. Victoria sonrió con tristeza.

—Sí. Pero no irás a ese evento ridículo por mi culpa. Podrían acosarte o algo peor, y piensa en el daño a tu reputación si alguien se enterara.

—Iré disfrazada —replicó Clarissa—. Me vestiré como una sirvienta. Dafne puede encontrarme algo adecuado, ¿verdad?

Dafne levantó la vista de su zurcido y asintió.

—Incluso iré con usted, si quiere, señorita. Dos cabezas piensan mejor que una.

—Exacto —aprobó Clarissa—. ¿Sabes montar a caballo?

—No, señorita —respondió Dafne, apesadumbrada.

—Entonces te llevaré delante de mí. No tienes nada que temer. Sé distinguir la cabeza de un caballo de su cola.

Victoria pensó que debería oponerse, pero Clarissa estaba decidida.

—Me estás haciendo desear poder ir también —admitió—, y ni siquiera quiero ver ese espectáculo.

—Espera a que volvamos —dijo Clarissa con una sonrisa pícara —. Entonces podremos practicar.



La pelea se celebró en un campo a menos de una milla del pueblo. Clarissa conocía un atajo a través de las tierras de Romney y llegaron pronto a una dependencia cercana, donde ocultaron el caballo. Ninguna sirvienta tendría un animal tan hermoso.

El resto del trayecto lo hicieron a pie.

Clarissa estaba segura de que nadie reconocería a la hermana del duque vestida con aquel fustán marrón, botas resistentes y un chal raído. Con otro chal cubriéndole el cabello rubio, pasaría desapercibida.

Pagó la entrada y comprobó, aliviada, que nadie les prestaba atención mientras se abrían paso entre la multitud.

El ring improvisado se alzaba en una hondonada cubierta de hierba, un anfiteatro natural. El hedor a cerveza, tabaco, estiércol y pescado era sofocante.

—Mi abuela tenía por afición ver ejecuciones —comentó Dafne al oído de Clarissa—. A algunas mujeres les gusta ese tipo de cosas.

Tras una presentación exagerada de un hombre empapado en aceite circasiano, las campeonas entraron entre vítores y abucheos. Clarissa se acomodó el chal y observó.

Eran dos mujeres fornidas. Una, pelirroja y robusta; la otra, algo más alta, con una figura casi escultórica y rasgos que recordaban a Boudicca.

—Oh, señorita, están mostrando las piernas —susurró Dafne—. No sé dónde mirar.

—No es nada que no hayas visto antes —replicó Clarissa.

—En presencia de hombres es distinto.

Clarissa centró su atención. Necesitaba observar, analizar, recordar.

La pelea estalló entre gruñidos, tirones de pelo y codazos brutales. La sangre apareció pronto y la multitud rugió. El estómago de Clarissa se revolvió, pero se obligó a mirar.

Tirar del pelo. Girar. Codazo en el estómago.

Cuando la camisa de la pelirroja se rasgó y la multitud enloqueció, Clarissa apartó la vista un instante, luego volvió a fijarla en el ring.

No había reglas ni decoro, pero sí lecciones que aprender.

Ya casi había visto todo cuando Dafne le dio un codazo.

—¡Milady! Ese hombre… el que parece el mismísimo diablo… la está mirando fijamente.

Capítulo 14

Clarissa palideció al instante, convencida de que debía de tratarse de Villiers, y una rápida mirada bajo las pestañas hacia el lado opuesto del ring se lo confirmó, pues incluso entre la multitud logró localizarlo sin dificultad.

—Tenemos que irnos.

Agarró a Dafne por la muñeca y ambas comenzaron a abrirse paso entre la gente, esquivando manos errantes mientras soportaban empujones y algún que otro pellizco, en un ambiente cargado de sudor y excitación.

Clarissa contuvo el impulso de echar a correr, consciente de que hacerlo no haría sino llamar la atención.

Cuando por fin lograron salir de entre la masa de cuerpos sudorosos, empujó a Dafne hacia la salida y miró por encima del hombro, tratando de comprobar si él las seguía, pero en ese mismo instante chocó de frente con un pecho masculino.

Villiers la ignoró por completo, se inclinó hacia Dafne y le retiró el chal de la cabeza.

—Lady Victoria, supongo.

Sin embargo, al descubrir un rostro regordete, de ojos azules y cabello rubio, frunció el ceño con evidente desagrado.

—Esa no es Lady Victoria.

Lanzó entonces una mirada acusadora a Clarissa, que logró responder con dificultad:

—No puedo imaginar por qué pensaste que lo sería.

Estaba asustada, mortalmente asustada, pues Villiers trabajaba para el Gobierno y mataba para el Gobierno, y no podía evitar preguntarse si no sería él el hombre que casi había acabado con la vida de Lady Victoria, el mismo que aún la perseguía.

Él le sujetó el brazo con fuerza.

—¿Dónde está?

Dafne abrió la boca, pero Clarissa reaccionó de inmediato y le pellizcó el brazo con disimulo.

—No sé de quién estás hablando.

—No te hagas la tonta, Clarissa. Rutherford me dijo que la vigilara. ¿Sigue en la torre o la criada es un señuelo? ¡Respóndeme!

Clarissa vaciló, atormentada por la indecisión, preguntándose cómo podía confiar en él cuando sabía perfectamente a qué se dedicaba, que trabajaba para el Ministerio del Interior y que Lady Victoria tenía serios problemas con el Gobierno.

Una expresión de comprensión se dibujó en el rostro de Villiers.

—Ya veo.

Sus ojos oscuros buscaron los de ella y, tras un breve silencio, dio un paso atrás.

—Váyase a casa, lady Clarissa. Aquí no está segura.



A las tres llegó una bandeja con el almuerzo tardío que Victoria había pedido, y el joven que la custodiaba debió de haber detenido al sirviente en la puerta, pues fue él mismo quien se la entregó.

Victoria le dio las gracias y, con un gesto, le indicó que dejara la bandeja sobre una mesita junto a la ventana.

—¿Dónde está Silas hoy?

Los ojos azules del joven se clavaron directamente en los suyos, y la intensidad de aquella mirada le recorrió la espalda como un escalofrío, ya que, por alguna razón que no supo precisar, aquel muchacho la inquietaba profundamente.

—El duque ha llamado a Silas y me ha ordenado ocupar su lugar. Me llamo Barnaby.

—Quizá el duque le haya hablado de mí.

La negación acudió de inmediato a su lengua, pero él parecía tan ansioso por obtener una respuesta que decidió reprimirla.

—Oh, sí. Creo que mencionó su nombre.

Los ojos azules brillaron con mayor intensidad mientras se humedecía los labios, y Victoria deseó que se marchara cuanto antes, pues con aquel joven protegiéndola ya no se sentía tan segura.

Sin embargo, Rutherford debía de confiar en él, o no lo habría enviado en lugar de Silas, y quizá, bajo aquella apariencia casi afeminada, se ocultara un hombre con una destreza extraordinaria para la lucha o incluso un tirador experto con la pistola, una idea que no hizo sino aumentar su nerviosismo.

—¿Trabaja para el Ministerio del Interior, señor Barnaby?

Él negó con la cabeza.

—Trabajo para el duque de Rutherford.

Pareció saborear el nombre de una forma que le revolvió el estómago, y Victoria tragó saliva con dificultad cuando un eco del dolor sufrido durante el semiestrangulamiento la obligó a llevarse los dedos a la garganta, convencida de que había algo en aquel joven que no le gustaba y deseando con todas sus fuerzas que Clarissa regresara.

—Sin duda es un amo exigente —comentó, tratando de suavizar el tono—. Sé que a mí me aterroriza su desaprobación.

Una expresión muy cercana al desprecio se dibujó en su rostro mientras se volvía hacia la bandeja apoyada sobre la mesa junto a su cadera, y un dedo elegante recorrió con ligereza el filo del cuchillo de fruta.

Victoria se quedó paralizada, con un miedo helado recorriéndole las venas, convencida de que no podía ser, pero al instante siguiente él se apartó de la mesa con una expresión perfectamente benigna, lo que le permitió relajar los hombros al convencerse de que se estaba asustando sin motivo, ya que estaba allí para protegerla y Rutherford lo había enviado.

Aun así, deseaba que se marchara.

—¡Bueno, entonces! —dijo con fingida alegría mientras se dirigía hacia la trampilla, con la esperanza de guiarlo en la misma dirección—. Gracias por traerme la bandeja. Si hay algo más, me aseguraré de…

No llegó a terminar la frase, pues un hombre alto y moreno irrumpió por la trampilla y se abalanzó sobre Barnaby, agarrándolo por la corbata y plantándose cara a cara con él.

—¿Qué haces aquí, mocoso?

Antes de que Victoria pudiera reaccionar, Clarissa entró tambaleándose en la habitación tras el recién llegado.

—¡Villiers, bestia! Déjalo en paz.

Victoria estuvo a punto de derrumbarse de alivio.

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó a Clarissa.

—Por desgracia, sí.

Clarissa se quitó el pañuelo de la cabeza y se acercó a Villiers, que bombardeaba a Barnaby con preguntas breves y entrecortadas, hasta que, satisfecho con las respuestas, lo soltó.

Una llama de odio prendió en los ojos de Barnaby, aunque quedó rápidamente velada por sus espesas pestañas doradas, y con aire hosco comentó:

—De todos modos, me gustaría saber qué haces aquí, Villiers.

—No es asunto tuyo —replicó Villiers, entrecerrando los ojos antes de hablar entre dientes—. No me creo ni por un momento que Rutherford te haya confiado a su señora, ni que Silas haya abandonado su puesto por capricho, así que te estoy vigilando, joven Barnaby, y si das un paso en falso haré que te arrepientas de haber nacido.

Victoria tuvo ganas de aplaudir, aunque Clarissa no pareció impresionada, pues se enfrentó a Villiers con los hombros tensos y el cabello rubio enredado, lo que llevó a Victoria a preguntarse si su amiga estaba a punto de lanzarse con alguno de los movimientos aprendidos en la pelea, aunque finalmente mantuvo las manos quietas.

—Ya ha dicho lo que tenía que decir, milord. Ahora deje en paz al pobre muchacho y márchese. No es bienvenido aquí.

La mirada que se cruzaron podría haber incendiado la habitación, y Victoria, fascinada, buscó alguna frase amable que los librara de ambos hombres para poder hablar a solas con Clarissa, pero Villiers le ahorró el esfuerzo al hacer una irónica reverencia.

—Soy muy consciente de ello, lady Clarissa. Permítame retirarme.

Agarró a Barnaby por el cuello y lo empujó hacia la trampilla.

—Usted primero.

A solas con Clarissa, Victoria comentó que aquel era el famoso marqués, a lo que su amiga respondió que más bien era infame, y cuando Victoria intentó decir algo más, el rostro de Clarissa se cerró.

—Perdóname, pero no deseo hablar de ello.

Victoria dudó, pero respetó su negativa, preguntándole entonces por Dafne, a lo que Clarissa respondió que la había enviado a cambiarse antes de fijarse en la comida y confesar que estaba hambrienta.

Victoria le explicó que el señor Barnaby había traído la bandeja y se acercó a la mesa para servir fruta y queso en un plato que le tendió a su amiga, mientras cogía un trozo de manzana y su mirada se detenía en el cuchillo de fruta, preguntándose si no habría imaginado la hostilidad de Barnaby, pues una dama tiende a ver amenazas por todas partes cuando teme por su vida.

Cuando terminaron de comer, Clarissa se limpió los dedos con una servilleta y propuso practicar lo que había aprendido, sugiriendo ir al granero, lo que provocó una respuesta divertida de Victoria, que fingió horror ante la idea de acabar arañada y despeinada, aunque Clarissa, con humor combativo, la animó a seguirla.

Bajaron las escaleras y encargaron a Barnaby que patrullara el perímetro, asegurándoles que podían confiar en él para mantenerlas a salvo, aunque su mirada se detuvo con particular interés en Clarissa, como si quisiera impresionarla.

Victoria le dio las gracias y se apresuró a marcharse con su amiga, susurrándole que aquel joven le daba escalofríos, comentario que Clarissa recibió con sorpresa, pues lo consideraba inofensivo, lo que llevó a Victoria a preguntarse en silencio por qué entonces la estaba protegiendo.

El intenso aroma de la granja le resultó extrañamente reconfortante mientras caminaban hacia el granero, evocándole los días despreocupados de su infancia en Stratham, y Clarissa cruzó el edificio para subir la escalera hacia el pajar, explicándole que el heno amortiguaría la caída cuando Victoria dudó en seguirla.

Con resignación, Victoria subió por la tosca escalera hasta el pajar, donde el heno yacía esparcido y mullido, y Clarissa, tras sacudirse el polvo de las manos y apoyarlas en las caderas, le pidió que intentara golpearla.

Victoria adoptó la postura de boxeo que había visto usar a sus hermanos, provocando la carcajada de Clarissa, quien la animó a seguir adelante pese a sus dudas, asegurándole que dudaba mucho que pudiera hacerle daño.

Mientras conversaban sobre el miedo a la sangre y la necesidad de aprender a defenderse, Clarissa le explicó con sensatez la importancia de las técnicas adecuadas y la colocó frente a ella para mostrarle cómo desviar un ataque.

Practicarons durante cerca de media hora, hasta que Victoria, casi dominando la técnica para liberarse de un agarre, oyó voces y pasos acercándose al granero, lo que la llevó a pedir silencio, aunque Clarissa, al parecer reconociendo a los recién llegados, se limitó a llevarse un dedo a los labios.

Desde abajo se oyó un gruñido masculino, seguido de una breve pelea y de una reprimenda femenina, y pronto las voces se transformaron en risas, susurros y jadeos cada vez más explícitos, hasta el punto de que Victoria, escandalizada, apenas podía soportar lo que escuchaba, convencida de que no deberían seguir allí.

El encuentro pareció eterno, aunque apenas duró unos minutos, y cuando la pareja abandonó el granero entre caricias e insinuaciones lascivas, Victoria distinguió desde el desván a un caballero corpulento y peludo que se abrochaba los pantalones mientras seguía a su dama al exterior.

Clarissa seguía con la cara cubierta por las manos, y Victoria la observó, indecisa, preguntándose cómo debía manejar una situación así y si su amiga estaría angustiada por lo ocurrido, hasta que Clarissa alzó la cabeza con los ojos húmedos y, para su sorpresa, estalló en carcajadas.

Victoria, desconcertada, la reprendió por encontrar aquello gracioso, confesando que no había sabido dónde mirar, pero Clarissa, tras disculparse y secarse los ojos, no pudo evitar volver a reír.

«¡La cara que pusiste!», jadeó Clarissa, tumbada boca arriba, con los hombros temblando mientras sus manos delgadas se apretaban contra el abdomen. «Oh, me siento fatal por haberme contenido».

Cuando la última ráfaga de risa se apagó, suspiró y negó con la cabeza, antes de añadir que aquello ocurría todo el tiempo.

Victoria la miró sin comprender y pidió que se explicara, a lo que Clarissa respondió que hablaba de sus nobles anfitriones, de sus primos, convencida de que creían ser discretos pese a la cantidad de veces que había oído a Fanny y a Romney manteniendo relaciones en los lugares más extraños. Se incorporó con dificultad, apoyándose en los codos, y le preguntó si aquello la ofendía, señalando que, al fin y al cabo, estaban casados y creían estar solos.

Victoria se dio cuenta de que tenía la boca fruncida como una pasa. Se obligó a relajarse, incluso a esbozar una leve sonrisa, aunque no logró compartir la alegría de Clarissa.

¿Era mojigata? Reflexionó sobre ello. Siempre había valorado su virtud y se enorgullecía de su constancia. Ante un matrimonio desastroso y sin pasión, muchas mujeres de su clase se habrían desviado sin que nadie las hubiera culpado, siempre que mantuvieran la discreción.

Pero la verdad era que nunca se había sentido tentada a pecar, salvo entre las páginas de su diario, y desde luego su amante fantasma no contaba.

¿Y si Rutherford hubiera acudido a ella mientras Héctor aún vivía? ¿Qué habría ocurrido entonces?

No. Era inútil y destructivo entregarse a hipótesis, especialmente cuando se trataba de Rutherford.

Clarissa seguía observándola con curiosidad y Victoria se dio cuenta de que no había respondido, de modo que aclaró que no se sentía ofendida, quizá sorprendida, pero que no estaba acostumbrada a aquellas muestras tan abiertas de afecto, especialmente por parte de un marido.

Sabía que sonaba rígida y mojigata, pero su incapacidad para reírse no se debía solo a la desaprobación. Al escuchar la franca conversación de los amantes, una punzada de envidia se le había

clavado en el corazón. Lady Fanny había sido lujuriosa y exigente y, por la reacción de su marido, él había disfrutado cada minuto.

Victoria tragó saliva para deshacer el nudo que le oprimía la garganta. Si Lady Fanny era un indicio, entonces quizá ella no era tan antinatural en sus deseos después de todo. ¿Por qué no podía encontrar también esa felicidad?



Furioso por la demora mientras aguardaba con impaciencia una licencia especial, Xander prescindió del carruaje y regresó a Hove a caballo. Por lo que sabía, Clifford podría haber enviado ya un mensaje a su hermana y todo habría sido en vano.

Apartó ese pensamiento de su mente. No quería imaginar la reacción de Victoria cuando descubriera lo que había hecho. Agravaría sus pecados casándose con ella antes de que lo supiera, pero no se enfrentaría a esa decisión antes de que fuera necesario. Como siempre, haría lo que debía.

Apretó la mandíbula. Lo único que se había prometido no hacer era hacer el amor con Victoria antes de la noche de bodas. Ya se había aprovechado bastante de ella. Quizá, cuando descubriera lo peor, le concedería cierto mérito por ese gesto. Pensó en su belleza esbelta y delicada, en su calidez, en su sonrisa. Resistirse a ella, aunque solo fuera por una noche, sería un castigo severísimo.

Se había adelantado al vicario, pero no podía, en conciencia, casarse con Victoria mientras su hermano siguiera encarcelado. Había dado órdenes para que lo liberaran y esperaba que, para cuando Clifford los alcanzara, los rebeldes estuvieran ya bajo custodia.

Tal vez, cuando llevara a aquellos hombres ante la justicia y explicara el horror de su crimen, Victoria comprendería lo necesario que había sido tratar a su hermano de ese modo.

Resopló. Y los cerdos podrían volar. Ella estaría furiosa, eso era seguro. ¿Lo perdonaría? Tenía que creer que con el tiempo lo haría. Debía hacerlo.

Cabalgó hasta los establos y entregó las riendas de su caballo castrado a un mozo, demasiado impaciente por verla como para seguir con su costumbre de cepillar él mismo a los caballos.

Sin detenerse a saludar a nadie en la casa, se dirigió a la torre y alzó la vista. La luz estaba encendida. Si hubiera existido algún punto de apoyo en la lisa superficie de piedra, habría trepado hasta su ventana como había hecho su amante fantasma, pero optó por ser práctico y tomar las escaleras, saludando a Silas con una inclinación de cabeza al pasar.

Silas lo llamó, asegurándose de que aquello fuera importante, y le explicó que el joven Barnaby había estado allí ese día protegiendo a la señora. Xander frunció el ceño y preguntó cómo había sucedido aquello. Silas se dio una palmada en el estómago y le contó que algo le había sentado fatal, que había pasado el día vomitando y que habían tenido que sacarlo fuera, de modo que Barnaby se había ofrecido a ocupar su lugar, convencido de que no podía hacerlo peor y sabiendo que lord Villiers estaría cerca si algo salía mal.

Xander le dio una palmada en el hombro, le dijo que aún tenía muy mal aspecto, le agradeció haber hecho lo correcto y le ordenó que fuera a descansar.

Mientras subía las escaleras, la expectación le bullía en las venas y se sorprendió al descubrir que estaba nervioso. Nunca antes había pedido matrimonio a nadie y no estaba del todo seguro de cómo debía hacerse, más allá de formular la pregunta obvia. Imaginaba que antes habría que hacer cumplidos y conversar un poco. Era una pena que el amante fantasma no hubiera pedido la mano de su dama en aquel diario; quizá entonces habría sabido cómo le gustaría a Victoria que lo hiciera.

Al llegar arriba, se preparó para la tarea y, justo a tiempo, recordó llamar a la puerta. Tras una breve pausa, oyó su voz

invitándolo a pasar y tragó saliva antes de apoyar la palma abierta en la trampilla y levantarla.



Victoria estaba en la cama cuando Rutherford atravesó la trampilla y ella exclamó, sorprendida, que pensaba que era Clarissa. Se apresuró a cubrirse con el vestido que descansaba sobre la colcha, evitando mirarlo a los ojos, con el impulso absurdo de subirse la sábana hasta la barbilla, un comportamiento ridículo después de la intimidad que ya habían compartido.

El estómago se le revolvió con violencia. Necesitaba recuperar el aliento, apenas un instante para asimilar su presencia, tan inesperada y tan poderosa. Rutherford comentó que ya estaba en la cama, que seguía los horarios del campo, acercándose con una sonrisa cargada de satisfacción masculina, como si ella se hubiera dispuesto así para seducirlo.

Victoria explicó, con cierta torpeza, que todo resultaba tan aburrido sin Clarissa que prefería acostarse temprano, ya que su única salida diaria era al granero. Había adquirido la costumbre de retirarse pronto porque Clarissa hacía compañía a Fanny después de cenar y Dafne dormía en la casa, y consideraba innecesario obligarla a pasar la noche en un jergón cuando una cama en las dependencias del servicio sería mucho más cómoda, aunque apenas reconocía, ni siquiera ante sí misma, que agradecía prescindir de su compañía nocturna.

La mayoría de las noches leía. La otra ocupación que antes disfrutaba, escribir en su diario, ya no la atraía. No era que lo tuviera consigo; cuando regresara a casa, probablemente lo destruiría. Necesitaba empezar a vivir de nuevo.

Rutherford se acercó a la cama y le tomó la mano, diciéndole que había vuelto tan rápido como había podido. Su palma era grande y cálida, con aquella leve aspereza que siempre la intrigaba.

Luego le anunció que habían liberado a su hermano, y Victoria sintió una oleada de alivio que le inundó el pecho. Le sonrió y le dijo que se lo debía a él, aunque Rutherford intentó restarle importancia. Ella insistió, preguntando cuándo podría verlo, y él respondió que pronto, que se ocuparía de ello.

Se sentó en la cama como quien tiene derecho a hacerlo, y quizá lo tuviera, y le recordó que habían quedado en hablar de todo cuando volviera. Victoria asintió, algo recelosa. Entonces él confesó que la había echado de menos, bajó la mirada hacia sus manos, giró la de ella y besó su palma. Un cosquilleo le recorrió el brazo, pero la aprensión no tardó en imponerse. Algo no iba bien, y todo lo que logró decir fue un simple «oh».

¿Por qué no la abrazaba, por qué no le demostraba cuánto la había echado de menos? Aquella contención elegante no era propia de él. Rutherford continuó diciendo que había estado pensando en ellos y, tras mirarla a los ojos y respirar hondo, le pidió que fuera su esposa, preguntándole si aceptaba.

El «sí» brotó de los labios de Victoria casi antes de que la pregunta terminara de formularse. Sabía, quizá desde la primera vez que hicieron el amor, que se casaría con él si se lo pedía. No se entregaba a la ligera. Disfrutaba de su independencia, pero había pagado el precio de la soledad por ella, y aunque Rutherford era a veces terco y autoritario, no sería un marido tiránico.

¿Lo amaba? Contempló sus rasgos fuertes y queridos, aquella fractura distintiva en la nariz. Lo había echado de menos, había pensado en él sin cesar. Sí.

Él le sostuvo el rostro entre las manos y la besó, apenas un roce en los labios y luego en la mejilla. Victoria saboreó su contacto, el calor de su piel, pero él solo le concedió esa mínima muestra. Ella quería más.

Rutherford se apartó y le dijo que la dejaría dormir. Victoria, avergonzada por el temblor de su voz, le preguntó si no quería

quedarse. Él dudó, como si pudiera ceder, y explicó que no era que no quisiera, sino que se había prometido esperar hasta casarse.

Ella preguntó cuándo sería eso y él respondió que al día siguiente, temprano, en cuanto encontrara al párroco, pues tenía una licencia especial. Victoria lo miró fijamente; la luz ardiente de sus ojos le decía que podría convencerlo si lo intentaba. Apartó la colcha y se levantó, aceptando su voluntad, pero pidiéndole antes un beso de buenas noches como es debido.

Rutherford dijo que no creía que fuera prudente, pero ella apoyó la mano en su pecho y le susurró que podía sentir los latidos de su corazón, deslizando luego la mano hasta su nuca para atraerlo y pedirle que la besara. El deseo la ahogaba, pero él fue más fuerte y la apartó con suavidad.

Victoria, herida, le preguntó si no la deseaba. Él le aseguró que sí, pero que había tomado una decisión y quería que la respetara, añadiendo que ella tampoco lo respetaría si renunciaba a sus principios. Luego se volvió hacia la trampilla y dijo que era mejor que se fuera.

Ella lo siguió hasta los escalones, exclamando que aquellos principios eran estúpidos, que ya lo habían hecho y que qué importaba ahora, pero él se mantuvo inflexible. Victoria se detuvo. No iba a suplicarle. Cruzó los brazos y apretó los labios.

Rutherford sonrió, le dijo que la vería al día siguiente y le prometió que su noche de bodas sería todo lo que deseaba. Comenzó a bajar y ella le gritó que estaba a punto de echarse atrás. Él la miró con algo diabólico en los ojos y respondió en voz baja que no lo haría.

Cerró la trampilla y, incluso bajo el abrigo, ella vio cómo se tensaban sus músculos, la poderosa amplitud de su pecho. No, suspiró Victoria. Eso, desde luego, no lo haría.

Capítulo 15

Victoria se convirtió en la nueva duquesa de Rutherford sin aspavientos, en el salón de Lady Romney.

Llevaba un vestido de seda azul —azul por la lealtad y la fidelidad— y un pequeño ramillete de rosas blancas que Clarissa había recogido del jardín. La ceremonia se celebró con solo cuatro testigos: lord Romney y lady Fanny, Clarissa y Dafne.

Mientras Rutherford pronunciaba sus votos, Victoria tuvo la sensación de que el corazón iba a estallarle de felicidad. Él no dijo que la amaba, pero la forma en que la miraba mientras pronunciaba aquellas promesas sagradas, con una posesividad feroz y, al mismo tiempo, con una ternura latente en aquellos ojos grises normalmente fríos, no le dejaba lugar a dudas.

Ella tampoco pronunció las palabras, por cierto. No parecía necesario. Nunca volvería a casarse sin amor, sin amor verdadero.

¿Cómo se habían enamorado tan deprisa? En términos de días y horas, había sido un proceso vertiginoso, pero la turbulencia de su relación, la intensidad del tiempo compartido, hacía que pareciera que había transcurrido una eternidad desde que se conocieron en la terraza de su casa.

Fuera como fuese, confiaba en ello. Al fin y al cabo, el tiempo que había pasado con Héctor no había sido proporcional a su felicidad. Lo conocía desde siempre y, sin embargo, como marido, solo la había hecho desgraciada.

No debía pensar en Héctor en un día tan feliz. Rutherford era suyo. Después de un comienzo tan turbulento, parecía increíble, pero era lo correcto.

Cuando terminó la ceremonia, él llevó su mano a los labios, y la mirada con la que la atrajo prometía mucho más.

Luego se separaron para recibir las felicitaciones de Dafne y de sus anfitriones, y de Clarissa, que besó a Victoria en la mejilla y le dijo que no podría desear una hermana mejor.

Victoria la abrazó y le susurró que era muy feliz.

Clarissa se secó una lágrima con el nudillo enguantado y asintió, diciendo que ella también lo era, por ella.

Intuyendo que algo no iba bien, Victoria apretó la mano de Clarissa y le aseguró que, cuando quisiera hablar, estaría allí. Clarissa le dio las gracias y le pidió que no se preocupara por ella, que debía disfrutar de aquel día.

A pesar de ser pocos, el grupo consiguió divertirse. Clarissa pareció dejar a un lado su estado de ánimo sombrío y Fanny estaba especialmente animada. La boda, dijo, había aliviado el tedio casi insoportable de la espera de su parto, y su exclamación indignada deseando que aquel bebé saliera de una vez dejó a Victoria sin aliento y provocó las risas de los demás.

Victoria participó con entusiasmo en las improvisadas celebraciones, aunque cada poco su mirada se desviaba hacia Rutherford. No podía esperar a que llegara la noche, cuando por fin lo tendría solo para ella.

Habían discutido dónde pasarían la noche de bodas. Rutherford había votado por la comodidad superior de su dormitorio, pero Victoria quería la torre, donde nadie pudiera oírla si gritaba. Gracias a su prudente tacto y diplomacia, ella ganó, y estaba deseando celebrar su victoria.

Por fin, el crepúsculo doró el paisaje. Con Rutherford siempre vigilante, recorrieron sin incidentes la corta distancia que separaba la casa de la torre, con el resplandor festivo de las antorchas iluminando su camino.

Victoria alzó la vista hacia la ventana iluminada de la torre. Alguien debía de haber estado allí antes que ellos para preparar la habitación, aquella prisión en la que se había consumido por estar tan encerrada. Ahora, sin embargo, esperaba el aislamiento con placer, porque lo compartiría con Rutherford.

A mitad de camino, él se inclinó y la levantó en brazos. Ella se rió, sorprendida, como una niña pequeña. Hacía años que no se sentía tan despreocupada. Él le sonrió y ella le rodeó el cuello con los brazos mientras se internaba en la torre sin vacilar, dirigiéndose a la estrecha escalera de caracol.

Ella protestó entre risas, pero desconocía su fuerza. Él la subió con facilidad, atravesando la trampilla abierta, y, sonriendo ante su sorpresa, inclinó la cabeza para darle un beso lento y prolongado antes de dejarla en el suelo.

Cerró la trampilla de una patada y el golpe la sobresaltó, poniéndola nerviosa. Él no dijo nada; se limitó a mirarla fijamente, como si memorizara cada rasgo de su rostro, antes de hacerla retroceder hacia la cama y besarla de nuevo, despacio, con suavidad y sin prisa.

Victoria deslizó las manos por sus grandes hombros y sintió la tensión en ellos, aunque su boca era ligera sobre la suya, y aquellas caricias suaves despertaban su cuerpo, llenándola de anhelo. Pensó que era distinto, agradable, que no había necesidad de apresurarse.

Sin dejar de besarla, sus manos buscaron los botones de la espalda de su vestido y los fue desabrochando uno a uno, mientras sus labios se deslizaban por su mejilla. El aliento caliente en su oído le indicó que él también jadeaba, tan impaciente como ella, pero aun así se contenía, explorándola centímetro a centímetro.

Era maravilloso, y la sensación de derretirse crecía, pero ella lo necesitaba ahora. Después de su ausencia, de los malentendidos, de la espera agonizante de aquel día, no quería esperar más ni pensar en nada; quería abandonarse.

Sus labios rozaron el pendiente de perla mientras la besaba detrás de la oreja, y ella jadeó cuando su lengua recorrió el lóbulo, haciendo temblar el pendiente como el resto de su cuerpo. Él se demoró provocándola hasta que el vestido se abrió por completo y ella dejó que se deslizara por sus brazos y cayera al suelo.

Victoria salió del charco de seda azul, se acercó a él y deslizó las manos hacia arriba para desatarle la corbata mientras él se quitaba el abrigo. Cuando quedó en mangas de camisa, dejó que sus manos recorrieran su cuerpo, sintiendo la fuerza de sus hombros y su pecho, amasando los músculos de su espalda mientras él la besaba, abrazándolo lo bastante fuerte como para sentir la dureza de su erección contra su vientre.

Lo tocó con timidez, cubriéndolo con la palma, anticipando la sensación de sentirlo dentro de ella. Él jadeó, se estremeció y le apartó la mano, sujetándola entre las suyas y pidiéndole calma, advirtiéndole que no aguantaría ni un minuto más si continuaba.

Ella preguntó si no le gustaba, y él respondió con una risa entrecortada que el peligro era precisamente que le gustara demasiado, antes de inclinarle el rostro y besarla.

Le pidió que lo dejara llevar la iniciativa, y así lo hizo. Al fin y al cabo, ¿qué sabía ella de las relaciones matrimoniales? Lo que él le había demostrado en el pabellón de caza y en aquella misma habitación dejaba claro que era un experto.

Aun así, sentía que faltaba algo, aunque no sabía qué. Él le acarició el pecho a través de la camisa y su mente se nubló cuando el placer se apoderó de ella. Suplicó en silencio que fuera más fuerte, sin atreverse a decirlo en voz alta, y él la giró para desatarle el corsé, murmurando palabras cariñosas y de ánimo que la sorprendieron, pues sus encuentros anteriores habían sido casi silenciosos.

Sus labios se posaron cerca de la clavícula y la garganta, y ella se estremeció, deseando que la besara allí como le había prometido

aquella primera noche, pero él pareció pensárselo mejor y dejó intacta esa zona vulnerable.

Ella no protestó. Él sabía lo que hacía. Debía relajarse y dejar de pensar.

Y así continuó: una caricia aquí, un toque allá, todo ligero y fugaz. Para cuando ambos estuvieron desnudos y tendidos en la cama, ella estaba a punto de gritar de deseo.

Lo llamó por su nombre, y al fin consiguió atraer su atención. Le dijo que lo necesitaba, y tardó unos segundos en comprenderla antes de negar con la cabeza y volver a bajar por su cuerpo, besándole el ombligo y las caderas, hasta que descendió aún más.

Victoria jadeó, incapaz de terminar la frase, cuando él la besó allí abajo, tal como su hermana Bella le había descrito una vez, y descubrió que no tenía idea alguna de lo extraordinarias que podían ser aquellas sensaciones. Su lengua y sus dedos hicieron que el placer la atravesara en oleadas de calor y luz, hasta que se convulsionó y se estremeció, gimiendo mientras él prolongaba aquel tormento delicioso.

Cuando la tormenta pasó, él apoyó la cabeza en su vientre. Ella abrió los ojos y acarició su cabello con los dedos, admitiendo con una satisfacción inesperada que había merecido la pena esperar.

Aún la recorrían pequeños temblores cuando él se colocó sobre ella y se introdujo lentamente, avanzando con deliberación. Victoria observó su rostro, ansiosa por ver su placer, y lo vio tensarse, casi sufrir, mientras la llenaba poco a poco.

Las sensaciones para ella eran nuevas, intensas y exquisitas. En segundos volvió a estremecerse, como si el primer orgasmo no hubiera terminado, sino que se hubiera acumulado hasta estallar de nuevo. Inclinó las caderas, deseando más, y él la penetró con fuerza, arrancándole un jadeo al tocar un punto que respondía con un placer que rozaba el dolor. Ella lo rodeó con las piernas y se aferró a él mientras ambos se rompían y colapsaban juntos.

Cuando el temblor cesó, él se apartó, pasándose las manos por el rostro y murmurando que sería su perdición. Ella sonrió y recorrió los músculos de su pecho con la yema del dedo, comentando que se le ocurrían formas menos desagradables de morir.



BARNABY estaba sentado bajo la ventana, apoyado contra la pared sur de la torre. Había atrapado un conejo en el bosque y lo había matado, y mientras lo desollaba con lentitud, esperó.

Oyó las voces, las risas, los silencios. Se torturó imaginando, desollándose a sí mismo como había desollado a la pequeña y tonta bestia. Cuando la luz de la ventana se atenuó, supo que estarían juntos, el duque y ella, enredados entre las sábanas, subiendo y bajando, brillantes de sudor.

Y con cada embestida imaginaria, Barnaby clavaba su cuchillo de caza en el cadáver flácido del conejo.



Rutherford murmuró «mi esposa» en la oscuridad, sosteniendo la mano de Victoria contra su pecho. No era una declaración de amor, pero se le acercaba.

Ella apoyó la cabeza en su hombro, escuchando el latido ya sosegado de su corazón. Su deliberación lenta la tentaba y la frustraba, y por primera vez se preguntó si había alguna diferencia entre la forma en que Rutherford trataba a su amante y la forma en que trataba ahora a su esposa.

Nunca se había considerado su amante, un papel servil, negado incluso por el nombre. Habían sido amantes, iguales, o eso había creído.

Entonces, ¿por qué aquel cambio repentino? ¿Por qué pensaba él que ella merecía un trato distinto ahora que era su esposa?

Recordó que se había disculpado por su último encuentro, avergonzado de haberla tratado como a una ramera común, aunque no hubiera pronunciado la palabra. Y, sin embargo, ella había disfrutado cada segundo de aquella posesión desesperada.

Ahora que su relación se había legitimado, ¿no habría más encuentros apasionados e intensos, sino solo un acto sexual correcto y agradable, pero de algún modo reprimido?

Lo miró dormido, ajeno a su confusión. Era un asunto demasiado delicado como para abordarlo sin reflexión. Quizá la forma más sencilla de transmitir el mensaje no era con palabras.

Seducirlo.

Hacer que se sintiera tan atraído por ella que abandonara su moderación caballeresca. Nunca se le había dado bien seducir, como demostraban las torpes actuaciones de Héctor, pero por el bien de reavivar aquella llama entre ella y Rutherford, se tragaría su orgullo y lo intentaría.

A la mañana siguiente partirían hacia el castillo de Rutherford y una nueva vida. Era un momento tan bueno como cualquier otro para poner en marcha su plan.



La mañana amaneció clara y brillante. Xander besó el hombro desnudo de su esposa dormida y se levantó para dar su habitual paseo a caballo.

Montar siempre le ayudaba a pensar, y aquella mañana lo necesitaba.

Por muy placentera que hubiera sido la noche anterior, no había sido… del todo satisfactoria.

En cuanto ese pensamiento cruzó su mente, se sintió desleal, pero no lograba sacudirse la impresión de que algo no iba bien con Victoria. No le había preguntado al respecto. No era su estilo. La acción, no la conversación, siempre había sido su punto fuerte, y el asunto resultaba demasiado delicado como para arruinarlo con un comentario torpe, como él, con su proverbial insensibilidad masculina, seguramente haría.

Ensilló su caballo, un semental negro impaciente por su paseo matutino, y montó. El animal se ladeó y se encabritó, tratando de desmontarlo, el muy diablo, pero Xander lo dominó con rapidez.

Sacó al semental del establo y lo obligó a caminar. Notaba la impaciencia de la bestia por galopar, con los poderosos músculos tensos y preparados para estirarse, pero hasta llegar a campo abierto lo mantuvo contenido. La frustración irradiaba del animal. No había disfrutado de un buen galope en días, durante la ausencia de su amo, y estaba tan ansioso como podía soportar. Xander esbozó una sonrisa triste. Igual que él la noche anterior.

No lograba precisar qué había fallado con Victoria. La autora de aquel diario era sensual y receptiva, creativa incluso, dentro de los límites que le había impuesto su experiencia. Entonces, ¿por qué había sentido en ella una fuerte reticencia cuando estaban en la cama? No era una colegiala, sino una viuda con experiencia, aunque esta hubiera sido conservadora, si el diario no mentía.

Quizá todo había sucedido demasiado deprisa. En un momento era su captor; al siguiente, su amante; y poco después, su marido. Todo en el espacio de unos pocos días.

Cuando el paisaje se abrió a la campiña ondulada tan característica de Leicestershire, Xander aflojó las riendas y permitió que la montura rompiera a trotar. Pronto, la zancada del semental se alargó hasta convertirse en un galope pleno. Sin embargo, por mucho que cabalgara rápido y con fuerza, no conseguía librarse de la molesta sensación de que algo iba mal. Necesitaba pensar, de modo que, tras calmar al caballo, giró por un sendero secundario y avanzó despacio, dejándose llevar.

El aroma de la primavera impregnaba el aire. El sol brillaba con una calidez reconfortante, la brisa era fresca, y no tardó en advertir que el sendero discurría junto a un pequeño arroyo. Se detuvo y desmontó para que el semental bebiera.

Fue entonces cuando lo asaltó la vieja sensación.

Alguien lo estaba observando.

Entrecerró los ojos y escrutó la elevación de la orilla a su espalda. Un movimiento rápido a su derecha, entre las ramas de un sauce llorón, atrajo su atención. Sin pensarlo, se lanzó a través del follaje y derribó al espía. Lo dominó con facilidad, lo volteó, lo inmovilizó con una rodilla y echó el puño hacia atrás, preparado para golpear.

Cabello color oro de Guinea, rostro de ángel, ojos azules cargados de reproche y sorpresa.

Barnaby.

Xander resopló con disgusto y se incorporó, advirtiéndole que algún día acabarían matándolo si seguía acercándose a él de forma tan sigilosa. Barnaby también se puso en pie y explicó que era un juego al que siempre había jugado: observarlo, seguirlo, comprobar si era capaz de detectarlo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Xander cuando le preguntó con qué frecuencia practicaba aquel juego y Barnaby respondió que bastante a menudo, pateando el césped con la punta de la bota mientras afirmaba ser bueno vigilando, pues todo lo que sabía lo había aprendido de él.

Xander fijó la vista en la distancia. Había tenido la intención de hablar con Barnaby y aquella era su oportunidad, aunque presentía que sería una escena cargada de emociones, del tipo que evitaba siempre que podía. Sin embargo, Barnaby ya no era un niño, pese a su comportamiento juvenil, y debía ser tratado como un hombre, no protegido como a un crío. Solo así aprendería a valerse por sí mismo.

Con voz ronca, le comunicó que la duquesa y él partirían ese mismo día hacia Rutherford, que la amenaza contra ella había desaparecido y que ya no necesitaba protección. Añadió que el vicario, el señor Clifford, había revelado el paradero de los rebeldes responsables del incendio en Rutherford y que pronto los tendría entre rejas. Tras una breve pausa, le dijo que parecía que habían llegado a un punto de inflexión, y le tendió la mano.

Barnaby reaccionó con una negativa abrupta, incapaz de creer que, después de todo lo que había hecho, lo dejara atrás. Xander tuvo que contener el impulso de sacudirlo y le recordó que sabía desde el principio que no permanecería en el Ministerio del Interior más allá de aquel caso, pues el ducado exigía enormes responsabilidades, mientras que Barnaby tenía los pies firmemente plantados en la escalera de Whitehall.

Barnaby estalló, maldiciendo a Whitehall, y Xander alcanzó a ver el brillo de las lágrimas en aquellos ojos azules tan sorprendentes antes de que el joven confesara que solo quería estar allí por él.

Maldición. Las lágrimas complicaban todo. Ya era bastante incómodo cuando una mujer lloraba por ti; cuando lo hacía un hombre, resultaba casi insoportable. Xander reprimió su disgusto y recordó que, incluso cuando Victoria había estado a punto de morir estrangulada, no había derramado una sola lágrima.

La raíz de todos los problemas con Barnaby era que, en el fondo, nunca le había gustado. Él había sido responsable de llevarse al padre del muchacho, un hombre malvado, y una mezcla de culpa y deber lo había empujado a vigilarlo. Había visto crecer su apego, cómo la adoración por el héroe se había transformado con el tiempo en una obsesión malsana. Si se hubiera preocupado más, habría reflexionado sobre las consecuencias, sobre el daño que aquella devoción podía causar. Pero la verdad era que no se había preocupado lo suficiente como para intervenir.

Barnaby se secó las lágrimas y lo miró con angustia, la boca torcida en una mueca fea. Avergonzado por aquel sentimiento tan

crudo, Xander dejó de lado la emoción y se centró en las palabras, diciéndole que Harcourt creía que tenía futuro.

Barnaby replicó que Harcourt era un testarudo y que Villiers tomaría el control, preguntándose qué sería entonces de él, pues Villiers lo odiaba. Por desgracia, era cierto, y Barnaby lo sabía.

La pregunta tácita flotaba en el aire. ¿Qué iba a hacer al respecto, Rutherford?

Por su propia tranquilidad, Xander no podía ofrecerle un puesto. Le aseguró que, por improbable que fuera, si se quedaba sin empleo podría contar con él, aunque en aquel momento no tuviera ningún cargo disponible, tal vez alguno de sus amigos sí. Le apoyó la mano en el hombro tembloroso y le aseguró que no había motivo para desesperarse.

Capítulo 16

Victoria había visitado el castillo de Rutherford en varias ocasiones. Las familias se conocían y su hermano era el párroco titular.

—De hecho, me atrevería a decir que conozco el lugar mejor que tú —le comentó a Rutherford mientras tomaban el té a su llegada—. Me he sentado en esta misma silla y he reformado mentalmente las salas públicas, reconfigurado la distribución de las habitaciones, arrancado los parterres formales y rediseñado el parque.

Él la miró, divertido.

—¿Los entretenimientos aquí eran tan aburridos?

Victoria le devolvió la sonrisa. Le encantaba hacerlo reír. Qué maravilloso resultaba ver desaparecer aquella sombra de preocupación, aunque solo fuera por un momento. Esa mañana había salido a caballo en busca de los rebeldes que habían incendiado el ala este del viejo y destartalado edificio. Ella se había propuesto distraerlo de lo que prometía ser una tarea sombría.

Arqueó las cejas.

—¿Aburridos? ¿Hace falta preguntarlo? Las cenas eran tediosas; las fiestas en casa, insoportables. Odiosamente rígidas y formales. El viejo duque se comportaba con tanta ceremonia como si fuera el mismísimo rey.

Rutherford soltó una risa burlona y sus rasgos severos se suavizaron de una forma que le revolvió el estómago.

—No, te equivocas con respecto al anciano caballero. Consideraba que su linaje era mucho más impresionante que el del

rey.

Victoria sonrió, aunque no pudo ignorar el tono amargo de Rutherford.

Por lo que Gideon había dejado entrever, el viejo duque había sido el peor tipo de tirano, uno de esos amos que habían provocado los levantamientos en Francia. Pero Rutherford cambiaría todo aquello, y Victoria le ayudaría. Cuando se hubieran ocupado de la salud y el bienestar de su pueblo, cuando hubieran reconstruido el ala este, el lugar del incendio, sería el momento de transformar aquel espacio frío y lúgubre en un hogar y desterrar los recuerdos dolorosos.

Esa mañana, sin embargo, deseaba evitar situaciones desagradables y no exigirle nada. La preocupación ensombrecía sus rasgos. Estaba inquieto y nervioso, merodeando por el salón como un gran felino. Lo último que ella quería era aumentar su carga.

Victoria cambió de tema.

—Parece que, aparte de tu hermana, estamos completamente solos. Esperaba que al menos dos de las tías estuvieran en la residencia, pero Rimshaw me dice que se marcharon a Bath anteayer por motivos de salud. Pobres queridas. —Lo miró—. ¿Dices que nunca habías conocido a las tías abuelas antes de heredar?

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Quizá a una o dos. ¿Cómo iba a recordarles la cara? Hay como un centenar y todas se parecen. Mujeres bajitas y regordetas, con ojos pequeños y brillantes y narices picudas.

—Calla, alguien podría oírte —replicó Victoria, con los ojos brillantes—. ¡Cientos, claro! Hay cinco hermanas, y todas son personas encantadoras. Pero confieso que me alegra que tengamos la casa para nosotros solos por un tiempo.

Rutherford dejó de pasearse y permitió que su mirada recorriera el cuerpo de ella.

—A mí también.

Con el rostro enrojecido, Victoria se levantó con rapidez y se acercó a la ventana.

—Los jardines necesitan cuidados urgentes —murmuró con voz entrecortada.

No veía los parterres infestados de malas hierbas. Veía la noche que se avecinaba, cuando por fin le diría a Rutherford lo que deseaba y le haría comprender. Se imaginó junto a él en la cama, entre sábanas de lino fino. Las cosas que le haría. Las que le suplicaría que le hiciera.

Victoria lo miró por encima del hombro. Él la observaba con una sonrisa perezosa y complacida, como si adivinara la naturaleza de sus pensamientos. Ella se volvió de nuevo hacia la ventana.

Rutherford se acercó por detrás y le acarició los brazos, murmurándole con picardía al oído:

—Te sonrojas de una forma tan encantadora, Victoria, que uno se pregunta qué estarás pensando.

Un poco sin aliento, ella respondió:

—Tengo toda la intención de decírtelo, pero no ahora.

Lo miró de reojo bajo las pestañas, con una promesa sensual en la mirada.

—Esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó él, acercándose más—. ¿Por qué esperar?

Ella sintió su erección rozándole la hendidura del trasero a través del vestido. Él la deseaba, y la idea resultaba deliciosa, novedosa, absolutamente emocionante. Su calor y su fuerza eran tan tentadores que casi se abandonó a él, pero logró contenerse.

—¿Y si entra Clarissa?

Rutherford inclinó la cabeza y su aliento le susurró sobre la piel.

—Volvería a salir. Clarissa es el alma de la discreción.

—Los sirvientes, entonces —se atragantó ella cuando las manos de él le cubrieron los pechos—. Señor, estamos delante de una ventana.

Ignorando unas protestas cada vez más débiles, Xander dejó que sus manos recorrieran su cuerpo como merodeadores. Cuanto más la tocaba, más difícil le resultaba detenerse.

—Es una locura —susurró ella, aunque no se apartó.

Él deslizó un dedo por el escote del corpiño, descendiendo hasta el valle de su pecho y recorriendo el contorno seductor de sus pechos, siguiendo la línea trazada por un frágil volante de muselina. Le bajó la manga y se inclinó para besar el omóplato que había quedado al descubierto. Ella jadeó e inclinó la cabeza para facilitarle el acceso.

Xander depositó besos a lo largo del hombro, hacia la garganta vulnerable.

—Alguien nos oirá —murmuró ella.

—No si guardamos silencio.

—Vendrá un sirviente.

—No si no tocamos la campana.

—Alguien nos verá.

—Que nos vean.

Siguió acariciándola y besándola, probando hasta dónde podía llegar antes de que ella lo detuviera. Cuando pasó la lengua por la unión entre el hombro y el cuello, ella se balanceó y echó la cabeza hacia atrás contra su hombro. Las protestas se apagaron en sus labios, que se suavizaron.

Xander siguió acariciando aquel punto sensible, satisfecho de haber encontrado el lugar exacto que la hacía derretirse. Aprovechando sin piedad su distracción, le cubrió uno de los pechos

con la mano, sintiendo su peso, su firmeza, el delicioso pezón que se endureció al contacto.

Su pene se tensó dentro de los pantalones y deseó haber iniciado aquello en el dormitorio, y no en el salón principal, a plena luz del día y con las cortinas abiertas. No era el entorno lo que le preocupaba, sino Victoria, que sin duda lo detendría si él iba más allá.

Xander se apartó, jadeando por el esfuerzo de contenerse. Ella también se estremeció, y él comprendió que se había estado frotando contra él, compartiendo aquellos placeres prohibidos.

Prohibidos, porque había decidido tratar a su esposa como a una dama, con el respeto y la delicadeza que merecía.

Y la tensión lo estaba matando.

Con un férreo ejercicio de voluntad, se detuvo, la giró entre sus brazos y la miró. Tenía los ojos cerrados y las pestañas dibujaban medias lunas exóticas sobre los pómulos. Abrió los labios y se inclinó hacia él, ladeando la cabeza para recibir un beso.

Xander aceptó la invitación muda, obligando a su cuerpo a calmarse. Aligeró el beso y se apartó despacio, aunque todos sus instintos le pedían devastar su boca y saquear su cuerpo sin piedad.

Finalmente, se separó y llevó la mano de ella a sus labios.

—Me temo que tienes razón, cautelosa. No deberíamos hacer esto aquí.

Victoria abrió los ojos, aturdida y sonrojada.

—¿Arriba, entonces?

Xander soltó una risa temblorosa y le besó la frente.

—Ya me he quedado demasiado tiempo. Será mejor que esperemos hasta esta noche.

No sabía si sería capaz de mantener su actitud gentil si se retiraban al dormitorio en ese momento. Esa noche seguiría el

consejo de Romney y se calmaría antes de ir a verla. Entonces podría seducirla con delicadeza, lentamente, como a ella le gustaba.

La mirada desconcertada y ligeramente herida de Victoria le hizo estremecerse. La había confundido, lo cual no era extraño. Una vez más, había estropeado algo que antes no parecía tan complicado. Acostarse con damas educadas era un auténtico infierno.

Se pasó la mano por el pelo. Dios sabía que lo que más deseaba era complacerla, pero empezaba a lamentar no haber leído nunca aquel maldito diario.



Xander se dirigía a zancadas hacia los establos, con la funda de la silla de montar colgada del hombro, cuando oyó la voz de su hermana.

Se volvió y la vio bajar apresuradamente por la pendiente, con las faldas de muselina revoloteando. Con los nervios a flor de piel ante la dura prueba que le aguardaba, esperó impaciente a que lo alcanzara.

Además de las pistolas, llevaba un cuchillo en una funda atada al pecho y otro en la bota. Iba armado hasta los dientes, aunque esperaba no tener que recurrir a la violencia. Su intención era familiarizarse con el terreno y localizar el campamento de los rebeldes. Clifford le había dicho que eran cinco, pero Xander nunca confiaba en la palabra ajena cuando su vida estaba en juego. Prefería comprobarlo por sí mismo. Si eran cinco, Villiers, Silas y él podrían encargarse de ellos. Si eran quince, quizá tendría que pedir ayuda a la milicia.

—Xander.

Clarissa lo alcanzó, un poco sin aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó él, procurando no mostrar su impaciencia.

—Antes de que te vayas y dejes a Victoria desprotegida, creo que deberías saber algo.

Frunció el ceño. Ahora tenía toda su atención.

—¿Qué?

Ella estaba pálida como la muerte y las ojeras delataban una noche sin dormir.

—Creo… creo que Villiers podría ser el culpable. El hombre que está intentando matarla.

—Imposible —replicó Xander—. ¿Qué te hace pensar eso?

Clarissa tuvo dificultades para tragar y recitó los hechos con voz baja y temblorosa.

—Mientras tú no estabas, Villiers vigilaba a Victoria. Cuando lo vi, me interrogó sobre ella, me hizo todo tipo de preguntas sobre dónde la retenían y quién la custodiaba. Un día encontró a Barnaby con Victoria y se enfureció. Pensé que le haría daño al muchacho; se puso muy violento.

Xander negó con la cabeza.

—No, Clarissa. Te equivocas.

—¿Cómo lo sabes? —insistió ella—. Villiers ha estado merodeando desde que Victoria llegó a Hove. Es un asesino entrenado por el Ministerio del Interior y alguien de alto rango quería verla muerta. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no fue él?

—Por varias razones —respondió Xander—. En primer lugar, si Villiers hubiera querido matar a Victoria, habría muerto antes de salir de Londres. Y aunque hubiera sobrevivido y caído en mis manos, no habría cometido un intento tan torpe en el pabellón de caza. Es demasiado bueno para eso. Además, le pedí que la vigilara por mí

mientras estaba fuera. Es un sinvergüenza en muchos sentidos, pero en este caso es totalmente fiable.

Clarissa se llevó una mano temblorosa al pecho. Xander alzó las cejas.

—¿Satisfecha?

Ella negó despacio.

—No. En absoluto.

No tenía tiempo para aquello, pero era su hermana pequeña, y la devastación que veía en sus ojos azules le dolía. No creía haberse equivocado al separarla años atrás de un bastardo despiadado como Villiers, pero ahora Clarissa era una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones. Y odiaba verla tan infeliz.

—Si quieres a Villiers, deberías quedarte con él, Louie —dijo en voz baja.

Ella se sobresaltó.

—Oh… yo no…

—Sí, sabes perfectamente de qué hablo. Nunca has mirado a nadie más. Quizá me gustaría verte casada con un terrateniente agradable y tranquilo, pero no parece que eso vaya a suceder, ¿verdad? Si después de todos estos años sigues queriéndolo, no me interpondré en tu camino.

—Es demasiado tarde —susurró Clarissa, con voz afligida—. Demasiado tarde para nosotros.

—¡Gideon!

Victoria cruzó casi volando la sala de estar para saludar a su hermano y quedó envuelta en un abrazo tan fuerte que le arrancó la risa. Logró liberarse y lo miró, divertida, recorriendo con la vista su

rostro sencillo y de nariz chata. Parecía más un jornalero que el hijo de un conde.

—Déjame respirar, querido. Nunca has sabido cuán fuerte eres, ¿verdad? Ni siquiera cuando éramos niños…

—Eso no importa ahora —la interrumpió Gideon.

La soltó y se dio la vuelta, dándole la espalda durante un instante.

—Así que te casaste con él —dijo en voz baja.

De pronto, golpeó la palma abierta de una mano con el puño carnoso.

—¿Por qué no esperaste? Podríamos haber pensado en algo para salvar tu reputación…

Se detuvo en seco y volvió a mirarla, alarmado.

—¡No me digas que estás embarazada!

Victoria se tensó.

—Por supuesto que no lo estoy.

Aunque podría estarlo, después de la noche anterior. Una extraña alegría le recorrió el cuerpo. Le encantaría tener hijos con Rutherford. Sin embargo, preferiría morir antes que discutir algo así con su hermano, y además tenía la sensación de que aquella idea podría provocarle un ataque de apoplejía. Resultaba evidente que no aprobaba ese matrimonio.

Habló con más calma.

—Simplemente no queríamos esperar.

—Apuesto a que sí —murmuró Gideon.

Victoria se llevó las manos a las caderas.

—¿Y eso qué significa? Gideon, entiendo que tú y Rutherford hayáis tenido vuestras diferencias por esos rebeldes, pero si supieras lo feliz que me ha hecho, lo comprenderías…

—¡No, Victoria! —Gideon alzó la mano, visiblemente desbordado por la emoción—. No sigas.

Sus ojos ardían bajo las cejas pobladas.

—Querida hermana, usa el cerebro que Dios te dio. ¿Quién crees que me metió en la cárcel? ¡Rutherford!

Instintivamente, ella negó con la cabeza, una y otra vez, mientras su nuevo y brillante mundo se resquebrajaba a su alrededor. Todo encajaba de una forma horrible y perfecta. Durante todo ese tiempo había suplicado, negociado, luchado, incluso rozado la traición para sacar a su hermano de prisión, cuando, de no haber sido por Rutherford, Gideon jamás habría sido encarcelado.

Ajeno al impacto de sus palabras, Gideon continuó:

—Y ahora enviará a hombres inocentes a la muerte por su orgullo obstinado. No admite que se ha equivocado.

Siguió hablando, pero Victoria apenas lo oía.

Siempre había sospechado que Rutherford tenía el poder de conseguir la liberación de Gideon, si así lo deseaba. Se había negado explícitamente a hacerlo. Ella lo había odiado por ello, aunque su parte racional había terminado comprendiendo su versión de los hechos, su desesperación por atrapar a los rebeldes. La única pista que había encontrado era Gideon.

Pero la crueldad que permitía a un hombre arrojar a un párroco rural a una cárcel infestada de ratas y enfermedades, solo para arrancarle información, la horrorizaba.

¿Cómo había podido casarse con ella después de aquello? No le había mentido de forma directa, sino por omisión. Y, en cierto modo, eso era aún peor.

Gideon le tomó la mano con ambas, devolviéndola al presente.

—Victoria, hay alguien conmigo. Alguien que espero que haga cambiar de opinión a Rutherford. ¿Podrías ir a buscar a tu marido, por favor?

—Ha salido a caballo —respondió ella, aturdida.

Logró recomponerse lo suficiente para tocar el timbre. Cuando el mayordomo apareció, le ordenó que buscara a su marido y le pidiera que regresara con urgencia. Luego se volvió hacia Gideon.

—Quizá puedan encontrarlo en los establos, si aún no se ha marchado. ¿Quién es ese hombre del que hablas?

—El líder de los hombres que marcharon contra Rutherford aquel día.

—¿Un hombre acusado de incendiar esta casa? —Victoria abrió los ojos de par en par—. ¿Lo trajiste aquí? ¿Y lo dejaste sin vigilancia?

—Es inocente —respondió Gideon en voz baja—. Lo convencí de que, a diferencia del antiguo duque, tu esposo es un hombre razonable y escuchará su historia con imparcialidad.

Victoria dudaba mucho de que aquello fuera cierto. Para Rutherford, lo esencial era cerrar ese caso y avanzar a la siguiente etapa de su vida. Aquellos hombres locales habían sido el eje de su investigación desde el principio. Si demostraban su inocencia, ¿dónde buscaría entonces al verdadero pirómano?

De pronto, preguntó:

—¿Por qué le dijiste a Rutherford dónde estaban los rebeldes?

Gideon evitó mirarla a los ojos.

—Era hora de sacarlos de su escondite. No podían huir eternamente. Estoy seguro de que, si Rutherford escucha su versión de la historia, los absolverá. Su mayor error, cuando se produjo el incendio, fue huir.

Le tomó las manos con las suyas, grandes y ásperas.

—¿Hablarás con él, Victoria? ¿Intentarás hacerle entrar en razón?

Ella asintió, con la mente sumida en el caos.

—Lo intentaré.

El lacayo entregó el mensaje a Xander antes de que llegara a los establos.

Clifford estaba allí.

Xander casi perdió el equilibrio. Se quedó sin aliento, como si el sirviente le hubiera propinado un puñetazo en el estómago en lugar de transmitir la noticia con la deferencia debida a un duque.

El hermano de Victoria lo esperaba en la biblioteca, acompañado por el jefe de los rebeldes. Eso significaba que Victoria quizá ya conociera la verdad. Clifford debía de haberle contado cómo Xander la había engañado. El furioso vicario no guardaría semejante revelación para sí.

El lacayo carraspeó discretamente, como instándolo a reaccionar. De pronto, Xander recordó el motivo por el que se dirigía a los establos. Evidentemente, Clifford se había adelantado a su intención de reunir a los rebeldes. Ya no había necesidad de salir a caballo aquel día.

Apenas capaz de recobrar el aliento, envió al criado a llamar a Villiers y a Silas.

No regresó de inmediato a la casa. Alzó la vista y entrecerró los ojos frente al sol hasta que le dolieron y pequeñas luces de colores danzaron ante su visión. Necesitaba reunir valor para enfrentarse a ella.

A ciegas, se dio la vuelta y avanzó hacia la casa. Un terror desconocido le martilleaba la cabeza y le oprimía los pulmones. Ahora pagaría por lo que había hecho.

Apenas pensó en el propósito declarado de la visita de Clifford. ¿Los rebeldes allí, en el castillo de Rutherford? No tenía sentido,

pero no podía permitirse reflexionar sobre ello. Tenía que encontrar la forma de apaciguar a su esposa, de hacerla comprender. Había hecho lo que debía.

Pero ¿lo perdonaría por haberla engañado, por haberse casado con ella sin decirle la verdad? Apretó los puños, luchando contra el pánico. Debía perdonarlo. Si no lo hacía, no le quedaría nada.

Subió las escaleras que conducían a la terraza con la sensación de llevar plomo en las botas. Cada paso lo acercaba al desastre. El corazón le golpeaba con fuerza el pecho.

Se apoyó en la barandilla y respiró hondo, tembloroso. Había afrontado la muerte, la pérdida, el dolor y las peores crueldades que los seres humanos pueden infligirse unos a otros. Siempre había cumplido su deber con estoicismo. Sin embargo, su estómago se revolvió al pensar en perder a Victoria. Tras apenas unos días de matrimonio, la vida sin ella se había vuelto impensable.

Pero no, ella no lo abandonaría. Su brillante y valiente Victoria no elegiría el camino fácil. Se quedaría, pero su orgullo no le permitiría entregarse por completo, como había hecho en la noche de bodas. Retendría su alegría y su pasión para que él no pudiera herirla de nuevo. Un precio alto por su cobardía.

Porque cuando se pierde la confianza de alguien, nunca se recupera del todo. Xander había aprendido esa lección el día en que su padre le confesó que su obsesión secreta por el juego había arruinado a la familia. Todo lo bueno que William Blackwood había hecho durante su infancia se había evaporado en un instante, junto con el futuro de todos aquellos a quienes había afirmado amar.

Se dirigió a la biblioteca, donde el lacayo le había dicho que lo esperaba el vicario. El sirviente no había mencionado a Victoria. ¿Estaría ella allí también, del lado de su hermano, en su contra?

No llegó tan lejos.

En el vestíbulo, Victoria le cerró el paso. Sus ojos estaban llenos de dolor.

—He visto a mi hermano —dijo, y su voz resonó en el atrio de mármol.

Xander se detuvo en seco. De pronto, no había suficiente aire en el amplio espacio inundado por la corriente. Todos sus temores se agolparon en su mente. Ella lo sabía. La perdería. Era lo más importante de su vida. Dios, cuánto la amaba.

La comprensión lo golpeó con la fuerza de una diligencia desbocada, dejándolo sin aliento, aterrorizado, desesperado por mantener el equilibrio. Necesitaba explicarse, convencerla de que lo perdonara, de que se quedara.

Al ver la expresión de su rostro, la antigua certeza de que ella permanecería a su lado, pasara lo que pasara, se marchitó y murió. Ella se iría. Era su esposa, pero no se quedaría con un hombre como él.

Xander sabía lo que significaba una traición. Y ahora había infligido la misma herida a la persona que más le importaba en el mundo.

Los ojos de Victoria brillaban con una intensidad devastadora en su rostro demacrado.

—Fuiste tú —susurró—. Tú mandaste a mi hermano a la cárcel.

Capítulo 17

No te olvides del resto, se dijo Xander en silencio. Te secuestré y te retuve para pedir rescate, aunque te aseguré que lo hacía para protegerte. Robé tu diario y leí los secretos más íntimos de tu cuerpo y de tu alma. Y también los utilicé, de todas las formas que pude.

Se enderezó, apretando los puños, preparándose para luchar por ella con todas sus fuerzas. Necesitó dos intentos para recuperar la voz.

—Victoria —logró decir—. En aquel momento creí que no tenía otra alternativa. Ese incendio mató e hirió a veinte personas. No todas eran familiares. Algunas eran sirvientes.

Respiró hondo, obligando al aire a llenar sus pulmones doloridos.

—Dos de ellos eran niños.

La mirada de ella vaciló. Las lágrimas brotaron de aquellos hermosos ojos.

Como Victoria no decía nada, él prosiguió:

—Todas las pruebas apuntan a esos hombres. Todas las que tenemos los vinculan con el incendio. Además, huyeron en lugar de enfrentarse a su acusador. ¿Qué otra cosa podía pensar sino que eran culpables? Tu hermano admitió que los ayudó y fue cómplice de su huida. Olvida el cargo de sedición. Gideon es cómplice de asesinato.

Los labios de Victoria temblaron. Se mordió el inferior hasta que la delicada carne se volvió blanca. A Xander le partía el pecho

verla luchar con tanto empeño por mantenerse firme.

Esperó, deseando con desesperación que lo comprendiera.

Al final, ella habló, clavándose el puño cerrado en el pecho, como si le doliera el corazón.

—¿No había otra forma de persuadir a mi hermano para que te dijera la verdad? ¿Tenías que enviarlo a la cárcel?

Xander se pasó la mano por el pelo y la dejó caer a un lado.

—¿Cómo explicarlo? Quizá sí. Tú conoces a tu hermano. ¿Tú qué habrías hecho?

Ella guardó silencio unos instantes, con el rostro grave y preocupado.

—Me mentiste.

—Sí —admitió él con un suspiro—. Y hay algo peor.

Victoria apretó la mandíbula. Cada músculo de su cuerpo se tensó, como si se preparara para un golpe.

Qué difícil resultaba hacerle daño de ese modo. Sin embargo, necesitaba confesarlo todo, no permitir que la mentira se enquistara como una herida abierta.

—Cuando te secuestré, no fue para protegerte. Te retuve hasta que tu hermano me dio la información que quería. La carta que escribí aquella primera mañana era una nota de rescate. Ese era mi método de persuasión.

El color abandonó el rostro de Victoria. La dolorosa confusión que vio en sus ojos le hizo desear abrazarla, pero no se había ganado ese derecho. No soportaría que ella rechazara su contacto, así que mantuvo las manos cerradas a los costados.

Cómo desearía poder explicárselo en un lugar más privado que aquella fría entrada de mármol, pero tenía que decirlo ahora o quizá no volvería a reunir el valor necesario.

—Sospechabas que yo hacía algo más que mover papeles en el Ministerio del Interior. Tenías razón. Me llamaban el Ejecutor. Ningún trabajo era demasiado difícil o demasiado sucio para mí. Trataba con la escoria, los villanos y los corruptos. Hombres que no actúan dentro de los límites de la ley. Para derrotarlos, a veces hay que jugar fuera de las reglas.

Victoria alzó una mano, como si quisiera apartar aquellas palabras.

Pero él debía continuar.

—Me he contaminado con ese mundo, Victoria. Para sobrevivir allí, los sentimientos no pueden interferir. Cuando encarcelé a tu hermano, cuando te secuestré, solo eras un encargo. Fue más tarde cuando te convertiste en algo mucho más importante.

Sacudió la cabeza, maravillado por su propia ceguera.

—¿Sabes cuál ha sido siempre mi lema? El fin justifica los medios. Me convencí de que no servía de nada contarte la verdad, de que lo único importante era que estuviéramos juntos. Fui un cobarde. Tenía miedo de perderte.

Su voz se volvió áspera.

—Más miedo del que he sentido nunca.

—Por eso querías casarte tan rápido, ¿verdad? —dijo ella—. Antes de que lo descubriera.

Lo que él recordaba con mayor claridad era la necesidad desesperada de hacerla suya y volver a poseer aquel hermoso cuerpo sin demora.

—Desde luego, no era la razón más noble.

Un leve rubor tiñó las mejillas de Victoria. El corazón de Xander dio un salto al ver cómo recuperaba el color.

Apenas se atrevía a interpretar lo que eso podía significar.

Ella hizo un gesto con la mano.

—No sé qué pensar.

—No me atrevo a suplicarte que me perdones todavía —respondió Xander, esforzándose por mantener la voz firme, por no alimentar esperanzas—. Solo puedo prometerte que nunca volveré a mentirte.

Victoria lo miró con seriedad.

—Me atrevería a decir que ambos tenemos nuestros secretos.

¿Estaría pensando en el diario? Él había robado ese secreto.

La culpa y la vergüenza lo golpearon como un viento helado. Debería confesarlo también, pero ella no parecía capaz de soportar mucho más. Otra revelación devastadora y su frágil control podría romperse. No podía hacerle tanto daño.

Y, aun así, una parte más honesta de sí mismo le decía que ese razonamiento no era más que otra cobardía.

Xander le tomó las manos entre las suyas, con una añoranza tan intensa que ahogó cualquier objeción de su conciencia. Quería volver a estrecharla entre sus brazos, a cualquier precio. Quería decirle cuánto significaba para él, pero las palabras se negaban a salir.

Cuando ella no se apartó, la esperanza comenzó a enroscarse en su interior, creciendo hasta apretarle dolorosamente el pecho. Esperó. La espera le pareció interminable.

Al final, Victoria respiró hondo, temblorosa.

—No deberías haber ocultado la verdad. Pero saberlo no habría cambiado nada.

Sus labios se curvaron en una suave burla.

—No creo que nada hubiera podido impedirme amarte.

El alivio casi lo desarmó. Con el corazón desbocado, inclinó la cabeza, temeroso de tocarla por miedo a que se desvaneciera como un espejismo.

—No te merezco.

Alzó la vista y se perdió en aquellos ojos color brandy.

—Pero soy lo bastante presuntuoso como para amarte también.

Ella sonrió y le rodeó el cuello con los brazos.

—Oh, querido. Lo sé.



Xander llegó tarde a la entrevista con el vicario y con Tucker, el líder rebelde, pero por la mejor de las razones: había estado besando a su esposa. Su amor.

De un humor extraordinariamente indulgente con el mundo, escuchó el relato de Tucker sin interrumpirlo.

Cuando terminó, apoyó la cabeza contra el alto respaldo de cuero del sillón para pensar.

—¿Lo ve? —dijo Gideon con entusiasmo—. Es tal como le dije. Los hombres subieron a la casa para presentar sus demandas al nuevo duque. Eligieron un día decisivo para toda la finca, cuando se leyó el testamento del viejo duque.

—Ni siquiera habíamos llegado cuando olimos humo y los sirvientes dieron la alarma —añadió Tucker.

Xander alzó la mano para imponer silencio.

—Caballeros, ya he escuchado suficiente.

Tomó un lápiz y lo golpeó suavemente contra el escritorio.

—Bien —continuó despacio—. Supongamos que les creo. ¿En qué situación me deja eso? —Fijó la mirada en Tucker—. ¿Saben quién provocó el incendio?

—No, Su Excelencia.

La respuesta fue inmediata, pero Xander no quedó convencido. Observó a Tucker con el ceño fruncido. El hombre alzó la barbilla, negándose a intimidarse.

Xander reprimió un juramento de frustración. Alguien debía saber algo. Siempre ocurría en comunidades pequeñas como aquella. Sin embargo, dudaba que las amenazas sirvieran de algo, ni con Tucker ni con Gideon. Por el momento, lo dejaría pasar.

—Si oye algo o recuerda cualquier detalle sospechoso, hágamelo saber.

Gideon tenía un brillo en los ojos que no le inspiraba confianza. Era un bastardo astuto para ser vicario.

—Supongamos que sabemos algo interesante —dijo—. ¿Valdría la pena revelarlo?

—Salvaría el cuello de tus amigos, si es eso lo que insinúas —gruñó Xander.

Lo observó unos instantes antes de dirigirse a Tucker.

—Muy bien. ¿Qué esperarían tus hombres a cambio?

—Quieren volver a trabajar en la finca —respondió Gideon antes de que Tucker pudiera hacerlo—. Con un salario decente, por supuesto, no la miseria que pagaba el viejo duque, y un alquiler justo.

Xander dudó. ¿Qué daño podía hacer? De lo contrario, tendría que reemplazar a aquellos hombres. Además, creía la historia de Tucker. En su oficio había desarrollado un instinto agudo para juzgar a las personas, y aquel hombre parecía justo el tipo de trabajador que deseaba: honesto, fiable y directo.

Y necesitaba esa información.

—Una vez que haya conocido a cada uno de sus hombres y esté convencido de su buen carácter, no veo por qué no.

Gideon sonrió y se levantó para estrecharle la mano.

—Trato hecho.

—¿Y la información? —preguntó Xander, mojando una pluma en tinta y ocultando su impaciencia—. No pidan más de lo que ya han conseguido.

Tucker habló entonces.

—Los hombres y yo creemos que fue un forastero. Llegó a la zona quizá un mes antes de que empezaran los problemas. Se llamaba Hoskins.

Inútil. Xander dejó la pluma.

Para la gente del campo, cualquiera cuyo bisabuelo no hubiera nacido en el distrito resultaba sospechoso.

—Era un joven impulsivo —continuó Tucker—. Siempre buscaba peleas, problemas. Cada vez que hablábamos de reclamar salarios y alquileres justos, él insistía en una revuelta abierta.

Xander se enderezó y volvió a tomar la pluma. En el Ministerio del Interior corrían rumores de que algunos espías enviados a zonas rurales e industriales para detectar disturbios en realidad los provocaban, para luego delatar a los responsables y cobrar recompensas. Nadie sabía si aquellos agentes provocadores existían de verdad. Tal vez acababa de encontrar uno.

—¿Y qué le hace pensar que fue él quien encendió la mecha? —preguntó, anotando todo con cuidado.

—Estaba muy interesado en acompañarnos cuando fuimos a ver al duque, pero aquel día no apareció por ningún lado. Según se dice por aquí, desapareció entonces y no volvió jamás.

Aquello podía conducir a algo.

—¿Puede describírmelo? Estatura, color de pelo…

La descripción podría haber encajado con cualquier joven.

—Podría dibujarlo, si le parece —dijo Tucker—. Se me da bien el lápiz.

Xander le pasó los utensilios necesarios. El hombre se puso a trabajar con trazos rápidos y seguros. En poco tiempo terminó un

boceto y se lo entregó.

Por desgracia, Xander no reconoció a nadie. Aun así, lo consultaría en el Ministerio del Interior. Suspiró. Otro viaje a Londres, cuando necesitaba permanecer en Rutherford. Al menos, esta vez podría llevarse a Victoria consigo.

Guardó el retrato en su expediente y se levantó para despedirlos.

Tucker lo miró a los ojos y le tendió la mano. Xander se la estrechó sin vacilar, antes de comprender que aquel gesto era una prueba.

Lo observó con seriedad.

—Tengo intención de hacer cambios aquí, Tucker. Cambios importantes. Confío en contar con su apoyo.

Tucker entrecerró un ojo e inclinó la cabeza.

—Es posible, Su Alteza. Ya lo veremos.



Los aposentos del duque respiraban lujo, en contraste con el resto de la casa, destartalada y casi espartana. Evidentemente, el viejo duque no había escatimado en su propia comodidad. Victoria estaba sentada en el suelo, junto a la chimenea de su salón privado, bebiendo una copa de brandy. Sonrió al pasar la mano por la gruesa alfombra de Aubusson. El sabor ardiente del coñac le trajo recuerdos de aquella noche en el pabellón de caza, cuando Rutherford la había dominado por completo. Ahora aguardaba a que lo hiciera de nuevo.

Una reunión con el mayordomo había ocupado a Rutherford desde poco después de la marcha de Gideon. Victoria había dispuesto que les sirvieran una cena ligera en la biblioteca, donde trabajaban con los libros de la finca. Era una lástima no cenar juntos en su primera noche en el nuevo hogar, pero un buen amo atendía a

sus tierras y a sus arrendatarios antes de pensar en su propio confort. Victoria aprobaba la dedicación de su marido.

Apretó la copa entre las palmas y agitó el líquido ámbar para templarlo. La alzó en silencio, brindando por él, y dio otro sorbo. Valor holandés. Aquella noche, sin embargo, se limitaría a una sola copa.

Se impondría de una vez por todas. Le diría a Rutherford todo lo que deseaba. Le haría comprender que no era una flor delicada. Victoria quería al amante audaz y devastador del pabellón de caza, antes de que él pensara en ella únicamente como en su esposa. Quería caer del pedestal en el que la había colocado, directamente en sus brazos fuertes y apasionados.

La puerta del dormitorio de Rutherford se abrió y se cerró, interrumpiendo sus pensamientos. ¿Rutherford?

Dejó la copa sobre la mesa y sintió cómo el corazón se le aceleraba. Al aguzar el oído, distinguió el murmullo de voces. Rutherford y su nuevo ayuda de cámara, otra de las cargas del ducado de las que Xander parecía más feliz prescindiendo. Esperaría a que Dawkins se marchara. Y entonces…

Le pareció una eternidad hasta que el ayuda de cámara salió del dormitorio de Xander.

Victoria aguardó unos instantes. Luego, en silencio, se acercó a la puerta y miró con cautela. No había nadie. Seguramente Xander no se habría ido también. Tal vez se encontraba en su vestidor.

Riendo entre dientes por su malentendido, se dirigió hacia la puerta comunicante al otro lado de la estancia. Antes de llegar, oyó un ruido procedente del vestidor. Así que Rutherford seguía allí.

Cambió de dirección y avanzó hacia el lugar de donde provenía el sonido. Qué apartamento tan ridículamente grande para un solo hombre.

En el umbral se detuvo en seco y se llevó la mano a la boca.

Él no la vio. Tenía los ojos cerrados. La bata estaba abierta, dejando al descubierto su pecho musculoso y el abdomen plano, salpicado de vello oscuro que descendía en línea recta hasta el ombligo. Una mano grande rodeaba su erección, subía por el tallo, se cerraba sobre la cabeza y volvía a deslizarse por toda su longitud, mientras la otra apretaba la base del miembro. Un rubor rojo oscuro manchaba la cresta de sus pómulos. Su excitación estaba igualmente enrojecida, con la punta brillante de humedad mientras movía la mano arriba y abajo.

Aturdida y desorientada, Victoria contuvo la respiración, sin saber cómo reaccionar. Lo observó, horrorizada y fascinada a la vez, contemplando aquella visión de poder masculino, la expresión de concentración y éxtasis en su rostro, casi insoportablemente erótica. Pero cuando sus movimientos se aceleraron, su mente terminó por comprender lo que veía.

—¡Rutherford! —Gritó ella.

Abrió los ojos de golpe. Vidriosos y brillantes, tardaron un instante en enfocarla.

—¡Victoria!

El horror inundó su expresión.

—Oh, maldición.

Se cubrió con rapidez y se abrochó la bata, aunque la tela exótica se arrugó allí donde su excitación aún empujaba.

—Debería haber sabido que no debía hacer caso a Romney —murmuró.

—¿Perdón? —dijo ella, insegura de haber oído bien.

Él no repitió la frase. Se limitó a mirarla con un deseo extraño y angustiado que la inquietó aún más.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó—. Quiero decir, veo perfectamente lo que estabas haciendo. No soy tan ingenua como para no saberlo… pero ¿por qué, Xander?

¿No soy suficiente?

Abrió la boca, la cerró y se pasó la mano por el pelo.

—Oh, demonios.

La tomó del brazo y la condujo de vuelta a su dormitorio.

De pie junto a la cama, uno frente al otro, Rutherford se aferró al poste y se apartó medio cuerpo, apretando la mano alrededor de la madera tallada. Parecía dolorosamente avergonzado, sin saber por dónde empezar a explicarse.

Ella no podía dejarlo pasar. ¿Por qué necesitaba hacerse aquello cuando ella estaba en la habitación contigua, lista y esperando? Una sensación enfermiza de aprensión la invadió. ¿Le ocurría algo?

De pronto se preguntó si podría soportar escuchar la respuesta. Tal vez había actuado así por la misma razón por la que Héctor había dejado de acudir a su lecho. Tal vez, como Héctor, no podía mantener su dureza durante mucho tiempo sin ayudarse a sí mismo. ¿Quizá ella no lo excitaba lo suficiente? ¿Había sido demasiado atrevida antes? Se había esforzado por ser callada y sumisa, por dejar que él guiara.

Con el rostro aún enrojecido, Rutherford habló al fin.

—Victoria, no sé envolver esto en palabras delicadas, así que lo diré sin rodeos. Cuando un hombre desea a una mujer tanto como yo te deseo a ti, a veces alcanza el clímax antes de que ella esté preparada. Eso resulta insatisfactorio para ambos. En ocasiones, el hombre se procura alivio antes, para poder dar placer a su dama sin… terminar prematuramente.

Dudó.

—Tú prefieres las cosas lentas y suaves, y a veces mi… mi necesidad es tan abrumadora que no puedo ir despacio. Tuve que… hacerlo para poder complacerte. ¿Tiene sentido?

El alivio la inundó. ¿Cómo podía importarle que su marido la deseara demasiado para controlarse? Pero ¿de dónde había sacado la idea de sus preferencias?

—Francamente, creo que es la mayor tontería que he oído jamás. No quiero que te contengas conmigo. ¿Cuándo te he dado a entender que deseaba tal moderación?

Por un instante pareció atónito. Con las fosas nasales dilatadas, fue hasta una cómoda y sacó un libro. Lo lanzó al aire y cayó sobre la cama con un revoloteo de páginas.

Le bastó una mirada para reconocerlo. El corazón le dio un vuelco.

—¿Mi diario?

Se abalanzó sobre la cama y lo agarró.

—¿Me has robado el diario? ¿Y lo has leído?

Una oleada de humillación la atravesó. Se sentó, abrazándolo contra el pecho.

—¿Por qué?

Rutherford suspiró.

—Pensé que era tu diario político.

Ella lo miró sin comprender.

—Cuando ibas a amenazar a Harland, dijiste que basarías tus memorias en un diario —explicó él.

Victoria se pasó una mano cansada por los ojos.

—Ah. Ese diario. Pero ese diario no existe.

—Eso me dijiste. Aun así, creí que existía cuando lo robé de tu casa.

—Y lo leíste —murmuró ella, negando lentamente con la cabeza—. No sabía que hablases italiano con tanta fluidez.

Él esbozó una sonrisa forzada.

—Hay muchas respuestas posibles, pero me callaré.

—Esto no tiene gracia.

Arrojó el diario sobre la cama y empezó a pasearse. No era solo que él hubiera descubierto sus anhelos y pensamientos más íntimos. Podía soportar la vergüenza. Lo insoportable era comprobar que estaba dispuesto a cruzar cualquier límite para conseguir lo que quería. ¿Podría vivir con un hombre cuyo sentido del honor era tan retorcido?

Temblando de dolor y furia, se volvió hacia él.

—¿Qué más me vas a contar? Primero encarcelas a mi hermano, luego me secuestras y pides rescate. Y ahora lees mi diario. Las dos primeras cosas las has explicado. Cumplías con tu deber. Pero no intentes decirme que leer mis fantasías privadas…

Resopló.

—… también formaba parte de ese deber. ¿No hay nada que no estés dispuesto a hacer para salirte con la tuya?

La expresión devastada de su rostro le indicó que había más. Se le anudó el estómago. Se aferró al poste de la cama, apretando la mandíbula.

—¿Qué ocurre? Xander, si no me lo cuentas todo ahora…

Él alzó la mano para detenerla.

—Clarissa también leyó el diario. Me lo tradujo. No supe lo que era hasta que terminó.

—¡Clarissa!

—No son tonterías —dijo él en voz baja—. Muchas partes eran líricas, incluso hermosas. Me conmovió lo que escribiste. Y me excitó.

Sabía que pretendía halagarla, pero la idea de que hubiera leído aquel diario la abrumó aún más. Que además lo hubiera disfrutado solo empeoraba la humillación. No lo había escrito para él. Lo había escrito para sí misma. Y Clarissa… ¿qué pensaría ahora?

—¿Clarissa sabe que lo escribí?

—No se lo he dicho, pero probablemente lo haya deducido.

Victoria tiró de la colcha. Los recuerdos de lo que había escrito la atravesaron como flechas. Apretó la tela, conteniendo el grito. Cómo deseaba haber quemado aquel libro.

Su vergüenza palidecía ante la gravedad de lo que él había hecho.

—Leer mi diario… y lo que es peor, usar esa información conmigo… ¿no ves lo mal que has actuado?

Su rostro se endureció, aunque sus ojos grises ardían.

—Estuvo mal. Muy mal. Lo supe al leer la primera página.

Tragó saliva.

—Lo siento.

Había admitido su culpa, pero no bastaba.

—Y aun así, esta noche has actuado basándote en lo que leíste. Si no te hubiera sorprendido… ¿me lo habrías dicho? Me empujaste al matrimonio sabiendo que me habías engañado. ¿Y si no te hubiera perdonado? ¿Lo pensaste siquiera?

—Sí —respondió él, apartando la mirada—. Asumí un riesgo calculado.

Ella dejó escapar una risa incrédula.

—Desde luego. ¿Cuál era tu lema? El fin justifica los medios. Qué apropiado.

En dos zancadas, Rutherford llegó hasta ella y la rodeó con los brazos. Algo salvaje y desesperado en su mirada la atrajo, incluso cuando intentaba resistirse. Su cuerpo reaccionó de inmediato, traicionándola. Luchó por sofocar la excitación. Tenía que luchar por su futuro, no derretirse bajo su contacto.

Intentó apartarlo, inútilmente. Con un suspiro entrecortado, él la soltó, pero le enmarcó el rostro con las manos en un gesto tan

tierno que le dolió el pecho.

—Victoria, te dije lo que he sido. Cuando acepté ese trabajo necesitaba dinero desesperadamente: cinco bocas que alimentar, deudas que pagar. En esa vida no había lugar para la decencia ni el honor.

Su pulgar rozó los labios de ella.

—Pero eso va a cambiar. Te amo.

No dudaba de su sinceridad. La cercanía casi la convenció. Casi. Pero la había amado y aun así se había aprovechado de ella. ¿Cómo confiar en que no volvería a hacerlo?

Apoyó las manos en sus brazos.

—No me dejes. Podemos arreglarlo. Dame otra oportunidad.

Contuvo las lágrimas.

—¿Cómo lo sabré? ¿Cómo sabré que has cambiado antes de que sea demasiado tarde?

Tembló, hundiendo los dedos de los pies en la alfombra.

—No hablemos más. Necesito estar sola. Pensar.

Rutherford le agarró la muñeca.

—Así no se soluciona. No te dejaré marchar.

Ella soltó una risa quebrada.

—¿Me encerrarás en una torre?

Él se estremeció. El dolor en sus ojos la desgarró. Quería consolarlo, pero no podía ceder.

Xander debió de leer la determinación en su rostro. Lentamente, soltó su muñeca y se dio la vuelta.

Xander oyó el sonido de sus pies descalzos cruzando la moqueta y el suave clic de la puerta comunicante al cerrarse.

Se había ido.

Las entrañas se le retorcieron con la certeza de que quizá no regresaría jamás, tal como había temido cuando ella lo enfrentó en el vestíbulo aquella tarde. Un dolor feroz le quemó el pecho y la garganta se le cerró hasta apenas poder respirar.

Se aferró al poste de la cama, con la cabeza inclinada, luchando contra la pérdida más profunda que había sentido desde la muerte de su padre, sin haber recibido el perdón de su primogénito.

¿Había olvidado por completo lo que significaba ser un caballero, un hombre íntegro? Siempre había considerado su papel en el Ministerio del Interior como una armadura, algo que se quitaba al abandonar esa vida.

Se había engañado.

Encarcelar a su hermano, secuestrarla, pedir rescate… todo podía excusarse como cumplimiento del deber. No la conocía ni la amaba entonces.

Leer el diario y utilizarlo era distinto.

Debió quemar la traducción y devolver el original. Pero estaba demasiado atrapado en aquel mundo de pasión. Luego, demasiado desesperado por complacerla.

La verdad era fea. Había creído que podía desprenderse de esa vida como de un abrigo viejo.

¿Tenía razón Victoria? ¿Era demasiado tarde?

Apretó la mandíbula. No. No podía serlo. Tenía que demostrar que era digno de su confianza.

La alternativa era demasiado oscura para contemplarla.

Capítulo 18

El placer es fortuito y efímero. Solo el amor perdura.

Dafne deshizo el último baúl de milady… no, se corrigió mentalmente: Su Excelencia, y clasificó la ropa en montones bien ordenados: la que debía lavarse, la que había que airear y la que necesitaba planchado.

—El vestido de seda verde para esta noche, creo —murmuró, tarareando para sí mientras lo extendía sobre la colcha.

Con un ligero planchado estaría listo. A la duquesa le sentaba de maravilla aquel tono de verde. Y con el conjunto de esmeraldas a juego, estaría deslumbrante. El duque estaría orgulloso.

Un golpeteo en la puerta interrumpió su labor. Alzó la vista y vio a una de las criadas del piso superior haciendo una reverencia, con una expresión astuta en los ojos.

—¿Qué ocurre, muchacha? —preguntó Dafne con brío.

No era de las que olvidaban su elevada posición como doncella personal de la duquesa, y tampoco permitía que los demás la olvidaran.

—Si es tan amable, señorita Phillips… Un caballero me ha pedido que le entregue esto.

La joven le tendió una nota arrugada. Dafne comprendió de inmediato el motivo de aquella mirada cómplice.

Debería negarse a recibir mensajes de hombres desconocidos. Se humedeció los labios. Pero aquel hombre en particular…

—Es muy guapo —añadió la criada, con aire especulativo.

Como si dijera: *«Ocuparé tu lugar si tú no lo haces».*

«Por encima de mi cadáver», pensó Dafne, arrebatando la nota.

—Muy bien, no te quedes ahí boquiabierta. ¡Vete!

Esperó hasta que la muchacha salió del dormitorio y cerró la puerta con rapidez. Había creído que no volvería a verlo, pero había regresado. No podía mantenerse alejado.

Le temblaron los dedos al desplegar la nota.

Reúnete conmigo detrás de la lavandería a las once en punto.

No falles.

¡Vaya! Desde luego, no pensaba reunirse con él tras una invitación semejante.

Ni una palabra amable. Ni siquiera una petición cortés.

Con un resoplido, se guardó la nota en el bolsillo y retomó su trabajo.

Por supuesto, tendría que ir a la lavandería en algún momento del día. Hasta encontrar a una lavandera de absoluta confianza, debía supervisar personalmente el cuidado de las prendas íntimas de la duquesa.

Y si, por casualidad, se cruzaba con él mientras trabajaba, ¿quién podría reprochárselo? Lo ignoraría, desde luego. No merecía más por pensar que podía llamarla como a un perro.

Terminó de clasificar la ropa sin prisas y tomó la cesta rebosante para llevarla a la lavandería.

Una cálida expectación le anidó en el pecho.



El día amaneció luminoso y fresco, impregnado del canto de los pájaros y del aroma de las flores primaverales. Victoria no logró apreciar aquella belleza mientras salía con Clarissa para visitar a algunos de los arrendatarios de Rutherford. Habría preferido quedarse en la cama, con las persianas bajadas y las mantas sobre la cabeza.

Sin embargo, el deber la reclamaba, y sabía que era mejor mantenerse ocupada que abandonarse a la obsesión por el desastre en que se había convertido su matrimonio. Aun así, pese a una mañana llena de actividad, la angustia por Rutherford impregnaba sus pensamientos, volviéndola apática e irritable.

Parte de ella deseaba poder pasar por alto lo ocurrido y continuar con su nueva vida. Pero no podía. Necesitaba saber que existían límites de decencia y honor que Rutherford jamás cruzaría. Necesitaba confiar en él.

El problema era que no sabía cómo podría ganarse esa confianza. Ojalá pudiera imponerle tres pruebas, como los trabajos de Hércules. Ojalá existiera alguna garantía. Pero no era tan sencillo. Tal vez, al final, tendría que fiarse de su conducta futura, aunque aún no estaba preparada para ello.

Atravesaron una avenida de cerezos en flor.

—¿No es precioso? —dijo Clarissa, rompiendo el silencio que se había ido espesando desde que salieron de los establos.

Su tono resultaba demasiado alegre, como si intentara animarla.

Victoria tiró suavemente de las riendas, haciendo que el caballo redujera la marcha para que Clarissa pudiera contemplar el paisaje.

No se atrevía a responder. Le había costado reunir el valor necesario para enfrentarse a Clarissa después de que Rutherford le confesara que su hermana había leído el diario. Aún no podía mirarla a los ojos.

Sabía, al menos, que Clarissa no se habría escandalizado tanto como ella por aquellos escritos apasionados. Por su reacción ante la escena entre Lady Fanny y Romney en el granero, resultaba evidente que tenía opiniones bastante liberales sobre las relaciones entre hombres y mujeres.

Aun así, la vergüenza de Victoria era abrumadora. Se le subía a la garganta, sofocándola.

Tras unos minutos de intentos fallidos de conversación y de observar el rubor persistente de Victoria, Clarissa habló:

—Lo sabes, ¿verdad?

Tras una breve vacilación, Victoria asintió.

—¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! —exclamó Clarissa, con el rostro crispado por la angustia—. Rutherford me dijo que la traducción era necesaria para su trabajo. —Buscó su mirada—. ¿Lo era? Quiero decir… ¿era realmente necesario?

—Robó el diario equivocado —respondió Victoria con sequedad.

—Oh. Oh…

Clarissa dudó y luego apoyó una mano sobre la rodilla de Victoria.

—Querida, ¿puedes perdonarme? Debería haber hecho más para protegerte. Estuve a punto de negarme a traducirlo, pero me aseguró que la información era vital para su labor en el gobierno.

La ansiedad en su rostro resultaba evidente. Victoria soportó su escrutinio hasta que no pudo más.

—¡No me mires! —dijo con voz tensa—. Estoy terriblemente avergonzada.

Clarissa habló con suavidad:

—Deberías estar orgullosa.

Victoria la miró, incrédula. El carruaje dio una sacudida y tuvo que tensar de nuevo las riendas.

—No me resulta fácil decir esto —continuó Clarissa—, pero ya que has tenido que soportar que otros leyeran tus pensamientos más íntimos, déjame decirte algo. Podrías haber estado escribiendo mi propia vida.

La sorpresa debió de reflejarse en el rostro de Victoria, porque Clarissa se apresuró a añadir:

—No me refiero a la parte de la relación, claro. Eso sería absurdo. Pero sí a ese dolor de la soledad, a ese anhelo de compañía tan intenso que casi se vuelve físico. Nunca se me habría ocurrido buscar consuelo en la escritura, aunque quizá lo intente algún día.

Victoria se sintió profundamente conmovida. Que alguien hubiera leído su diario y lo hubiera comprendido… Sin embargo, la desesperación oculta tras las palabras de Clarissa la hizo reflexionar.

—¿No hay esperanza para ti, querida? —preguntó en voz baja —. Siempre supuse que amabas a alguien inapropiado, porque una mujer con tus cualidades no permanecería soltera tanto tiempo sin motivo. Pero el marqués…

—Tal vez la hubo en su día —respondió Clarissa, esbozando una sonrisa torcida—. Pero ya no. No me perdonarán, y quizá sea mejor así. Quiero tener hijos y el tiempo se me escapa. Creo que me conformaré con un hombre amable y olvidaré lo demás.

Ojalá fuera tan sencillo, pensó Victoria.

Un movimiento brusco entre los árboles asustó al caballo. Victoria luchó por controlarlo, tan concentrada en dominar al animal y el carruaje que no advirtió las figuras que se interponían en el camino hasta que Clarissa le aferró el antebrazo con fuerza.

Alzó la vista y vio a Barnaby plantado en medio del sendero, con un brazo alrededor de la cintura de Dafne. Apuntaba a la criada a la cabeza con una pistola.

El horror la paralizó mientras Barnaby empujaba a Dafne hacia delante, exhibiéndola.

—¡Duquesa! —gritó—. Baje del carruaje, por favor. Usted también, Lady Clarissa.

Se relamió mientras ambas obedecían.

—Me alegra mucho que puedan acompañarnos.



Xander gimió. Le dolía la cabeza como si alguien le hubiera descargado un hachazo con un cuchillo de carnicero. La noche anterior se había excedido con el brandy, después de que ella se marchara. En ese estado, tenía tantas probabilidades de comprender las cuentas de la finca como de echar a volar.

Ella me está dejando.

Una y otra vez, las palabras resonaban en su cerebro hipersensible. Se pasó las manos por el pelo y parpadeó con fuerza mientras las pulcras cifras de las estrechas columnas se desdibujaban ante sus ojos.

Aunque Victoria no se había ido físicamente, no quedaba ni rastro de ella en la dama educada y fríamente correcta que lo había acompañado durante el desayuno. Aquella elegante autómata que respondía con corrección a cada una de sus palabras, pero que cortaba de raíz cualquier intento de conversación más profunda, no era la mujer impetuosa y apasionada de la que se había enamorado.

Se estaba conteniendo para que él no volviera a hacerle daño.

La idea le golpeó como un puñetazo. Era como si ella hubiera cogido un atizador y lo hubiera apaleado con él. De hecho, habría preferido eso. El dolor físico pasaba. El dolor de la retirada de Victoria podía no desaparecer jamás.

Tras aquel desayuno insoportable, el resto de la mañana transcurrió como una pesadilla. Cada minuto se estiraba hasta convertirse en una eternidad. Descifrar las cuentas había sido una

idea particularmente absurda, pero necesitaba ocupar la mente. En otras circunstancias habría encontrado alivio montando a caballo, practicando esgrima o golpeando a alguien, pero no tenía ánimos para nada de eso.

El brandy le nublaría los pensamientos, pero era demasiado temprano para beber. Además, quería tener otra oportunidad de hablar con Victoria cuando regresara de sus visitas caritativas al pueblo. Las divagaciones de un borracho no le granjearían su favor.

El corazón le dio un vuelco y comenzó a latir con violencia. Cada vez que pensaba en lo que había hecho, en el dolor que le había causado, deseaba arrancarse el corazón y arrojarlo a sus pies para que lo pisoteara. Sabía que había cometido un error terrible. Cada palabra de ella lo hundía más en su propia estima.

Pero ¿cómo compensarla? ¿Cómo recuperar su confianza?

Ahí residía la dificultad. Era experto en analizar problemas, formular planes y ejecutarlos con rapidez implacable, pero era incapaz de encontrar una solución para el enigma más importante de su vida.

El sonido de unos pasos en la terraza exterior lo sacó de sus pensamientos.

Villiers.

Xander gruñó y se recostó en la silla.

—Eliges bien tus momentos, como siempre. ¿Qué haces aquí?

Villiers se quitó el sombrero, dejó caer los guantes dentro y los depositó sobre el escritorio.

—Estoy aquí porque me pediste que viniera, viejo.

¿Cómo había podido ser tan estúpido?

—¿Lo hice?

Por más que lo intentó, no recordaba por qué. Entonces lo recordó. Había querido la ayuda de Villiers con el caso del incendio.

Villiers habló antes de que Xander pudiera responder.

—Pensé que te habías deshecho de ese mocoso llorón.

Xander parpadeó.

—¿Perdón? ¿Qué mocoso?

—Barnaby. Lo vi merodeando por aquí. Pensé que lo habías echado. —Las cejas diabólicas descendieron sobre sus ojos oscuros —. Si no lo has hecho, eres un maldito idiota. Cualquiera puede ver que está enamorado de ti.

Una elección de palabras inquietante.

—¿Enamorado? ¿Barnaby?

La sonrisa irónica de Villiers lo heló. De repente, lo comprendió.

—No querrás decir…

—Dios santo, Su Excelencia, ¿acabas de aterrizar de otro planeta? —se burló Villiers—. ¿De verdad no lo sabías?

Imposible. Xander descartó la idea de inmediato.

—Tonterías. Solo es admiración —insistió—. Me ve como un mentor. Como una figura paterna.

—Claro —ronroneó Villiers—. Y todos sabemos lo que le hizo su padre, ¿verdad?

Aquella sonrisa saturnina le heló la sangre.

Xander suspiró y se incorporó.

—Hablaré con Barnaby. Pero no es por eso por lo que te he hecho venir. Se trata del incendio.

Le contó lo que Tucker había afirmado sobre la llegada de un forastero poco antes del siniestro, alguien que había avivado el resentimiento.

—Siempre creí que esos agentes provocadores eran un mito.

—En absoluto —replicó Villiers, entrecerrando los ojos—. El Gobierno necesita demostrar que actúa contra los disturbios. Que sean reales o instigados por espías propios es irrelevante. Es una excusa perfecta para que Harland mantenga el estado de emergencia y amplíe sus poderes. No va a desalentar la práctica si le resulta útil.

—Así que podríamos estar buscando a uno de los nuestros —dijo Xander—. Un hombre del Ministerio del Interior, ávido de emoción… y de una buena recompensa. Alguien con algo que demostrar.

Villiers asintió.

—Exactamente.

—Barnaby —dijo Xander.

—Podría ser.

Con manos torpes, Xander sacó el expediente y encontró el boceto que Tucker había dibujado. Lo examinó con detenimiento, fijándose más en los rasgos que en el sombreado.

Con el pelo aclarado, la barba eliminada y la ropa adecuada, aquel dibujo bien podría ser Barnaby. Los ojos deberían haber sido inconfundibles, pero era solo un boceto a lápiz.

La revelación lo golpeó como una coz en el estómago.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto, Villiers?

El horror superó cualquier cosa que hubiera imaginado.

—No puede ser verdad.

Por una vez, incluso Villiers abrió los ojos con sorpresa.

—Está trastornado. Mató a toda esa gente para que tú fueras duque. Ese es el alcance de su devoción.

Era espantoso, pero encajaba. Dos hombres y sus hijos lo precedían en la línea de sucesión. Todos habían asistido a la lectura del testamento. Todos habían muerto en el incendio.

¿Había sido una artimaña de Barnaby?

Una bilis ardiente le subió a la garganta. El razonamiento era tan retorcido que apenas podía asimilarlo, pero tenía un sentido horrible.

Xander golpeó la mesa con el puño.

—Si es cierto, lo haré colgar por esto.

Villiers negó despacio, y la verdad cayó como un jarro de agua fría.

—Se barrerá bajo la alfombra. Harcourt no puede permitir que se sepa que ha colocado agentes provocadores por todo el país.

—Así que está protegido —murmuró Xander.

—Muy bien protegido —confirmó Villiers—. Aunque no fuera un asunto tan delicado, no pisaría una celda inglesa, y mucho menos la horca.

La frustración hirvió en Xander.

—¿Por qué?

Villiers lo miró con lástima.

—Barnaby es uno de los chicos de Harcourt.

—De Harcourt…

Todo encajó. No era extraño que sus objeciones hubieran sido ignoradas. Harcourt lo quería cerca. Demasiado cerca.

Sintió repugnancia, pero también una punzada de compasión. El padre de Barnaby lo había utilizado. Harcourt había hecho lo mismo.

—Imperdonable.

Villiers se volvió hacia la ventana.

—Con esa historia, no es de extrañar que esté medio loco.

De pronto, se giró, con los ojos brillando.

—Pero ahora lo tenemos, Rutherford. Tenemos a Harcourt bien agarrado.

Xander respondió con frialdad:

—No me interesan tus intrigas políticas. ¿Qué hacemos con ese muchacho?

Villiers se encogió de hombros.

—Envíalo lejos. Jamaica, África… Si intentas arrestarlo, Harcourt anulará los cargos antes de que lleguen a juicio.

A pesar de todo, Xander ya no estaba seguro de querer verlo colgado.

—Ha llegado una carta para usted, Su Excelencia.

Ni siquiera había notado al mayordomo en la puerta. Un miedo irracional lo invadió mientras abría el sobre.

Su Excelencia:

La tengo. ¿Creía que iba a dejar que ella se lo llevara?

Venga al viejo teatro. Solo.

Quiero matarla mientras usted mira.

La carta fue un puñetazo en el estómago. Barnaby tenía a Victoria.

El mundo se ralentizó. La garganta se le cerró. El corazón golpeaba con tanta fuerza que apenas podía respirar.

¡Muévete!

Una voz interior lo sacó del estupor. Años de condicionamiento entraron en acción. Una misión. Un trabajo. Necesitaba pensar así o no funcionaría.

Abrió el cajón del escritorio y sacó sus pistolas. Las cargó con fría deliberación. Sus manos no temblaban, aunque el miedo lo

recorría como un torrente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Villiers.

La voz de Xander sonó áspera.

—Barnaby tiene a Victoria. Clarissa está con ella. Dios sabe lo que hará.

Una ira brutal cruzó el rostro de Villiers.

—Lo mataré.

—No si llego yo primero.

Xander terminó de cargar las armas y se puso en pie.

—Vamos.



Menuda autodefensa, pensó Victoria, mirando a Clarissa con angustia. A pesar de enfrentarse a tres mujeres que se resistían con fiereza, Barnaby se había desenvuelto con alarmante eficacia. Rutherford habría estado orgulloso de su protegido.

Las había atado a las tres por las muñecas, unidas en un nudo común, sentadas como los radios de una rueda, espalda con espalda, en el escenario de un pequeño teatro abandonado dentro de los terrenos del castillo.

Barnaby se sentó en el borde del escenario, bajo las luces polvorientas del proscenio, tarareando distraídamente mientras se hacía cortes superficiales en la palma con la punta de su cuchillo de caza. A medida que la red de marcas rojas se extendía, dejó el arma y se arremangó para continuar el mismo patrón más arriba, hasta que la sangre manchó su antebrazo.

Su rostro permanecía inquietantemente sereno, sin una mueca de dolor. A Victoria se le revolvió el estómago. Si era capaz de infligirse aquello a sí mismo, ¿qué horrores podría infligirles a ellas?

No había percibido ese odio cuando lo conoció. Barnaby estaba claramente desquiciado, y resultaba mucho más peligroso que cualquier asesino a sueldo.

¿A qué estaba esperando? Victoria deseaba preguntárselo, pero llamar su atención mientras parecía disfrutar del acto de cortar carne humana no era prudente.

Entonces Clarissa consiguió liberar una mano.

Victoria fijó la mirada en ella. ¿Cómo lo había logrado?

Sin apartar los ojos de Barnaby, Clarissa negó apenas con la cabeza y articuló sin sonido:

«Doble articulación».

La segunda mano se dobló con un movimiento doloroso y preciso hasta quedar libre. Victoria miró a Dafne, inmóvil, sumida en un estupor de terror. Solo Dios sabía lo que había sufrido antes de aquello. Victoria rezó para que las tres salieran con vida.

Con rapidez, en silencio y vigilando a Barnaby, Clarissa aflojó las ataduras de Victoria hasta que pudo deslizar las manos fuera de la cuerda. Luego indicó a Dafne. Tras varios intentos, también logró liberarla.

¿Y si Dafne no podía correr?

Victoria recorrió el escenario con la mirada en busca de algo útil. Todo estaba cubierto por una capa de polvo, pero distinguió unas espadas de madera colocadas en una caja. No servirían contra una bala, pero Barnaby solo llevaba una pistola. Un disparo.

Siempre optimista, Victoria.

De pronto, el estruendo de unas botas aproximándose hizo que Victoria y Clarissa se movieran. Se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia la salida del escenario, arrastrando a Dafne, mientras Barnaby se incorporaba de golpe, olvidando el cuchillo y sus brazos ensangrentados.

Victoria había esperado que se girara hacia los pasos, pero oyó su grito y el inconfundible clic de la pistola al amartillarse.

Se detuvo en seco.

—¡Me quiere a mí! —rugió—. ¡Clarissa, vete!

Clarissa la ignoró, pero empujó a Dafne hacia los bastidores, fuera de la vista.

—Dese la vuelta, Su Excelencia —dijo Barnaby con una voz tan tranquila que helaba la sangre.

Victoria obedeció lentamente.

—¿La ve, Xander?

—La veo —respondió una voz grave desde las sombras.

—No puedes ganar esta, muchacho —añadió Villiers—. Te tengo en mi punto de mira. Un paso en falso y te vuelo la cabeza.

Rutherford avanzó al escenario sin armas, relajado, como si paseara por un jardín.

—La pistola, Barnaby. Dámela.

Su voz era firme, su mirada inquebrantable. Victoria se maravilló de su calma glacial. Si sobrevivía a aquello, le haría prometer que jamás volvería a trabajar para el Ministerio del Interior.

La mente de Xander se ralentizó hasta que el tiempo pareció detenerse. El pulso le martilleaba los oídos.

—Ya has oído a Villiers, Barnaby —dijo con suavidad mientras se acercaba—. Estamos aquí. No puedes ganar. Dame la pistola.

Extendió la mano.

Durante un instante, Barnaby pareció ausente. Luego reaccionó con brusquedad, arrancando el arma y apuntando a Victoria.

—¡La mataré!

El terror dio a Xander una velocidad feroz. Sujetó la muñeca de Barnaby, tratando de desviar el cañón.

—¡Victoria, muévete!

No supo si ella obedeció. Forcejearon. Xander golpeó con el codo y luego con el puño. Barnaby se zafó con un movimiento entrenado y retrocedió, sosteniendo la pistola con un agarre inestable.

Xander alzó las manos.

—No lo hagas.

Barnaby rió con desprecio y apoyó el arma contra su propia sien.

—¿Qué te importa?

El llanto lo quebró. En ese instante, su dedo se relajó.

Xander se lanzó sobre él. Lucharon por el arma. Durante una fracción de segundo, una idea terrible atravesó su mente: dejarlo acabar con todo.

El fin justifica los medios.

Pero ya no era ese hombre.

Con un último esfuerzo, obligó a Barnaby a apuntar al suelo. El disparo resonó. Xander aprovechó el retroceso y arrancó la pistola de sus manos.

Villiers apareció de inmediato y lo inmovilizó. Barnaby gritó amenazas mientras lo arrastraban fuera.

Xander quedó inmóvil, respirando con dificultad, la pistola aún en la mano.

—¡Xander!

Victoria salió de detrás de un decorado y se lanzó a sus brazos. Él la estrechó con fuerza.

—Lo detuviste —susurró ella—. No dejaste que muriera.

Ella había comprendido su lucha. Y aun así, seguía eligiéndolo.

Clarissa corrió hacia la salida.

—¿Adónde lo lleva Villiers…?

Un disparo cortó el aire.

—Quédate aquí —ordenó Xander, echando a correr.

Barnaby yacía muerto sobre la hierba. Villiers sostenía una pistola humeante.

Xander rodeó a Victoria y Clarissa, girándoles el rostro. Dafne sollozaba detrás.

—No lo maté —dijo Villiers con frialdad—. Tenía otra pistola. Se disparó.

Clarissa lo golpeó, rota de dolor.

—Me das asco.

Villiers la miró con una amarga serenidad.

—Lo sé.



La puerta del dormitorio se cerró de golpe. Victoria y Xander se aferraron el uno al otro con una urgencia feroz, como si aún escaparan de la muerte.

Las prendas cayeron al suelo sin cuidado. El mundo se redujo al calor, al contacto, a la certeza de estar vivos.

No hubo delicadeza, sino necesidad. No palabras, sino respiraciones entrecortadas. Era un regreso a la vida, una afirmación brutal de que seguían allí, juntos.

Y, por primera vez desde hacía días, nada más importó.

Horas más tarde, Xander y Victoria yacían juntos, desnudos, saciados y exhaustos.

Victoria se volvió de costado y se acurrucó contra el pecho duro y musculoso de Rutherford. Él besó su hombro y ella suspiró, deslizando la mano por su torso hasta posarla con gesto posesivo sobre su pecho.

—Hay algo que todavía no entiendo —murmuró Rutherford entre su cabello.

—¿De verdad? —respondió ella, somnolienta—. ¿Qué cosa?

Él le apretó el pezón con deliberada lentitud, arrancándole una oleada de placer.

—Si te gusta cómo te amo, ¿por qué escribiste algo distinto en tu diario? Tu amante imaginario era lento y gentil. ¿Por qué fantasear con algo que no deseabas realmente?

Aquella pregunta también se la había hecho ella, y había comprendido que no tenía una respuesta sencilla. Victoria tomó un mechón del cabello de él que se extendía sobre la almohada, lo estiró con aire pensativo y fingió examinarlo. Luego se encogió de hombros, algo cohibida.

—Supongo que la verdad es que no sabía lo que quería. Mi matrimonio con Héctor fue… incómodo. Difícil. Él no me deseaba en absoluto.

La gran mano de Rutherford se detuvo sobre su pecho.

—¿Estaba loco?

Una risita nerviosa se le quedó atascada en la garganta.

—No. Es solo que parecía incapaz de… endurecerse. —Se sonrojó y evitó mirarlo—. Ahí abajo.

Rutherford gruñó con irritación.

—Te aseguro que el problema era únicamente suyo. Si insinuó que tenía algo que ver contigo, era un maldito mentiroso.

A Victoria se le encendió el pecho al comprenderlo. Típico de Rutherford, ir directo al núcleo de su temor.

—Decía que yo era demasiado ansiosa, demasiado atrevida. Que mi comportamiento le resultaba repulsivo. No soportaba que su esposa actuara como una ramera corriente.

Rutherford soltó una carcajada incrédula.

—¡Qué estupidez!

Ella asintió, acomodándose mejor contra él, disfrutando de su calor.

—Ahora creo que él era quien tenía un problema, pero entonces… entonces yo deseaba desesperadamente a alguien a quien amar. A alguien amable.

Se giró entre sus brazos para mirarlo y le acarició el pecho con la palma. Los ojos grises de Rutherford se suavizaron con una ternura que le calentó el corazón. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—No supe lo que era la verdadera pasión hasta que te conocí. No supe lo que quería hasta que tú me lo diste.

Para su deleite, un leve rubor tiñó las mejillas de Rutherford. Él le levantó la barbilla y la besó con una intensidad dolorosa y deliciosamente carnal.

Sus labios descendieron hasta su oído.

—Pensar que, de no haber sido por ese diario tuyo, podríamos haber tenido esto mucho antes —susurró.

Un escalofrío recorrió la espalda de Victoria cuando él besó la piel sensible de su cuello.

—Si no hubieras leído mi diario —jadeó ella, arqueándose.

Su mano rozó el pezón de ella hasta endurecerlo y luego lo pellizcó con una presión precisa y provocadora.

—No me arrepiento —murmuró—. Leer tus fantasías fue una de las experiencias más eróticas de mi vida.

Victoria se apartó lo justo para mirarlo.

—¿Hablas en serio?

Él asintió.

Aquello ya no la perturbaba. Con una sonrisa secreta, bajó la cabeza y besó su pecho, deslizando la lengua por su clavícula y saboreando la sal y el aroma masculino de su piel.

—Quizá debería empezar un nuevo diario.

—¿Para que yo pueda leerlo?

Con un movimiento rápido, Xander la hizo rodar sobre la espalda y la inmovilizó con las caderas, un peso sólido y delicioso.

Victoria alzó la mano y acarició su mandíbula, grabando aquel instante en la memoria.

—Para poder recordar noches como esta. Siempre.